

*Emilio López Arango -
Diego Abad de Santillán*



*El anarquismo en el
movimiento obrero*

¡LIBERTAD!

El anarquismo en el movimiento obrero

Emilio López Arango-Diego Abad de Santillán
El anarquismo en el movimiento obrero.

1ª edición. COSMOS. Barcelona, 1925.

2ª edición (digital). ¡Libertad!. Buenos Aires, 2014.

Contacto: periodico_libertad@yahoo.com.ar
www.periodicolibertad.com.ar

Imagen de portada: Gonzalo Elvira, de la serie Assaig s.t. 1909-1919

Índice

Presentación

- I- El anarquismo en la Argentina: un campo de experimentación del moderno movimiento obrero 8
- II- Consideraciones sobre el anarquismo y el sindicalismo 23
- III- El frente único del proletariado y otros conceptos tradicionales de las teorías revolucionarias 41
- IV- Las organizaciones obreras actuales y la vida social y económica futura 57
- V- El anarquismo filosófico o el movimiento social anarquista 72
- VI- Apéndice polémico 86
- VII- Palabras finales 93

PRESENTACIÓN

Después de aquella edición de Cosmos de 1925 en Barcelona, *El Anarquismo en el movimiento obrero* de Arango y Santillán no volvió a ser publicado en su totalidad hasta la presente edición en formato digital, algo que no reemplaza al papel, pero que igualmente reconocemos como un medio más a nuestro alcance para poder difundir el ideal. Sus escritos fragmentariamente han sido reproducidos en los periódicos de las asociaciones de la FORA a lo largo del tiempo, con las limitaciones del espacio y los vaivenes de las organizaciones que la integraban. La sensación de que era mucho lo que se perdía en esa fragmentariedad e irregularidad persiste y traerlo ahora es una necesidad que, con las salvedades del tiempo transcurrido, puede servir a muchos compañeros conocidos, desconocidos y a los que vendrán después.

En el libro están presentes las experiencias históricas del anarquismo en la Argentina hasta mediados de los años 20, en que se reconoce que se está en un momento de decaimiento de la militancia. Pocos años antes había terminado la Primera Guerra mundial y se produjo la revolución en Rusia que contagió los ánimos de los oprimidos en todas partes, hasta que comenzaron a llegar las primeras noticias de lo que estaba sucediendo. En 1922 se funda en Berlín nuevamente la AIT (Asociación Internacional de los Trabajadores), a la que Santillán asiste como delegado de la FORA. Ese mismo año tiene lugar en Avellaneda el primer congreso anarquista de la región, en el que se muestra una simpatía general de los asistentes por la actuación de los anarquistas en la Federación Obrera y se trata de generar la concordancia entre las publicaciones, rechazando las posiciones anarco-bolcheviques y el intento de generar una organización específica de los anarquistas.

Gran parte del libro se centra en las discusiones que plantea la FORA en la AIT, conformada por organizaciones sindicalistas revolucionarias y lo que empezaba a conocerse como anarcosindicalistas. Las polémicas entre anarquistas se dan en un contexto en que se está produciendo en muchos países el alejamiento de los anarquistas del movimiento obrero por las más diversas circunstancias, ya sea por el ascenso del fascismo en Italia con la consiguiente desaparición de la USI, o por el crecimiento del nacionalismo en todo ese período de entreguerras, quedando algunas excepciones como España y la Argentina. En el caso de los españoles cabe señalar que la CNT estaba ilegalizada y prácticamente disuelta en 1924, muchas publicaciones anarquistas habían dejado de aparecer y otras surgían en el exilio en Francia. En ese momento la influencia de La Protesta se hizo sentir generando no pocas polémicas, como señala Juan Gómez Casas en su libro “Historia de la FAI”: “*Dirá Elorza con razón que entre 1926 y 1927, la influencia de aquellos en los medios anarcosindicalistas españoles de la clandestinidad sería superior a la ejercida por los anarquistas exiliados en Francia (...) Arango y Santillán defenderán sus tesis en favor de la influencia anarquista dentro de los sindicatos, aunque discrepemos en que enseñaran nada nuevo a sus compañeros*”

de España, nada nuevo que éstos no hubieran dicho ya, eso sí, acaso con menor envidia, y, sobre todo, que no hubieran realizado ya. La anarcosindicalista CNT no era otra cosa, en última instancia, que una materialización de las ideas de Santillán, mantenidas entre 1924 y 1926. Como ya había ocurrido después del florecimiento teórico que enfrentó a anarquistas comunistas y anarquistas colectivistas después de la disgregación de la FTRE, de nuevo fue el período de 1924-1927 una época de esclarecimientos teóricos o quizás mejor, tácticos. Las polémicas se llevaron con tal brío, sobre todo por parte del grupo argentino (en realidad españoles exiliados) que hizo aparecer como reformistas o «sindicalistas» como dirá frecuentemente Elorza, planteamientos como los de Peiró en esa época, que nunca habían salido de los límites teóricos del anarcosindicalismo, aunque su moderación innata, le hiciera convertirse a la sazón en blanco de los acerados e implacables análisis de Santillán”(p.76) En ese período surgió en España una tendencia a favor de un movimiento obrero anarquista (MOA) que estará en las discusiones de cara a como reorganizar la CNT, finalmente no se seguirá ese camino, pero tendrá un papel destacado en las discusiones que darán origen a la FAI (Federación Anarquista Ibérica). Por otro lado *La Plataforma* presentada en 1926 en Francia por Makhno y Archinov no tuvo demasiados defensores en España. Sobre estos temas puede verse el escrito de Jason Garner “*La búsqueda de la unidad anarquista: la Federación Anarquista Ibérica antes de la II República*” Germinal nº6. 2008.

En esa época de polémicas reconocía Rodolfo González Pacheco que «*algo había antes que nos igualaba a todos, siquiera fuera en la angustia: “El segundo día”...Abatido hoy el Estado, ¿cómo organizar mañana todo el complejo social?*» En esto la FORA se mostrará claramente en contra de cualquier función directriz de los sindicatos y prácticamente plantea su disolución con la revolución social triunfante. Arango y Santillán siendo parte orgánica de la FORA y La Protesta defenderán estas posiciones. Luego del golpe militar de 1930, se va produciendo una evolución en el pensamiento de Abad de Santillán que comienza a plantearse la necesidad de dar un cauce o una cierta planificación a la cosa, eso empieza a reflejarse en escritos suyos como *La Bancarrota del sistema económico y político del capitalismo* (1932); *La F.O.R.A. Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina*. (1933); *Reconstrucción social: bases para una nueva edificación económica argentina*. (1933) –escrito con Juan Lazarte- , para verse ya mejor desarrollado en *El organismo económico de la revolución*. (1936) texto presentado en el Congreso de Zaragoza llevado a cabo por la CNT. Para ese entonces Santillán ya no está vinculado a la FORA, tras su vuelta a España forma parte del grupo *Nervio* que integra la FAI. Decía Gómez Casas que: “*Toda esta prefiguración, al fin y al cabo propuestas del anarquismo en el trance revolucionario, no eran incompatibles con la espontaneidad creadora de la revolución, capaz de enriquecer, ampliar o bien sumariamente en desbordar determinadas ideas-fuerzas, útiles en la consolidación ¿y por qué no decirlo? en la canalización del proceso revolucionario.*”(p.90)

En Argentina las polémicas y duras críticas, en algunos casos, derivaron en ataques personales y de grupo, en consecuencia se produjeron enfrentamientos que dejaron heridas profundas en el anarquismo local. Como ejemplos significativos están el ataque llevado a cabo en 1924 por un grupo afín a La Protesta y la FORA, al local del periódico *La Pampa Libre*, donde hay heridos, muertos y detenidos. Y luego, se produce el asesinato de Emilio López Arango a manos del anarquista italiano Severino Di Giovanni ocurrido el 25 de octubre de 1929. Lamentablemente habían quedado lejos las intenciones del primer congreso anarquista regional de 1922.

Aunque, en apariencia, resulte más sencillo ver esos problemas desde la distancia y transcurridos los años, no deja de llamar la atención que desde supuestas posiciones no sectarias y antidogmáticas se intente “ajusticiar” a quienes se considera adversarios. Por ejemplo, el investigador Frank Mintz -en *El pensamiento de Abad de Santillán*- no duda en calificar a López Arango de “*constante permanente burócrata*” y lamenta que el italiano se haya rebajado a su nivel asesinandolo. Si hay algo que Arango no fue, es: burócrata. Sobre Abad de Santillán dice -ya en el más duro exilio tras la pérdida de la Guerra Civil- que durante años “*fue un asalariado de editoriales burguesas, incansable trabajador y eterno perdedor frente a los patronos. Abandonó el estrellato.*” No se si por prejuicio, pero esa afirmación parece brotar de un patrón o de un empleado estatal acomodado. Tal argumentación podría aplicarse a cualquiera de los muchos trabajadores que andan por ahí haciendo cosas, y hasta los defensores de la Clase Obrera deben sospechar que si como clase no se liberan del yugo del capital siempre serán “*eternos perdedores frente a los patronos*”. Otro ejemplo es el de Osvaldo Bayer quien ha contribuido con sus investigaciones históricas a difundir la historia de los anarquistas en la Argentina en momentos donde su acogida en la sociedad era muy escasa. Lo que pudo resultarle útil a su trabajo a la hora de clasificar posiciones en el movimiento anarquista local plantea un problema. A las diferencias entre *protestistas* y *antorchistas* Bayer las definió como lo que sería la derecha y la izquierda del anarquismo (*Los anarquistas expropiadores*. p.36/ *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*. p.13). El sector “moderado”, “ortodoxo” incluye a La FORA del V Congreso, y, la izquierda, a Ideas (La Plata), La Pampa Libre (General Pico) y los gremios autónomos. Esa descripción contrastada con la lectura de este libro que hoy ponemos a disposición de los compañeros nos muestra que esa definición no tiene cabida en el razonamiento. Lo que se ajustaría más a la verdad habría sido el haber señalado la radicalidad que había desplegado el anarquismo en Argentina: si hay algo que *El anarquismo en el movimiento obrero* no es, es: derecha. Eso de inventar derechas e izquierdas en el anarquismo argentino, es, en el mejor de los casos, un error de Bayer. Así también lo entendieron los anarquistas y anarcosindicalistas de otras latitudes que polemizaron con la FORA y con los redactores de La Protesta.

Sobre La Protesta y el problema de los expropiadores me parece oportuno traer una opinión de Amanecer Fiorito: “*La Protesta, al menos subjetivamente, no era Arango, Santillán y algún otro. La mayoría de lo que quedaba del movimiento se identificaba con el periódico y no necesariamente con la posición de los circunstanciales redactores, ni con la actitud de éstos, en el tema que estamos tratando.*” (La Protesta n° 8204, 1998. /Folleto El Negro, Amanecer Fiorito. Ediciones ¡Libertad!).

La lectura de este libro nos plantea numerosos problemas, difícilmente podremos encontrar todas las respuestas. Sobre todo en lo que tenga que ver con la declinación del anarquismo en Argentina, en especial, después de los años 30´ del siglo pasado y con el surgimiento del peronismo. Tal vez pueda señalarse como un problema a considerar el traslado de lo que denominaban los compañeros la “escuela del divisionismo” a las mismas estructuras del movimiento obrero de tendencia anarquista, esa quizá haya sido la antesala de la decadencia del movimiento o su reflejo más visible. Los trabajos al respecto no están y tal vez se abrió un abismo generacional que hace que haya que empezar de nuevo.

La personalidad de Diego Abad de Santillán siempre ha generado polémicas y aún hoy su figura sigue siendo estudiada, como puede verse en el trabajo de la historiadora María Fernanda de la Rosa, *La figura de Diego abad de Santillán como nexa entre el anarquismo argentino, europeo y latinoamericano, 1920-1930*. En julio de 1936, al producirse la revolución en España, Santillán se encuentra entre el grupo de cenetistas

que deciden colaborar junto con las demás fuerzas republicanas en un frente común contra el fascismo. Algo que terminó condenando la revolución social que se había producido tras derrotar al ejército sublevado en gran parte de España. Sin ahondar en ese problema, se terminó ocupando puestos de Gobierno en distintos estamentos desde ministerios hasta alcaldías, Santillán fue consejero de economía de la Generalitat catalana y miembro del Comité de Milicias Antifascistas, hasta que el organismo fue suprimido una vez reconstituido el poder gubernamental. También contribuyó a parar las hostilidades durante los “hechos de mayo” en 1937, aunque más tarde se arrepentiría. Ya en la posguerra mundial, abandona la CNT y fue adoptando posiciones cada vez más moderadas y reformistas, aunque nunca dejó de considerarse anarquista. Tanto Emilio López Arango como Diego Abad de Santillán murieron en la pobreza.

M.S.C.

I

***EL ANARQUISMO EN LA ARGENTINA: UN CAMPO DE
EXPERIMENTACIÓN DEL MODERNO MOVIMIENTO OBRERO***

Para juzgar sobre el valor del movimiento obrero en la Argentina, bástenos hacer constar este hecho: Desde 1890 aproximadamente ocupa: el primer puesto por el número de sus publicaciones anarquistas. Ningún otro país, aunque tenga una población triple o cuádruple, ha conseguido equipararse con la Argentina desde ese punto de vista. Ese hecho podría carecer de valor demostrativo si fuera un fenómeno pasajero, resultado de un momento de entusiasmo y de celo proselitista. Pero al contrario, es un esfuerzo que se sostiene desde hace más de un tercio de siglo y que lleva perspectivas de no decrecer.

Sólo por malevolencia o por cálculo se podría desconocer la significación del anarquismo en el movimiento obrero argentino o menospreciarlo; como ha hecho un tal Félix Weil en su monografía sobre el movimiento obrero de este país (en alemán, 51 págs., Hirschfeld, Leipzig, 1923).

Hablando de la prensa, es preciso aún agregar que, aparte de la que aparece en el país, se contribuye considerablemente al sostenimiento de la que se publica sobre todo en España e Italia; sin el mercado ofrecido por la Argentina a la literatura y a la prensa anarquista de la Europa latina, muchas iniciativas de los camaradas europeos no hallarían medios para desarrollarse. En cambio, las iniciativas tomadas en la Argentina se desenvuelven con los propios medios y no es usual recibir el apoyo material de otros países.

Hasta hoy ninguna ciudad en el mundo ha demostrado, como Buenos Aires, la capacidad para sostener un cotidiano anarquista. Y eso no de un modo accidental, aprovechando una oportunidad propicia, sino sistemáticamente, desde hace más de veinte años.

Ningún país ha sido inundado de literatura anarquista en proporciones tan grandes como se hizo en la Argentina desde hace treinta o cuarenta años. Nuestras ideas no son en ninguna parte tan generalmente conocidas como en esta parte del mundo.

Las proporciones de nuestro movimiento en este país nos imponen dos deberes fundamentales que no desconocemos y que procuramos cumplir de acuerdo a las propias fuerzas:

1.-El deber de actuar de forma correspondiente a la magnitud del movimiento dentro del país y fuera de él, ayudando las regiones menos desarrolladas.

2.-El deber de hacer conocer al movimiento anarquista internacional las causas que han originado el desenvolvimiento de nuestras ideas en la Argentina.

Creemos que sería de la mayor utilidad una amplia exposición de los resultados a que llegó en cada país el movimiento anarquista a través de sus experiencias particulares. De esa manera enriqueceríamos nuestro caudal de iniciativas y de postulados prácticos y nos encontraríamos mucho más prevenidos ante eventuales desviaciones y errores de pensamiento y de táctica.

Que se haga en cada región del mundo un balance de las experiencias vividas y se deduzcan las enseñanzas y lecciones susceptibles de interesar a todo el movimiento como base de orientación; nosotros hemos intentado hacerlo en la prensa desde 1920 hasta hoy, y un resumen de esos debates es lo que queremos ofrecer aquí.

Juicios como este, que transcribimos a A. *Batalla*, de Lisboa, órgano de la Confederación General del Trabajo de Portugal, en 1922, se encuentran a menudo en la prensa obrera de los diversos países: “La opinión que sostienen los anarquistas que militan en la F.O.R.A. en lo que se refiere a las orientaciones anárquicas del sindicalismo, es rechazada por los sindicalistas y por casi todos los anarquistas de Europa”.

La defensa de las características propias de nuestro movimiento revolucionario y el esfuerzo por señalar las diferencias tácticas que nos separan de los compañeros de otros países, no pueden ser un obstáculo para el mantenimiento de las relaciones fraternales y la práctica realización del internacionalismo. Si en algo se distinguen los anarquistas de la Argentina es debido a su preocupación por el movimiento anarquista de Europa. Se puede decir que buscan allí sus motivos ideológicos y hasta el objeto de sus acciones no pocos camaradas que llevan al extremo la despreocupación por los problemas que más directamente les afectan, empeñándose en buscar fuera de sí mismos lo que no puede concederles el más profundo libro de filosofía.

De nada nos serviría constituir un órgano internacional de relaciones y de solidaridad si nos ignoramos en absoluto. En cambio, realizaríamos el internacionalismo y actuaríamos en el terreno de la lucha y de las comunes aspiraciones, conociendo el ambiente y las condiciones de desarrollo de cada movimiento revolucionario, compenetrándonos de las ideas, de la táctica y de la posición que ocupan los diversos grupos anarquistas que actúan en el restringido escenario de las naciones políticas.

Si ignoramos las luchas de cada país, si no alcanzamos a descifrar los motivos de cada agitación popular mantenida lejos de nosotros, si no tenemos algunas nociones históricas y psicológicas que nos permitan distinguir el movimiento anarquista de todas las superficiales agitaciones subversivas del marxismo, ¿cómo es posible que lleguemos a establecer un grado de contacto que nos permita la internacionalización del movimiento anarquista?

Porque hemos tenido siempre la preocupación de las cosas de afuera nos interesamos por hacer conocer nuestras cosas en el exterior. En el estudio del movimiento revolucionario de otros países, el movimiento anarquista de la Argentina afirmó su ideología y ratificó su propio camino. Pero la táctica es nuestra, obra de los anarquistas de este país y concreción de sus luchas en el seno del proletariado.

Eso es lo que nos esforzamos por reivindicar, no negándonos ante los camaradas de otros países como fuerza activa y determinante. Lo que tenemos, bueno o malo, vale tanto o más que lo que nos puedan ofrecer otros. Porque este movimiento es hijo de nuestras ideas y el producto de múltiples esfuerzos y tiene un largo proceso de gestación y de desarrollo tras sí. ¿Que nuestra posición en el movimiento obrero y nuestras actividades revolucionarias en relación con la acción del proletariado no se ajustan a los métodos que pasan por clásicos en el anarquismo europeo? ¿Que nuestra concepción del sindicalismo no es la de los compañeros de Italia, de Francia, de Portugal, etc.? ¿Y qué? Ese hecho no significa otra cosa que la confirmación de nuestra propia personalidad y la existencia de un movimiento característico, tan lógico como el que más, puesto que tiene más de un tercio de siglo de existencia real y no es la obra de un hombre ni la consecuencia de un capricho pasajero.

Hay compañeros que no lo entienden así. Tienen una concepción partidista del anarquismo y suponen que las formas de nuestros órganos de lucha deben ajustarse a un principio inalterable -de aplicación universal- porque, en realidad, para ellos las ideas constituyen un sistema hecho y de ese sistema depende todo el movimiento revolucionario Internacional. De ahí que, desconociendo los factores que en cada país contribuyen a dar su característica a todo el movimiento social, afirmen que el

anarquismo ocupa el mismo lugar en todas partes y desarrolla sus actividades en el mismo plano de acción.

Sin que cometamos la torpeza de creernos en la verdadera huella del anarquismo, en la huella infalible, podemos sin embargo sostener que la táctica seguida en los sindicatos nos permitió conservar la ideología anarquista frente a todas las desviaciones y contra todos los reformismos infiltrados en las organizaciones proletarias. La teoría y la práctica del movimiento obrero se armonizan perfectamente en la F. O. R. A., que no es un "partido" anarquista ni una organización sindicalista: es, más que nada, la concreción de nuestras ideas y de nuestras aspiraciones llevadas al movimiento obrero y puestas al servicio de la emancipación integral del proletariado -sin que eso equivalga a sostener un punto de vista estrechamente clasista, pues por su esencia misma, un movimiento de los oprimidos y de los expoliados que rechaza la opresión y la explotación del hombre por el hombre, es la más amplia concepción humana que puede existir.

Porque no nos encastillamos en principios metafísicos, inaccesibles a la inteligencia de los obreros, y porque no hacemos tampoco concesiones a los que basan en la realidad el fin de todas sus aspiraciones, los anarquistas de la Argentina podemos reivindicar como nuestra una organización obrera, la F. O. R. A. Esta organización no es de hoy, obra de una improvisación caprichosa o el resultado de una posición circunstancial frente a los políticos marxistas y a los profesionales del sindicalismo; cuenta con casi veinticinco años de existencia y su historia es la historia de todas las luchas sostenidas por los trabajadores de este país frente al capitalismo y al Estado.

A esa clara posición del anarquismo en la Argentina, que no se niega como fuerza actuante en las luchas del trabajo ni se sustrae a la responsabilidad de sus orientaciones, se debe el que haya sido relativamente fácil destruir en el movimiento obrero la ilusión bolchevista y aclarar el confusionismo introducido en las filas anarquistas por los agentes de Moscú. La F. O. R. A. fué de las primeras organizaciones obreras que rechazaron la influencia bolchevista. Y es también la que toma la iniciativa de orientar el anarquismo en el sentido de la conservación de su influencia en el movimiento obrero, sin transigir con los políticos de la dictadura ni con los sindicalistas neutros que reclaman todo el poder para los sindicatos y pretenden mantener en pie todas las ficciones unitarias y materialistas del marxismo.

El anarquismo europeo, pensamos, terminará por orientarse en este sentido, pues las mismas circunstancias obligarán a los compañeros a definir su posición frente a las tendencias que desvirtúan la acción gremial de los trabajadores.

Hay entre nosotros quienes dudan de que exista en la Argentina un movimiento revolucionario digno de consideración por parte de los anarquistas de otros países. Y es que la duda la llevan en el corazón y en realidad no tienen ojos más que para mirar lo que pasa fuera de ellos mismos. Son los enamorados de las exterioridades y del innovacionismo, espíritus sugestionables, mentalidades siempre dispuestas a asimilar lo último que se les ofrece como indiscutible verdad. ¿Y a dónde conduce a esos camaradas su incorregible espíritu de imitación? A ese cambio continuo de opiniones, a esa inseguridad en las ideas, a ese desesperado afán de renovarse... que a la postre sólo deja en sus cerebros un enorme cúmulo de contradicciones.

Y lo peor de todo es que se pretende encontrar en la experiencia de las revoluciones de la post-guerra el justificativo de esas inseguridades doctrinarias, que no pocas veces constituyen una verdadera transformación de lo que es elemental para el anarquismo: el concepto de libertad y la idea de justicia. Podrán alegar inquietudes espirituales, deseos de encontrar en los arcanos de la filosofía la fórmula salvadora, pero esos camaradas

deben admitir que, con esos continuos cambios de opinión, que más que juventud de espíritu significa volubilidad, lejos de favorecer el desarrollo de las ideas y contribuir a su claridad, acumulan en torno suyo la duda y la confusión.

Pero tal volubilidad, sin embargo, está muy lejos de ser una característica del movimiento en la Argentina. Todo lo contrario, es este el único país, con excepción de España, tal vez, que ha conservado más vivas las tradiciones revolucionarias de la primera hora. En la Argentina, por ejemplo, el sindicalismo no hizo mella alguna en las filas anarquistas; antes del sindicalismo existía ya un movimiento obrero libertariamente inspirado y no se advirtió la necesidad ni de aceptar la nueva palabra ni de hacer concesiones a la nueva doctrina. Fiel continuador de los postulados de la primera Internacional, tales como fueron practicados por los internacionalistas españoles e italianos, nuestro movimiento no ha hecho, como en Francia, los países germánicos, etc., ninguna evolución radical; sólo enriqueció su haber ideológico y reafirmó su orientación en el curso del tiempo. Y esa tenacidad en la orientación de un movimiento efectivo, que vive en las luchas cotidianas, es el mejor exponente de su solidez y de su bondad. Pues si hubiera contenido elementos susceptibles de llevar a la necesidad de una rectificación fundamental, en tantos años de experiencias prácticas, no habría faltado la ocasión para cambiar la dirección de los esfuerzos.

Vemos hoy que mientras el movimiento obrero revolucionario de la mayoría de los países de Europa y de América busca una línea de conducta y una brújula segura, los anarquistas de la Argentina no se ven en la necesidad de imprimir ningún rumbo nuevo a su actitud en los problemas básicos de la propaganda y la revolución.

Convendría hacer un brevísimo resumen de la historia del anarquismo en la Argentina.

La propaganda anarquista en América del Sur comenzó antes en Montevideo que en Buenos Aires; la vieja Internacional tuvo una sección uruguaya adherida (recibida oficialmente en el congreso de Verviers, 1878). De 1880 a 1894 hubo en Montevideo, entre otros, los siguientes periódicos: *Lucha obrera* (1881), *La Revolución social* (1882), *Federación de trabajadores* (1885), *La voz del trabajador* (1889-90), *El Derecho a la vida* (1893 y siguientes).

En Buenos Aires el primer periódico de larga duración fue *El perseguido*, fundado el 18 de mayo de 1890 y que suspendió su aparición para dar vida a *La Protesta humana*, hoy *La Protesta*, después de siete años de existencia casi regular. Otro buen periódico se fundó en Luján, provincia de Buenos Aires, en 1894, *El Oprimido*, trasladado a la capital del país en agosto de 1896. En Rosario hubo de 1894 a 1896 *La Verdad*; el 16 de septiembre de 1894 se fundó *El Obrero panadero*, que existe aún como órgano del gremio de panaderos de Buenos Aires. Toda esta prensa se ocupó preferentemente de estimular la organización obrera y de dar rumbo revolucionario a las luchas proletarias; los títulos mismos de los periódicos son significativos de su tendencia: *La Unión gremial*, órgano de las sociedades de resistencia (Buenos Aires, 1895 y siguientes, en español, italiano y francés), *La Federación obrera* (Rosario, 1896). De una lista de publicaciones anarquistas que dió varios años *Der Sozialist*, de Berlín, tomamos los siguientes títulos correspondientes a la Argentina en enero de 1896: *El Perseguido*, Buenos Aires; *La Questione sociale*, íd.; *El obrero panadero*, íd.; *La Voz de Ravachol*, íd.; *La libre iniciativa*, Rosario; *La Verdad*, Rosario; *La voz de la mujer*, Buenos Aires; *La Anarquía*, La Plata; *El Revolucionario*, Buenos Aires. A esta lista de enero de 1896 habría que haber añadido pronto *Casario*, de Buenos Aires, y la prensa de Montevideo, y los grupos editores de folletos, como Los Rebeldes, de la Plata, La Expropiación, de Buenos Aires, Ciencia y Progreso, de Rosario.

Según la mencionada lista del *Sozialist*, de Berlín, había entonces 6 publicaciones anarquistas alemanas, 2 en yiddisch, 2 en holandés, 10 en francés (una en Buenos Aires

y otra en Washington), 7 en inglés, 3 en checoslovaco, 1 en polaco, 3 italianas (una en Túnez, Egipto, otra en Buenos Aires y otra en Paterson), 3 en portugués, 21 españolas (10 en Argentina, 8 en España). Está, pues, la Argentina en el primer puesto por el número de sus órganos anarquistas de propaganda.

En el informe enviado al congreso socialista internacional de 1889, París, por el grupo alemán Vorwärts, de Buenos Aires, que representó W. Liebknecht, se habla de la insignificancia de las sociedades obreras existentes en la Argentina, mencionándose apenas un círculo internacional compuesto por italianos, españoles y franceses de tendencias anarquistas y con la preocupación de recoger dinero para enviarlo como ayuda a la propaganda en Europa. Posiblemente haya una parte de verdad en ese juicio, pues la tendencia hacia la organización práctica de las masas se hace evidente tan sólo después de 1890.

En 1897 se fundó *La Protesta humana*; el movimiento proletario estaba ya en marcha y los choques sangrientos con las fuerzas policiales estaban a la orden del día. La prensa burguesa comenzó a reclamar leyes especiales que impidiesen la entrada de los anarquistas en el país. *La Protesta humana* tuvo pronto colaboradores de la talla de Prat y de E. G. Gilimón y no tardó en convertirse en el órgano central del movimiento.

Por entonces existía en Buenos Aires un grupo, Los Ácratas, que editaba sin cesar nuevos folletos de propaganda; véanse algunos títulos que aparecieron en 1897: *Entre campesinos*, de Malatesta; *La anarquía, su filosofía, su ideal*, de Kropotkin; *Declaraciones*, de Etievant; *En tiempo de elecciones*, de Malatesta; *Los crímenes de dios*, de Sebastián Faure, etc.

A mediados de 1898 llegó a Buenos Aires Pietro Gori, saludado por toda la prensa del país; pero al hablar en un teatro sobre los provocadores e instigadores de los últimos acontecimientos de Italia ante un público de millares de personas, se comprendió que el gran orador no había ido a halagar sentimientos nacionales y se comenzó a hacer el silencio en la prensa capitalista. Sin embargo, el movimiento anarquista era numeroso ya y el silencio de la prensa burguesa no hizo sino contribuir al entusiasmo de los trabajadores revolucionarios. La personalidad de Gori y su elocuencia eran tan arrolladoras que, aunque proclamase bien alto sus ideales anarquistas, era disputado por los elementos liberales del país y supo imponer respeto hacia su persona y sus convicciones; una juventud brillante se agrupó bien pronto a su alrededor; sus jiras de propaganda por las ciudades más importantes de la república fueron coronadas del éxito más lisonjero. Gori no sólo fué un factor de primer orden para el desenvolvimiento del anarquismo en la Argentina, sino que influyó en el despertar intelectual del país; su influencia hizo de él un factor cultural inolvidable. Pero para los socialistas autoritarios el viaje de Gori a la Argentina ha sido fatal; en las controversias públicas en los teatros les ha inflingido derrotas de que jamás se volvieron a reponer.

A mediados de 1899 el jefe de policía de Buenos Aires prohibió la celebración de un mitin de solidaridad con los martirizados de Montjuich; esa prohibición irritó los ánimos y el acto no tardó mucho en celebrarse en el teatro Doria con un público de más de dos mil personas, donde hablaron Gori, Ingenieros, Patroni y Guaglianone; esto ocurría el mes de julio. Poco después los médicos recomendaron a Gori que se abstuviera de la propaganda activa, que minaba sus pulmones, y desde entonces se entregó a la revista *Criminología moderna*, sin perder por eso el contacto con el movimiento.

La organización obrera prosperaba y el tono violento de las luchas proletarias no decaía. La burguesía reclamaba leyes de excepción, pero todo en vano.

En 1900 se fusionan las revistas *Tiempos Nuevos* y *El Sol* de Félix Basterra y Alberto Ghirardo, respectivamente; *La Protesta humana* aparecía todas las semanas y prosperaba más y más.

Sobre la vitalidad del anarquismo dará una idea la abundancia de literatura anarquista aparecida en esos años en el país. Por ejemplo, en 1898: *Almanaque de la Questione sociale, Educación y Autoridad paternal*, de A. Girard; dos ediciones de *¿Por qué somos anarquistas?*, de Merlino; *La anarquía ante los tribunales*, de Gori; *La esclavitud antigua y la moderna*, de E. Z. Arana, Rosario, etc.; en 1899: *Anarchia e comunismo*, de Cafiero; *Almanaque de la Questione sociale, Primmo Maggio*, por Enzo Rubini; *¿Dónde está dios?*, por M. Rey; *Primero de Mayo*, por Gori; *Processo Malatesta e compagni, Enseñanza burguesa y enseñanza libertaria*, por Grave; *Senza Patria*, por Gori; *La peste religiosa*, de Most; *La anarquía se impone*, por Vicente García; *Conferencias populares sobre sociología*, por A. Pellicer Paraire, y otros; en 1900: *El amor libre*, por Ch. Albert; *Del amor*, por Mella; *Lo que quieren los anarquistas* y *La Familia*, por S. Merlino y G. Dhurr; *Fundamentos y lenguaje de la doctrina anarquista*, por Altair; *Nuestras convicciones*, por Ellenatnom; *Ni dios ni patria*, por B. Motta; *Gesta*, por A. Ghirardo; *La anarquía en la evolución socialista*, por Kropotkin; *Almanaque de la Questione sociale*, etc.

Un corresponsal de *Les Temps nouveaux*, de París, escribía en marzo de 1901, sobre la Argentina: “La influencia de las ideas anarquistas ha penetrado en la novela, en el libro, en el teatro, en todas partes en fin.”

En 1901 se funda la Federación Obrera Regional Argentina; entre los delegados al Congreso constituyente figuraba Gori. Este fue un acontecimiento de gran trascendencia. Las luchas obreras en lo sucesivo iban a tener un carácter más agudo y más sistemático, pero también más consciente.

En agosto de 1902 fue asaltado por la policía el local de los obreros panaderos, destruyendo los muebles y realizando numerosos arrestos; la causa de ese asalto está en las actividades revolucionarias de ese gremio. También tienen lugar entonces huelgas formidables en Buenos Aires y en otras localidades. Una de ellas comenzó el 20 de noviembre con un paro de conductores de carros que complicó dos días más tarde a más de 40,000 obreros. El pánico invadió de tal forma las clases privilegiadas que fueron convocados urgentemente la Cámara de diputados y el Senado para deliberar sobre una ley llamada de *residencia* contra los anarquistas extranjeros. El proyecto de ley fue presentado a las 8 de la tarde del sábado 22 de noviembre, y a las 10 y media entraba en vigor la nueva ley. Eso no impidió que al día siguiente hubiese en huelga cerca de 100,000 obreros. El 24 se proclamó el “estado de sitio” y la reacción y las persecuciones fueron memorables. La policía declaró haber operado 500 arrestos, pero por parte de los huelguistas el número se hacía ascender a cerca de 2,000. La Federación Obrera Regional Argentina tuvo en ese movimiento grandioso su primera manifestación de fuerza. Siguió numerosas deportaciones de camaradas extranjeros. La ley llamada de residencia autorizaba al poder ejecutivo de la nación para expulsar a todo extranjero cuya conducta comprometiese la seguridad nacional o perturbase el orden público y para impedir la entrada al país a todos aquellos cuyos antecedentes no fueran recomendables como ciudadanos pacíficos.

La huelga se perdió, pero el gesto solidario y el espíritu revolucionario han perdurado.

Hagamos un breve resumen de la bibliografía de esos dos años: en 1901 se publicaron: *Almanaque de la Questione sociale, Sobre ciencia social*, por F. Basterra; *Il Regicidio*, por A. Cipriani, nueva edición de *¿Dónde está Dios?*, por M. Rey; nueva edición de *La peste religiosa*, de Most; *La anarquía es inevitable*, de Kropotkin; *Elementos de anarquía*, por Clemens; *Los nuevos caminos*, por A. Ghirardo; nueva edición de

Declaraciones, de Etievant, y otros; en 1902: *La sociedad moribunda y la anarquía*, de Grave; *El congreso internacional revolucionario de París*, etc.

Entre los nuevos periódicos nombremos *El Rebelde*, de 1899, y *Libertá*, 1902, este último redactado por R. D'Angió.

A las grandes huelgas de 1902 sucedió un período de calma forzosa, pero no largo; la F. O. R. A. continuó celebrando anualmente sus congresos, y la prensa no tardó en reaparecer haciendo frente a las persecuciones.

El movimiento obrero sufrió ya entonces una escisión inevitable y que los anarquistas hicieron bien en reconocer como natural y definitiva. La F. O. R. A. había sido fundada no sólo con gremios de tendencias anarquistas, sino también con algunas sociedades obreras socialistas. Pero como predominó el anarquismo desde el primer momento, los socialistas se separaron con su pequeño número de sindicatos después del segundo congreso de la Federación, en abril de 1902, donde se aprobaron resoluciones contra el militarismo y en pro de la huelga general, el boicot, el sabotaje, etc. La minoría autoritaria fundó la Unión General de Trabajadores en el mes de junio de 1902.

La publicación de *La Protesta humana* después de la entrada en vigor de la ley de residencia era un continuo gesto de heroísmo. Se perseguía ese periódico con una saña feroz; los números eran arrebatados por la policía de las manos de los distribuidores y vendedores; pero eso no hizo más que favorecer su difusión.

Como si nada hubiera pasado, en junio de 1903 se celebró el tercer congreso de la Federación Obrera Regional Argentina, que protestó enérgicamente contra la ley de residencia y lanzó la iniciativa de un cotidiano, manifestándose contra las cooperativas y toda acción legislativa y parlamentaria, es decir, marcando una línea divisoria mayor entre el movimiento obrero de tendencias anarquistas y el sostenido por los socialistas. La Unión General de Trabajadores no pudo desenvolverse y comenzó a mendigar un acercamiento a la F. O. R. A.

En 1904 comenzó *La Protesta humana* su publicación diaria con el nombre de *La Protesta*, y desde entonces hasta hoy, salvo en los períodos de reacción extrema, continuó su esfuerzo de propaganda en esa forma.

El primero de mayo fué celebrado ese año como nunca lo había sido hasta entonces; pero ya los anarquistas tenían el hábito de obrar por su propia cuenta y, lo que no sucedía en otros países, se vió en Buenos Aires: nuestros camaradas hicieron la demostración del 1° de mayo solos: los socialistas hicieron otra con su Unión General de Trabajadores. La manifestación de los anarquistas tuvo un encuentro con la policía; hubo dos agentes y un manifestante muertos, aparte de los heridos. Nuestro movimiento inspiró una especie de terror a las autoridades.

El cuarto congreso de la Federación se celebró en julio de 1904, tal vez sea conveniente reproducir una de sus resoluciones: "La F. O. R. A. debe abstenerse de tomar parte en los conflictos políticos armados, hasta tanto pueda realizar por su cuenta un movimiento reivindicador que devuelva a los trabajadores el usufructo íntegro de su libertad económica, base de toda libertad." En ese congreso se resuelve oficialmente el apoyo a *La Protesta*, a la que se debía en parte el rápido incremento de las actividades revolucionarias después de la reacción de 1902.

Siguió un período activo de huelgas y de organización obrera en todo el país. En los conflictos se producen con frecuencia choques armados y nuestros camaradas saben interpretar el movimiento reivindicador del proletariado por mejores condiciones económicas de vida y le dan un sello libertario. En Rosario hubo en noviembre de 1904 sangrientos sucesos que terminaron con varios muertos de parte de los obreros y de la policía. La ciudad quedó consternada por esos hechos e incluso la prensa burguesa se vió en la necesidad de protestar contra los procedimientos provocadores de la policía.

La ley de residencia no había tenido ninguna virtud sedativa. El movimiento se desarrollaba más y más en extensión y en intensidad y a causa de su carácter violento, los pacíficos socialistas legalitarios perdieron toda influencia en las masas.

De 1903 a fines de 1904 aparecieron en Buenos Aires, entre otros, los siguientes folletos y libros:

El militarismo, por Ladislao Holmes, *Leyendas de Humildad*, por F. Basterra, nueva edición de *Ni Dios ni Patria*, por B. Motta, *En el café*, por Malatesta, *La revolución social*, almanaque de *La Protesta para 1905*. etc.

Sería imposible seguir todos los detalles de las luchas del proletariado de la Argentina inspiradas por los anarquistas. En febrero de 1905 hubo una tentativa frustrada de pronunciamiento militar. A consecuencia de eso se proclamó el estado de sitio y se aprovechó la oportunidad para clausurar *La Protesta*, saquear locales obreros y verificar numerosos arrestos de militantes conocidos. Algunos camaradas fueron enviados a Ushuaia.

La F. O. R. A. no tardó en reponerse y una característica de su actividad la tenemos en la circunstancia de ser usual en la policía, cuando nuestros camaradas resolvían la celebración de un mítin, advertir a la Asistencia pública para que tuviera listos los coches de socorro a los heridos. Sin embargo, las persecuciones en el país eran de tal naturaleza que la F. O. R. A. se vió en la necesidad de organizar en Montevideo un comité de propaganda internacional contra la ley de residencia a fin de garantizar su funcionamiento. Alberto Ghirardo estaba en esa época en el período más brillante de su actividad subversiva. La táctica de la declaración del estado de sitio fué empleada otra vez en noviembre de 1905 para sofocar una huelga de los obreros del puerto. *La Protesta* sufrió varias clausuras e interrupciones.

La Unión General de Trabajadores no existía más que de nombre y propuso a la F. O. R. A. una especie de admisión en su seno, pero la F. O. R. A. celebró su 5.º Congreso en agosto de 1905 y aprobó esta resolución famosa: "El V Congreso de la F. O. R. A., consecuente con los principios filosóficos que han dado razón de ser a las organizaciones de las Federaciones obreras; declara: Que aprueba y recomienda a todos sus adherentes la propaganda e ilustración más amplia en el sentido de inculcar a los obreros los principios económicos y filosóficos del *comunismo anárquico*."

En la defensa de esa finalidad hubo en lo sucesivo los más hermosos gestos de nuestros camaradas.

Significativo del espíritu reinante en el elemento revolucionario de aquella época es esta decisión del congreso: "El quinto congreso recomienda a sus adherentes no dejarse conducir presos sin causa justificada, llegando hasta la violencia práctica para poner coto a esos abusos policiales, debiendo las sociedades a que pertenecen prestarles ayuda moral y material."

La Unión General de Trabajadores estaba dispuesta a hacer muchas concesiones para ser admitida en la F. O. R. A., pero su espíritu de abdicación no llegó hasta el punto de reconocer la finalidad comunista anarquista de la organización obrera.

* * *

A principios de 1907 hubo otra gran huelga general originada por un conflicto obrero de Rosario; se extendió por Buenos Aires, Santa Fé, Bahía Blanca, Mendoza, etc. Aparte de *La Protesta* cotidiana, comenzaron a resurgir numerosos periódicos anarquistas como *Fulgor*, quincenal y *La Antorcha*, 1906, Buenos Aires, a los que siguieron en 1907 *Germen*, *Labor*, *Letras*, *Clarín*, *L' Agitatore*, *Nuevos Caminos* y periódicos gremiales como *El Proletariado*, *La Aurora del marino*, *El obrero*

asesador, La Organización obrera, El obrero calderero, El compañero, El obrero carpintero, La Emancipación, El sombrerero, El sindicato de mozos, etc.

En agosto de 1907 escribía Roberto D'Angió en una correspondencia para la prensa anarquista europea: "Se puede decir que el movimiento anarquista aquí es único en el mundo, por el hecho de que aquí los obreros son casi todos anarquistas."

Las huelgas generales solidarias fueron siempre para la F. O. R. A. un arma favorita y un instrumento de educación revolucionaria. En agosto de 1907 hubo una nueva huelga general a causa del asesinato de varios obreros huelguistas en Valentín Alsina y Bahía Blanca. En este año tuvieron lugar varias deportaciones de camaradas italianos y españoles.

La Unión General de Trabajadores había vuelto a insistir en la unificación con la F. O. R. A. y esta vez se formó un comité mixto que debía convocar un congreso, el cual tuvo lugar en diciembre de 1907. La inmensa mayoría de los delegados se declaró por la unificación, pero a condición de mantener el comunismo anárquico como finalidad. A ese precio fué imposible llegar a un acuerdo. La U. G. de T. no existía apenas y su acción fué siempre nula, pero sus dirigentes querían asegurarse alguna influencia en el movimiento obrero y con ese fin buscaban recursos para una retirada honrosa.

Ya en el congreso de septiembre de 1906 había surgido la iniciativa de la conquista de las seis horas de trabajo, lo cual prueba que donde la vida revolucionaria es activa, no se detienen las reivindicaciones en cualquier límite más o menos consagrada por el hábito.

El funesto coronel Falcón, jefe de policía de Buenos Aires, hace su aparición en cuerpo y alma con motivo de un movimiento de resistencia de los inquilinos de Buenos Aires. Este nombre se hizo, desde el comienzo de su actuación, particularmente odioso al proletariado.

* * *

Una estadística oficial de la época, de cuya exactitud no respondemos, pero que está muy por debajo de la verdad, daba estas cifras: en 1906 se produjeron en el país 323 huelgas: en 1907, 254. De estas últimas, 161 tuvieron un resultado negativo para los trabajadores. Del total de esa cifra, 112 huelgas han sido declaradas por gremios de la F. O. R. A., 44 por la Unión General de Trabajadores y 107 por sociedades autónomas (una gran mayoría de las cuales estaba bajo la influencia de la F. O. R. A.).

A mediados de enero de 1908 tuvo lugar en el país una huelga general contra la ley de residencia. La traición de la Unión General de Trabajadores hizo que el movimiento no adquiriese las proporciones esperadas, pero sin embargo fué bastante imponente para que la policía se sintiera en el trance de intervenir con una nueva era de persecuciones.

Los años 1907 y 1908 se caracterizan por una cierta pausa de las actividades. Si hasta entonces el movimiento obrero había estado en la ofensiva, en esos años estuvo a la defensiva. Las deportaciones habían hecho mella en las filas revolucionarias. Entre los movimientos de ese período habría que mencionar la huelga general de Rosario, de febrero de 1909, uno de los signos de la reanimación de la lucha activa. En efecto, la manifestación del primero de mayo en Buenos Aires, organizada por la F. O. R. A., tuvo un epílogo sangriento; la policía quiso impedir la demostración, tratando de disolver las columnas, y eso provocó un tiroteo en el cual nuestros camaradas sacaron la peor parte. Hubo varios muertos y heridos, y la huelga general fué la respuesta inmediata del proletariado. Los locales obreros fueron clausurados, los choques con la policía fueron más y más frecuentes; hubo alrededor de dos mil arrestos, sobre todo en Buenos Aires; la huelga duró nueve días y fué uno de los movimientos generales más unánimes en el

país, El nombre del jefe de policía de Buenos Aires, Falcón, corrió de boca en boca y se comenzó a pedir su cabeza abiertamente.

Y lo que tenía que suceder ocurrió. Simón Radowitzky, un joven anarquista ruso, arrojó una bomba sobre el auto de Falcón y lo mató en el acto, lo mismo que a su secretario que le acompañaba, el 13 de noviembre de 1909. Al primer momento de pánico general siguió una represión sin precedentes; *La Protesta* fué saqueada, sus máquinas destruidas; los locales obreros siguieron igual suerte; los presos se contaron 48 horas más tarde por millares; numerosos fueron los enviados a Tierra del Fuego; otros, los extranjeros, fueron expulsados del país después de infinitas torturas. El estado de sitio se proclamó inmediatamente después de la muerte de Falcón, y duró hasta enero de 1910. Han pasado ya muchos años y aún se recuerda con una especie de terror la época que siguió al hecho de Radowitzky.

* * *

En otro país el movimiento habría quedado muerto por varios años, pero en la Argentina no sucedió así. El día 16 de enero de 1910, *La Protesta* reaparece; su redacción y administración, al ser puesta en libertad, después de la penosa detención en el *Guardia nacional*, un barco de guerra, el primer paso que dió fué para la reaparición del diario, pasando por alto todos los peligros. Una semana después de levantarse el estado de sitio se dió la primera función a beneficio de las máquinas de *La Protesta*, destruídas por la invasión policial de sus talleres; esa primera función en un teatro dió cerca de mil pesos de beneficio y la formidable concurrencia demostró que el movimiento anarquista continuaba en pie. Y como respuesta a las pasadas persecuciones, en marzo se comenzó a publicar un nuevo cotidiano anarquista de la tarde, *La Batalla*.

Radowitzky fué condenado a cadena perpetua y vive aún enterrado vivo en Ushuaia, pero su nombre hace vibrar solidariamente todos los corazones obreros. Los organismos proletarios tardaron muy poco en volver a funcionar como si nada hubiera pasado.

No debemos olvidar que en 1909, la Unión General de Trabajadores, que no podía existir por sí misma sin el concurso de las fuerzas agrupadas en la F. O. R. A., volvió a renovar su tentativa de fusión; se realizó un congreso unificador, pero la F. O. R. A. quedó fiel a sus principios y no pudo llegarse a un acuerdo. La U. G. de T. se fusionó con algunos sindicatos autónomos y nació así la Confederación Obrera Regional Argentina, que dividió en lo sucesivo sus actividades entre la lucha contra la F. O. R. A. y las propuestas de fusión.

* * *

La posibilidad de una amplia propaganda con dos cotidianos y numerosos órganos repartidos por las diversas ciudades del país no duró mucho. Las fiestas del centenario de la independencia argentina, en mayo de 1910, se aproximaban y la agitación amenazaba hacer peligrar la exhibición nacionalista preparada con gran derroche de medios. Todavía quedaban numerosos presos de noviembre de 1909 en la Prisión nacional y se puso en evidencia que habían sido torturados. Nuestros camaradas impusieron la renovación del personal administrativo de la prisión; sus demostraciones públicas eran cada vez más numerosas e imponentes. Nuestros sindicatos resolvieron la huelga general en ocasión de las fiestas del centenario como respuesta a los crímenes policiales sancionados por el gobierno contra los trabajadores. La actitud intransigente de los anarquistas constituyó un motivo de alarma constante para el mundo oficial. Una

manifestación de cerca de 80.000 participantes planteó en Buenos Aires, el 8 de mayo, al gobierno, estas demandas:

- Supresión de las leyes de excepción;
- Libertad de los presos políticos;
- Amnistía para todos los hechos políticos.

De no ser satisfechas esas condiciones antes del 18 de mayo, las fiestas del centenario, que debían realizarse del 22 al 30 del mismo mes, deberían contar con la huelga general.

El gobierno se vió comprometido y echó mano a la fuerza; el 13 de mayo se declaró el estado de sitio en todo el país; los redactores de los dos cotidianos anarquistas fueron detenidos de inmediato y con ellos algunos centenares más de camaradas; al día siguiente se organizaron bandas patrióticas que recorrieron con las armas en la mano las sociedades obreras; la imprenta de nuestros diarios fué incendiada; esta vez le tocó también la furia oficial al diario de los socialistas *La Vanguardia*; entre nuestros camaradas y las hordas patrióticas hubo encuentros serios de los que resultaron numerosos muertos y heridos. La ciudad de Buenos Aires se convirtió en un campamento militar donde patrullaban 30.000 soldados. Pero la huelga general se produjo y hubo luchas sangrientas; el odio del mundo oficial a los extranjeros y a los anarquistas tuvo epílogos brutales y hasta de alcance internacional; las hordas patrióticas enfurecidas no se contentaron con asaltar los barrios obreros y asesinar sobre todo a los rusos, sino que asaltaron consulados, como el del Brasil y el del Uruguay. Pero el ser trabajador era entonces uno de los mayores peligros; se gritaba en las calles: ¡Mueran los trabajadores, mueran los anarquistas!

Las prisiones y los barcos de guerra fueron repletos de camaradas arrestados por centenares, por millares. Las fiestas del centenario se celebraron con el recuerdo de la sangre proletaria derramada y con la devastación de todo lo que tuviera el menor color subversivo. Pero eso no impidió que los anarquistas trataran de tomar sus represalias ni que estallaran bombas y se meditaran actos que pusieran un límite a la represión. Una bomba que estalló en el teatro Colón produjo una nueva ley de excepción: la ley de orden social que ponía en manos de la policía la vida y la seguridad del proletariado; fué esa una ley baldón que pasará a la historia entre los documentos de la barbarie de nuestra civilización contemporánea.

Desde entonces la voz del anarquismo se debilitó. La represión había sido demasiado sanguinaria y había segado tantas vidas y aniquilado tantas existencias con la prisión o el destierro, que no podía menos de esperarse un decrecimiento del entusiasmo revolucionario. Numerosos camaradas fueron enviados a Ushuaia.

El estado de sitio duró hasta últimos de julio. Pero cuando se restableció la normalidad, fué muy poca la prensa que pudo reaparecer. Las organizaciones obreras tuvieron un período de forzosa inactividad.

* * *

Se intentó ya en el mismo año 1910 volver a publicar *La Protesta*; la policía, después de haber detenido unos 60 vendedores, allanó el local del diario cometiendo los atropellos usuales. En 1911 se publica clandestinamente como semanario, hasta mediados de 1912, que reaparece públicamente. En 1913 vuelve a salir todos los días, siendo nuevamente clausurada por un tiempo que no duró mucho, pues en el mismo año reanudó su propaganda. Durante ese negro período, la propaganda escrita estuvo en manos de Ghirardo principalmente, el cual, por su origen burgués, pudo hacerse respetar más que ningún otro. Su revista *Ideas y Figuras*, que reapareció al levantarse el estado de sitio, y sus libros, *Triunfos nuevos* (1910), *Crónicas argentinas* y *La columna de*

fuego (1913) lo testimonian. Hubo algunas otras publicaciones, como *El Trabajo*, revista mensual, de Buenos Aires, en 1911; *La libre palabra*, también en Buenos Aires, en 1912; pero sin *La Protesta*, y la Federación Obrera Regional Argentina, el movimiento no se reanimaba.

Sobre el triste período del centenario se pueden consultar *El terror Argentino*, por R. Barrett (Asunción, Paraguay); *La ley social en la Argentina*, por M. Vela (Asunción, Paraguay); *Il terrore nella Repubblica Argentina* (Castellamare, Italia).

Sin embargo, sobre la imposibilidad de suprimir con la fuerza bruta un movimiento revolucionario como el que existía en la Argentina, nos testimonia ya en septiembre de 1911 una huelga general solidaria de protesta contra una masacre proletaria en Mar del Plata. La F. O. R. A., pese a las restricciones del derecho de reunión y de propaganda, no había desaparecido y aun podía permitirse enviar ultimatus al Gobierno en defensa de los trabajadores caídos en las redes de las leyes de excepción. Desde principios de 1912 las huelgas volvieron a repetirse con un carácter más y más vivo en los obreros del puerto, panaderos, ferroviarios y en otros gremios. Las dos leyes de excepción constituyen en lo sucesivo un motivo constante de propaganda revolucionaria tendiente a su supresión.

En 1912 hubo un ensayo de organización específica del anarquismo, pero, como el que vimos en 1920-21, se demostró incapaz de vivir y de prosperar.

Cuando comenzaba a reponerse el movimiento de los golpes sufridos y a ganar terreno, venciendo paso a paso la dictadura policial en una lucha tenaz y llena de heroísmo es decir en 1913 y 1914, estalló la guerra mundial, que afectó las actividades revolucionarias en todo el mundo. Los anarquistas de La Argentina, casi unánimes, quedaron fieles a sus puntos de vista y ni por un momento se dejaron influenciar por la actividad de Kropotkin, Grave, Malato y compañeros. *La Protesta* y la Federación aprovecharon esos años terribles para afirmar sus posiciones y preparar el ambiente para el renacimiento revolucionario que seguiría a la guerra.

* * *

Mencionemos aun otro hecho característico y que aún volveremos a tropezar unos años más tarde:

La Confederación Obrera Regional Argentina no se dió por vencida en sus intentos de fusionarse con la F. O. R. A. Repitió la demanda de unificación en 1912, sin éxito alguno, y por fin los jefes de la fracción reformista del proletariado de la Argentina concibieron una idea genial: en 1914 disolvieron su organización y recomendaron a los diversos sindicatos el ingreso en masa en la F. O. R. A. Muchos camaradas se dejaron ilusionar por ese gesto de mentida fraternidad. Se celebró un congreso, el noveno, en 1915, y a los sindicatos de procedencia reformista se unieron buen número de anarquistas convencidos de que la unificación del proletariado era algo sólido. El resultado de ese congreso fué el acuerdo aprobado por mayoría de suprimir la finalidad anarquista del programa de la F. O. R. A. La minoría, que comprendió en seguida el significado de esa maniobra, dió la voz de alarma y desconoció las resoluciones del congreso; en poco tiempo volvieron a quedar las cosas como si nada hubiera sucedido: por una parte se reorganizó la F. O. R. A. anarquista con sus fuerzas de antes de la pretendida unificación y por otra la Confederación, que desde entonces creyó tener derecho al nombre de F. O. R. A. y que se designó en lo sucesivo con el nombre de *F. O. R. A. del noveno congreso*, vegetando como lo había hecho antes, sin conseguir atraer las simpatías del proletariado. La *F. O. R. A. anarquista*, llamada también del V

Congreso, continuó su camino y sobre todo después de la guerra sus fuerzas se acrecentaron considerablemente, mientras las de la F. O. R. A. del noveno (anteriormente Unión General de Trabajadores y Confederación Obrera Regional Argentina) se debatían en la impotencia y en el menosprecio de que eran objeto, por parte de los trabajadores, las traiciones de sus jefes.

* * *

Desde 1918 en adelante la revolución rusa y la terminación de la guerra originaron en el movimiento obrero de la Argentina un nuevo período de esplendor y de actividad revolucionaria que recordaba el de la época del Centenario. Los sucesos que ponían en conmoción a todo el proletariado se sucedían unos a otros y en poco tiempo la voz de los anarquistas sonó más fuerte que ninguna otra en el país; las organizaciones de la F. O. R. A. recibieron inesperada afluencia de nuevos miembros. La revolución parecía llamar a las puertas y la burguesía y las autoridades comprendían la gravedad de la hora. Nuestra prensa duplicó su tiraje ordinario; las publicaciones anarquistas inundaron el país. Por desgracia, una parte del movimiento se había doblegado más de lo deseable a la consigna bolchevista de la dictadura del proletariado y la reacción contra tales desviaciones, sostenidas en primer lugar por un grupo de pretendidos intelectuales, tuvo por consecuencia una expulsión de dichos elementos de las filas proletarias.

La primera descarga violenta de los entusiasmos populares concentrados en varios años de inactividad relativa se produjo en enero de 1919 a consecuencia de una huelga metalúrgica en Buenos Aires. La policía mató varios huelguistas y ese hecho encendió la indignación popular hasta tal grado que la huelga general inmediata dió la señal para una monstruosa carnicería. Todo el país respondió solidariamente a los huelguistas de Buenos Aires y la capital de la República fue durante una semana teatro de escenas horripilantes. Se calcula el número de muertos en esos días en más de un millar y el de los heridos en varios millares. El número de los presos en toda la República alcanzó decenas de millares.

Desde enero de 1919 no cesaron los golpes violentos de la reacción y las resistencias tenaces del proletariado, hasta que hacia 1924 se advierte el comienzo de un período de cansancio y de desaliento.

Está de más decir que todos nuestros locales y nuestra prensa fueron clausurados; ese estado de cosas duró en Buenos Aires hasta últimos de abril de 1919; pero antes de esa fecha ya se había intentado en Santa Fe, con el semanario *La Campana*, hacer ver que no existía la voluntad de someterse a la dictadura policial. Con la reaparición de *La Protesta* en abril de 1919 se repusieron rápidamente los cuadros del movimiento, deshechos en apariencia por las deportaciones numerosas y las prisiones y las amenazas. Pero la duración del período de reorganización no fué largo; ya el 5 de mayo, a consecuencia de nuevos sucesos sangrientos, la policía prohibió la publicación de *La Protesta* y clausuró de nuevo los locales obreros. Se hizo cuanto se pudo por resistir a esas imposiciones. En lugar de *La Protesta* apareció un tiempo *El Momento*, clandestino, luego *La Batalla*, luego *Tribuna obrera*, diaria, y durante varios meses apareció *La Protesta* semanal, clandestinamente. Aparte de este esfuerzo hubo otras iniciativas de nuevas publicaciones, entre ellas el diario *Tribuna proletaria*; la policía intervino en diversas ocasiones, y viendo que nada podía ni con las amenazas ni con los arrestos y los procesos, echó mano a otros medios.

En marzo de 1920 se produjo una desdichada huelga general patrocinada en nombre de la F. O. R. A. e inspirada por agentes de policía. Luego comenzó en el mismo sector

que había cobijado esos emisarios de las autoridades una campaña en pro del "frente único" del proletariado y en pro de la adhesión de la F. O. R. A. al moscovitismo. Fué entonces cuando se inició nuestra obra de saneamiento; los anarcodictadores quedaron al margen de la F. O. R. A. y de nuestra prensa. Entró en escena una lucha de las más infames y calumniosas contra los que quedaron fieles a las tradiciones del movimiento. La resistencia a tomar parte en la comedia de unidad obrera dió margen a la más viva y fecunda discusión, pero al fin la F. O. R. A. se demostró contraria a la mentira unitaria. El pasado le servía de maestro. El congreso unificador se celebró sin la F. O. R. A., en marzo de 1922, y la bastarda F. O. R. A. del noveno, que apenas existía, aprovechó la ocasión para unirse con algunos sindicatos autónomos y fundó la Unión Sindical Argentina, un nombre nuevo, pero una tendencia vieja, la del reformismo. Como en 1915, fueron puestos a la cabeza del nuevo organismo individuos de procedencia anarquista, a fin de dar un barniz rojo al resultado del congreso unificador. Sería más que torpe que nos hubiéramos dejado ilusionar por esas apariencias.

El mes de mayo de 1921 fue testigo de nuevos acontecimientos sangrientos en Buenos Aires y de una huelga general de protesta. Entre los movimientos obreros de esa época hay que mencionar también la huelga de La Forestal, sanguinariamente reprimida por la policía y el ejército, y la epopeya de la Patagonia, que duró más de un año y que tuvo un epílogo inolvidable en una masacre feroz, a sangre fría, donde cayeron centenares y centenares de obreros indefensos.

Al hablar de la Patagonia es imposible dejar de mencionar la repercusión que tuvo la represión del movimiento obrero por las tropas del ejército al mando del teniente coronel Varela. Un camarada alemán, Kurt Wilckens, no pudo resistir la impresión causada por la sangre tan criminalmente vertida en la Patagonia y mató al teniente coronel Varela en Buenos Aires el 25 de enero de 1923. Fué algo así como el brazo de la justicia popular que alcanzó al responsable directo de la hecatombe del sur. Pero unos meses más tarde, el 16 de junio, un soldado de la guardia de la prisión donde esperaba Wilckens los resultados del proceso, mató a nuestro camarada en su celda, mientras dormía. La indignación que produjo ese cobarde asesinato en todo el país es indescriptible y la huelga general pródiga en hechos memorables del 16 al 22 de junio de 1923 testimonia la magnitud del dolor inflingido al proletariado.

Desde la huelga general de protesta contra el asesinato de Wilckens, la ofensiva del proletariado organizado se va debilitando poco a poco; hubo movimientos aún, como el del 3-8 de mayo de 1924, contra la ley de jubilaciones obreras, pero no testimonian ya la combatividad de los movimientos de los años 1901-1902, 1909-1910 y 1918-1923. Entramos parece en un período de cansancio que puede durar más o menos, pero que no por eso ha de significar una decadencia de la influencia del anarquismo en el movimiento obrero de la Argentina.

Aún en este período de calma en la Argentina, e internacionalmente, nuestros comités pro presos necesitan anualmente de 50 a 70.000 pesos para atender a los camaradas caídos en las garras de la policía y de la magistratura. En los años anteriores de 1918 a 1923 inclusive, las cifras superaron los cien mil pesos anuales.

Una serie de conflictos internos de gran trascendencia para el porvenir, ocupan la atención de los camaradas en estos últimos tiempos; como están todavía en pugna nos eximimos de entrar en detalles.

* * *

Atravesamos un momento histórico de decaimiento; no se necesita ser muy perspicaz para no advertir la diferencia de la hora que vivimos con la que hemos vivido después

de la guerra y la revolución rusa. Sin embargo, aparte del diario *La Protesta*, de su *Suplemento semanal*, las organizaciones de la F. O. R. A. sostienen una serie de periódicos de propaganda como *El Carpintero y aserrador*, *El Obrero panadero*, *El obrero en dulce*, *Renovación*, *Orientación*, *Renacer*, *El obrero en calzado*, *Luz y fuerza*, *El obrero ladrillero*, y otros más en Buenos Aires, *Tierra libre* en Tucumán, *En el camino*, Bahía Blanca, etc., etc. Además existen periódicos libertarios más o menos independientes de la F. O. R. A. en estos últimos tiempos, como *La Antorcha*, semanario de Buenos Aires, *Ideas*, de La Plata, *Brazo y cerebro*, de Bahía Blanca, *La Pampa Libre*, de General Pico, La Pampa, *La Verdad*, de Tandil, etc.

Las ediciones de libros desde 1921 han convertido a Buenos Aires en el centro editorial anarquista más fuerte de los países de habla castellana.

Sobre los acontecimientos de estos últimos años puede leerse la Memoria de la F. O. R. A. al segundo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores (*La Protesta*, Buenos Aires, 21 al 28 de abril de 1925, *Die Internationale*, Berlín, junio de 1925). Al camarada Enrique Nido se debe un folletito de 19 páginas, *Informe general del movimiento anarquista en la Argentina*. Buenos Aires, 1923; escrito para el congreso anarquista de Avellaneda, celebrado en noviembre de 1922. Sobre este gran movimiento falta aun un resumen histórico que ponga de manifiesto su riqueza en hechos, su vitalidad y sus directivas cardinales.

* * *

Basados en las experiencias del anarquismo en la Argentina hemos dado en cierto modo forma doctrinaria a tendencias existentes ya en la vida real. No pretendemos haber aportado nada nuevo a la orientación de nuestro movimiento, pero sí queremos atribuirnos el mérito de haber roto con ciertos vestigios marxistas y con ciertos dogmas usuales en otros países. Y como estamos convencidos de que la razón está de nuestra parte en la interpretación de la aplicación del anarquismo al movimiento de los trabajadores y en la actitud frente a la idea de clase y la unidad del proletariado, debe perdonársenos el propósito de llevar al movimiento internacional un resumen de los puntos de vista que defiende históricamente el anarquismo en la Argentina, que hasta hoy es el que junto con el movimiento obrero español (hasta hace pocos años al menos) ha ofrecido el más amplio campo de experimentación en las luchas revolucionarias del proletariado.

En la Argentina, desde los albores de la organización obrera, los anarquistas constituyeron, por así decirlo, el nervio de la acción revolucionaria del proletariado. El anarquismo fué un factor determinante de la organización sindical, un poderoso elemento de energía, una tendencia de actividad en el seno de la clase trabajadora. Y el movimiento obrero influenciado por nuestras ideas siguió un camino opuesto al que pretendió trazarle el marxismo, sin que esto quiera decir que en este país no exista la corriente reformista que caracteriza a las grandes corporaciones proletarias de Europa. Pero incluso la tendencia reformista entre nosotros está lejos de poderse comparar con la europea. Y el hecho de que no sea posible crear entre nosotros una organización obrera que acepte implícitamente la política y esté de hecho al servicio de los jefes políticos, significa algo más que un fenómeno casual... Importa nuestro triunfo como anarquistas y nos demuestra la existencia de una característica desconocida en los países considerados como socialmente más avanzados.

La propaganda anarquista en la Argentina tomó como campo de acción las organizaciones obreras. Y nuestra posición de hoy es hija de una obra de cuarenta años en los sindicatos. ¿Quién puede negar esa realidad indiscutible? ¿Y quién puede negar

que los anarquistas de la Argentina han sabido crearse un medio de influencia y de acción mejor que en ningún otro país y que se debe a su actitud el que ni siquiera haya podido manifestarse una tendencia obrera reformista tan irremisiblemente desviada de la revolución como la que existe en la mayoría de los países europeos? Y al fin de tantos años ¿puede decirse que el anarquismo de aquellos países que no aceptaron el movimiento obrero en la forma que se hizo en la Argentina está en un grado intelectual superior y ha realizado una sólo obra que no hayamos realizado nosotros? Obras son amores, y cuando se nos presente el balance de un movimiento anarquista que haya llegado a mejores resultados con otras tácticas de propaganda y de acción, cesaremos de presentar el ejemplo de la Argentina como digno de estudio y de imitación.

II

CONSIDERACIONES SOBRE EL ANARQUISMO Y EL SINDICALISMO

Creemos que se hubiera podido evitar una gran parte de la polémica sostenida desde hace muchos años entre los anarquistas partidarios de la actuación en el movimiento obrero y sus adversarios, si se hubiera comenzado por definir el valor de las palabras fundamentales. Para los defensores de la actuación del anarquismo al margen y sobre el movimiento obrero ha sido muy fácil tomar la palabra sindicalismo y su teoría y oponer ambas a las reivindicaciones del anarquismo, incurriendo en la ligereza de calificar de sindicalismo todo el movimiento obrero, siendo que tanto la palabra como la teoría son de fecha muy posterior al anarquismo, y sobre todo, muy posterior al moderno movimiento del proletariado organizado.

Nosotros no confundimos caprichosamente movimiento obrero con sindicalismo; sindicalismo para nosotros, es una teoría revolucionaria, de las tantas que surgen en la vía de la revolución para escamotear sus fines o cortar las alas al idealismo combatiente de las masas. Y claro está, frente a esa teoría y al anarquismo no podemos dudar un solo instante en la elección, porque sostenemos que a la libertad sólo se va con la libertad y que la revolución será anárquica, es decir, libertaria, o no será.

Puede argüirse que, en sus orígenes, el sindicalismo ha sido inspirado por el anarquismo; puede presentársenos el nombre de Pelloutier y de sus colaboradores, cuya buena voluntad no negamos y cuyas pequeñas faltas no queremos puntualizar; lo cierto es que ya en Pelloutier se encuentra un cierto fondo que andando el tiempo ha de permitir asentar en él la famosa declaración de Amiens, 1906, que dice:

“La C. G. T. agrupa, al margen de toda escuela política, todos los trabajadores conscientes de la lucha a realizar por la desaparición del salariado y del patronato...”

“El Congreso considera que esta declaración es un reconocimiento de la lucha de clase que oponen, en el terreno económico, los trabajadores en revuelta frente a todas las formas de explotación y de opresión, tanto materiales como morales, puestas en acción por la clase capitalista contra la clase obrera;

“El Congreso precisa, por los puntos siguientes, esta afirmación teórica: En la obra reivindicada cotidiana, el sindicalismo persigue la coordinación de los esfuerzos obreros, el acrecentamiento del bienestar de los trabajadores por la realización de mejoras inmediatas, tales como la disminución de las horas de trabajo, el aumento de salarios, etcétera;

“Pero esta tarea no es más que un aspecto de la obra del sindicalismo; prepara la emancipación integral que no puede realizarse más que por la expropiación capitalista; preconiza como medio de acción la huelga general y considera que el sindicato, hoy

agrupación de resistencia, será, en el porvenir, el grupo de producción y de reparto, base de reorganización social;

“El Congreso declara que esa doble tarea cotidiana y de porvenir, se deriva de la situación de asalariados que pesa sobre la clase obrera y que hace para todos los trabajadores, cualesquiera que sean sus opiniones o sus tendencias políticas o filosóficas, un deber el pertenecer a la agrupación esencial que es el sindicato.

“Como consecuencia, en lo que concierne a los individuos, el congreso afirma la entera libertad para el sindicato en participar, fuera de la agrupación corporativa, en las formas de lucha que correspondan a su concepción filosófica o política, limitándose a exigirle, en reciprocidad, que no introduzca en el sindicato las opiniones que profesa fuera de él.

“En lo que concierne a las organizaciones, el congreso decide que, a fin de que el sindicalismo llegue a su máximo de efecto, la acción económica debe ejercerse directamente contra el patronato, pues las organizaciones confederadas no tienen, en tanto que grupos sindicales, que preocuparse de los partidos y de las sectas que, al margen y al lado, pueden perseguir con toda libertad la transformación social.”

Hasta aquí la declaración de Amiens, considerada como el más alto exponente de la sabiduría sindicalista; al considerarla sin apasionamiento alguno de parte, no podemos menos de maravillarnos de que haya podido ser votada por los anarquistas y de que haya dado margen a discusiones en nuestras propias filas. La exhortación de Malatesta para que no confundamos anarquismo con sindicalismo, nos parece superflua, pues si esa declaración de Amiens no es una rotunda negación del anarquismo, no sabemos lo que puede ser.

La C. G. T. francesa se encontraba en medio de la lucha de anarquistas y allemanistas por una parte y de guesdistas y otras tendencias socialistas reaccionarias por otra; la declaración de Amiens, con el pretexto de librar al proletariado de los efectos de las contiendas promovidas por los anarquistas y los guesdistas, quiso cerrar la puerta a ambas tendencias, cerrándola en realidad para el anarquismo a quien debe su existencia el moderno movimiento obrero francés; los sucesos posteriores, hasta nuestros días, han demostrado perfectamente que si la declaración de Amiens tuvo algún efecto, fué únicamente la expulsión de la influencia anarquista del seno del movimiento obrero organizado, y esa expulsión fué aprobada por los anarquistas mismos.

Compárese la actitud de los camaradas franceses, que han soñado en la creación de un ambiente políticamente neutral en las filas del proletariado con el ejemplo de los anarquistas de la Argentina, que sostuvieron al precio de los más grandes sacrificios la finalidad libertaria del movimiento obrero; aparte del último ataque de 1920-22, que hemos contribuido a rechazar con todas nuestras fuerzas, tenemos, por ejemplo, el de 1915, en ocasión del noveno Congreso de la F. O. R. A., donde los adversarios de nuestro movimiento, que habían ingresado en masa en esta organización en 1914, para poder dominarla más fácilmente, supieron deslumbrar pasajeramente una mayoría que votó por la sustitución de la recomendación del comunismo anárquico de los estatutos de la Federación. La minoría comprendió desde el primer momento que sin la finalidad y la inspiración del anarquismo el movimiento obrero carece de valor revolucionario y, sobre todo, no puede ser un instrumento de acción y de propaganda en pro de la liberación integral; ese reconocimiento fue el origen de varios meses de luchas tenaces, hasta que los cuadros aparentemente descompuestos fueron rehechos. Con más claridad, nos parece que, en el sindicalismo francés, se intentó una vez en España marchar por la vía del neutralismo ideológico en el terreno sindical. En este país, la cuna del movimiento obrero anarquista, se llegó en 1888 al deseo de agrupar la totalidad de los trabajadores organizados bajo una firma común, con exclusión de sus

tendencias particulares en cuestiones políticas. Fué una idea desdichada que rompía con todas las tradiciones revolucionarias y que, naturalmente, no podía prosperar. El movimiento obrero en España, la totalidad del proletariado organizado, había penetrado, desde los tiempos de su iniciación, el objetivo de sus esfuerzos y de sus luchas, y era, por consiguiente, una locura desviar la mirada de los trabajadores de sus ideales de emancipación en holocausto al aumento numérico de las fuerzas de la organización obrera. Dos años antes del Congreso "sindicalista" de Barcelona se lee en un manifiesto de la Federación Local barcelonesa, publicado en "Bandera Social", 11 de mayo de 1886: "El objetivo de la revolución social abarca estos tres puntos: Disolución del Estado. Expropiación de los detentadores del patrimonio universal. Organización de la sociedad sobre la base del trabajo, de cuantos sean aptos para la producción; asistencia de los que no sean aptos para ella, así como de los que hayan dejado de serlo; educación física, científica integral para los futuros productores". Olvidando ese objetivo, que ponía en primera línea la disolución del Estado, se formó, en mayo de 1888, la Federación de Resistencia al Capital, en la convicción de que la mera resistencia al capital era un lazo lo suficientemente sólido para soldar los diversos eslabones del movimiento obrero. Entre la declaración de principios aprobada en ese Congreso, redactada indudablemente por los anarquistas mismos, y el sindicalismo triunfante en Amiens, el abismo es grande, pero, sin embargo, el anarquismo quedaba igualmente en peligro como inspirador directo del movimiento obrero. De ahí que la famosa Federación de Resistencia al Capital, basada, sin embargo, en ideas mucho más claras que las del sindicalismo francés, no tuviera más que una vida miserable y terminara por fenecer para volver a dejar el campo libre al movimiento obrero orgulloso de sus ideas anarquistas. El proletariado organizado ha llegado ya a tal grado de evolución intelectual, que, pedirle la renuncia a sus ideas para luchar contra el presunto enemigo común: el capitalismo, equivaldría a pedirle a los religiosos sinceros de hace diez siglos que hicieran abstracción de la diversidad de sus concepciones sobre la divinidad a fin de formar un frente único común contra los ateos.

Si el anarquismo fuera una simple concepción filosófica, una escuela literaria o un mito religioso sin contenido real en la vida de los pueblos, sería fácil llegar a una síntesis ideal. Bastaría que un genio construyera, al modo de los antiguos profetas, el evangelio de la Libertad y que el Maestro contara con suficientes discípulos para esparcir sus doctrinas por el mundo de los creyentes.

Es condición humana creer en algo que esté fuera de la realidad. La fe es la gran animadora del progreso social. Y los creyentes triunfan siempre sobre los escépticos. Pero la permanencia del espíritu religioso del hombre en las doctrinas sociales sólo tiene de pernicioso sus derivaciones a la idolatría. Ahí está el renunciamiento de la personalidad, la negación del progreso individual, la esclavitud mental del hombre que confía a una fuerza extraña a si mismo la tarea de transformar el mundo.

Con frecuencia, oímos decir a compañeros que creen poseer la síntesis del ideal anarquista, que no pueden ser fieles intérpretes del anarquismo los que no se hayan empapado en las doctrinas de los maestros. Establecen así dos categorías de adeptos: la de los que conocen el fondo de la filosofía y saben distinguir a Proudhon de Kropotkin y a Bakunin de Tolstoy, y la de los creyentes, incapaces de sutilizar sobre ciertas difíciles abstracciones del pensamiento. Y lo cierto es que, mientras los primeros permanecen alejados de la lucha social o incurren con excesiva frecuencia en lamentables contradicciones, los segundos mantienen con su fe y con sus entusiasmos el espíritu anarquista y las conquistas realizadas por los pueblos en sus perennes bregas contra el despotismo imperante.

Esa expresión real de nuestras luchas, por lo mismo que va trazando nuevas conquistas morales en el penoso camino que recorre la humanidad, es lo que distingue al anarquismo de las creencias religiosas y del mesianismo político. El anarquista es un hombre de fe: cree en el progreso, en la cultura, en las cualidades que distinguen al ser humano del resto de los animales. Pero no confía a un genio la solución de los problemas de la vida. Tiene por norte un ideal: la justicia; su culto es la libertad; su aspiración, el bien común. Y a conquistar esos atributos del hombre se dirige, confiando en sus propias fuerzas y no cifrando en el solo esfuerzo de otras individualidades la realización de la felicidad universal.

* * *

Hombres que se creyeron los depositarios de la fe anarquista y los continuadores de la obra de los maestros, intentaron desviar el camino de la propaganda revolucionaria del proletariado. Situados en la encrucijada del movimiento social después de un voluntario alejamiento de nuestras filas, pretendieron unir los dos extremos del socialismo: el autoritario y el libertario.

Tenían como único argumento la experiencia de una revolución truncada. Basaban su prédica en la realidad de un momento histórico, en las experiencias de una grosera contienda por el predominio de hombres y de clases, en el dislocamiento moral provocado por la guerra y por el histerismo de los que ambicionaban nutrir su famélica personalidad con los despojos de la cruenta carnicería.

Para los innovadores, deslumbrados por la militarización del proletariado y confundidos por la ola roja que epilogó la tragedia del 14, los acontecimientos del 17 venían a transformar por completo el curso de la historia, a desdecir a los profetas más creídos y a destruir la fe de los pueblos en una liberación que no repitiera los horrores del despotismo religioso y de la brutalidad estatal. La revolución, dijeron, es un problema de fuerza, de dictadura, de autoridad. Y el anarquismo, fundamentalmente contrario a la organización de la violencia y al mantenimiento de poderes dictatoriales que menoscabaran la libertad del hombre e hicieran del proletariado el verdugo de su clase, no comprendía, por lo mismo, las pretendidas experiencias de la guerra y las alegadas exigencias de la hora actual.

Esos conversos al ideal de la dictadura, al mesianismo político y a la teología estatal coincidían con los creyentes del marxismo. Pero, para conservar sus viejas posiciones voluntariamente abandonadas, empeñaronse en diferenciarse de los ortodoxos marxistas. Nosotros, alegaban, sólo aceptamos la dictadura del proletariado cuando es ejercida desde los órganos económicos del proletariado. En ese simple detalle diferían de los que reclamaban el poder político para la clase obrera, poder que deba ser encomendado al partido político de vanguardia. Pero los anarco-bolchevistas, igual que los comunistas de dictadura, sostenían la necesidad del Estado con carácter de provisoriedad para organizar las fuerzas de la revolución y presentar un frente unido a las fuerzas de la contrarrevolución.

De esas evidentes transgresiones, de esa desviación autoritaria del movimiento obrero inspirado en los mandamientos de la Tercera Internacional y en los dictados de Moscú, se pretendió hacer cómplice al anarquismo. Para justificar la defensa de los frentes únicos con los partidos bolchevistas se apeló a argumentos extraídos de artículos de Malatesta, de Fabbri, de Faure y de otros muchos militantes contemporáneos. Y para hacer creer a los obreros que militaban en nuestra filas que el fenómeno bolchevista tenía su explicación en las doctrinas de los precursores, se mutiló el pensamiento de Kropotkin y de Bakunin para que sus preocupaciones sobre los problemas de la

revolución se avinieran al vulgar atraco del poder político iniciado por los comunistas de Estado rusos.

La impudicia de los fariseos no encontró barreras en su repliegue al sector marxista. Para ellos Kropotkin había previsto la posibilidad del Estado transitorio... gobernado por los anarquistas, y Bakounin había hecho profesión de fe dictatorial al mencionar como posible una dictadura obrera en el período convulsivo de la revolución. Y Malatesta, Mella, Faure, Fabbri, Rocker, Nettelau, etcétera, estaban también de acuerdo en aceptar como fatal esa desviación autoritaria del movimiento revolucionario iniciado por el proletariado ruso. Naturalmente, que los hechos tienen siempre más valor que las palabras. De la revolución rusa no queda ni la máscara de la dictadura del proletariado... El estado obrero se transformó en Estado burgués y el comunismo en expresión política y económica de una nueva casta privilegiada y dirigente. De esa revolución, ¿qué experiencias sacan los conversos al bolchevismo? Como no quieren confesar su error o romper sus compromisos con los dictadores moscovitas se empeñan en diferenciar su anarco-bolchevismo del comunismo dictatorial. Pero persisten en los errores básicos: siguen confiando a la dictadura la misión de transformar el mundo burgués y de vencer al capitalismo mediante la fuerza militarizada del proletariado.

El fracaso del comunismo ruso implica a la vez la degeneración de la idea de la dictadura proletaria y del Estado obrero. Si fracasaron los bolchevistas en su propósito de transformar la sociedad desde arriba, se debe a que los medios empleados eran malos. Y no se puede defender un sistema de propaganda que tan funestas consecuencias tuvo para el movimiento revolucionario, sosteniendo que otros hombres en las mismas condiciones llegarían a diferentes resultados.

* * *

La práctica del parlamentarismo, por lo mismo que particulariza la acción colaboradora de los socialistas y los aleja cada vez más del punto de partida del socialismo, ha servido para establecer en el movimiento social de todos los países las actuales clasificaciones doctrinarias. Y se califica de reformistas a los que aceptan la política como un recurso para llegar a la colaboración de clases y al “buen gobierno”, y de revolucionarios a los que basan en la acción directa el triunfo de la revolución.

Puede que esos dos denominativos hayan servido durante el largo período de relativa calma que terminó con la declaración de la guerra europea, para diferenciar dos movimientos distintos en la forma de encarar tácticamente la lucha de clases. Pero la gran carnicería, primero, y la revolución rusa, después-fermentos violentos de las dictaduras gestadas por el autoritarismo marxista-, fueron las encargadas de rectificar el viejo concepto revolucionario. ¿Podían llenar las aspiraciones de los anarquistas las vaguedades doctrinarias de un sindicalismo que se declaraba neutral frente a la lucha de las tendencias que prevalecían en el movimiento obrero?

La necesidad de reaccionar contra las infiltraciones autoritarias en la propaganda revolucionaria obligó a los anarquistas a definir su posición doctrinaria y a plantear serios antagonismos a los que más cerca parecían estar de las ideas. Y el primer escollo que encontró el anarquismo al reiniciar la marcha después de un breve período de indecisiones, fue precisamente el del sindicalismo clásico: de esa teoría apolítica, colocada en el centro del movimiento revolucionario.

Los reformistas apolíticos están situados en el camino de la dictadura. Oponen a la fórmula comunista de la dictadura proletaria y del Estado obrero el alegato clasista de “todo el poder a los Sindicatos”. Pero, en realidad, excluyendo la tendencia política de los comunistas y sus declarados propósitos dictatoriales, el sindicalismo neutro acepta

de hecho todas las contingencias marxistas: basa en el imperio económico del capitalismo la realización de fines económicos que excluyen toda definición política e ideológica.

He ahí, pues, el exponente menos conocido del reformismo, Durante muchos años los jefes socialdemócratas que a la vez oficiaban-y siguen oficiando-de dirigentes del proletariado menos activo, aunque si numéricamente más fuerte, pretendieron dividir el campo obrero en dos distintas zonas de influencia. Ellos se llamaron socialistas en el partido, y llegaron a ser diputados, senadores y hasta ministros en gabinetes reaccionarios, practicando la colaboración de clases en desmedro de los más elementales derechos de los trabajadores; pero simulaban también, en los Sindicatos, la defensa de las mejoras económicas arrancadas al capitalismo y oficiaban de orientadores del sindicalismo en su calidad de ex obreros ganados por el ambiente burgués y no pocas veces colocados de hecho en el sector de la reacción y convertidos en descarados lacayos del capitalismo.

La degeneración del movimiento obrero revolucionario -del grupo menos numeroso, pero más activo, que se mantuvo hasta la guerra europea en sus posiciones de vanguardia, tratando de obstaculizar con su crítica todos los pasos de los jefes socialdemócratas-; la derivación reformista de una tendencia que parecía ser el resultado de nuestra propaganda y la sólida obra realizada por los anarquistas en medio siglo de agitaciones subversivas y de luchas heroicas, debemos buscarla en la vaguedad doctrinaria de los sindicalistas puros. El sindicalismo no llegó a ser una doctrina, pese al esfuerzo de algunos teorizantes colocados en la guardarraya que separa al marxismo del anarquismo. Por eso estuvo y está expuesto a todas las incursiones de los fracasados de la política y de todos los aspirantes a una jefatura en los Sindicatos obreros. ¿Debemos persistir en el error neutralista, empeñándonos en mantener una tendencia híbrida que rechaza los fundamentos doctrinarios del anarquismo y pretende buscar sus motivos revolucionarios en el factor económico con exclusión de toda idea moral o política?

El apoliticismo es la negación de toda fe en el porvenir de la humanidad, que sólo podrá redimirse por las ideas, pues las ideas concretan aspiraciones y suprimir las ideas en la conducta de nuestra vida individual o colectiva equivaldría a pretender extirpar de nuestro corazón aspiraciones y anhelos de justicia, de libertad y de bienestar. Los sindicalistas neutros, al rechazar sistemáticamente todo compromiso con lo que ellos llaman "dogmas", dejan sentado el concepto fatalista del marxismo: confían al desarrollo industrial de las naciones y a la prevalencia cada vez más absorbente del capitalismo la tarea de crear en los pueblos y en los individuos las aptitudes necesarias para preparar y realizar la revolución. Pero como el materialismo histórico sólo se explica mediante realidades económicas y viejas experiencias sociales que carecen de contenido moral para el hombre emancipado-para el propagador de la vida nueva-, los trabajadores no podrán nunca emplear ese instrumento capitalista en la difícil y penosa tarea de transformar este mundo de esclavos en mundo de hombres libres.

Las tendencias que rechazan las ideas "consagradas" y se sitúan en el término medio de la cuestión social, no podrán nunca llevar a cabo una labor revolucionaria de proyecciones universales. (Lo universal es, en este caso, lo que abarca al hombre y a la sociedad en sus fundamentos éticos y materiales). Y el sindicalismo, que ni siquiera es un término medio desde el momento que pretende mantenerse en un terreno neutral frente a todas las ideologías, menos podrá convertir a los trabajadores en una potencia revolucionaria que obre sobre las condiciones políticas y económicas del medio social y elabore en la conciencia del hombre los valores nuevos, las ideas de libertad y justicia que habrán de redimir a los pueblos del pecado original: la esclavitud.

Repitiendo los errores de la socialdemocracia y haciendo suyo el programa de los jefes políticos del sindicalismo reformista, los bolcheviques han creado un movimiento sindical propio, que subordinan a su partido. De hecho la Sindical Roja no es otra cosa que el apéndice económico de la Tercera Internacional. El sindicalismo es, para el gobierno comunista ruso, un recurso político que facilita su intervención en el movimiento obrero y le ofrece un arma poderosa para neutralizar los efectos de la propaganda revolucionaria de los anarquistas. ¿No llena la Sindical Roja, para el gobierno de Moscú, las mismas funciones que la Internacional “amarilla” de Ámsterdam cumple como instrumento reaccionario de los gobiernos europeos?

No basta, pues, para dar al sindicalismo una orientación revolucionaria, con substraer los trabajadores a la influencia de los traidores refugiados en la Internacional de Ámsterdam. También en Moscú está la Sede de los conversos a la dictadura y a la reacción y de los lacayos del capitalismo internacional. Si comprobamos esa degeneración del movimiento obrero considerado revolucionario, si nos consta que Moscú sigue la misma trayectoria reformista que Ámsterdam, ¿a qué ese empeño en dejar librados los sindicatos obreros a la influencia de los oportunistas que simulan propósitos subversivos para catequizar a los trabajadores y explotar su ignorancia en beneficio de un partido político sedicente revolucionario?

Las frecuentes desviaciones del sindicalismo debemos buscarlas en su orfandad ideológica. El interés de clase no creó una noción moral superior en los trabajadores, ni los libró del contagio de los autoritarismos que flotan en el ambiente. Y la unidad obrera desaparece hasta en el momento en que están en litigio cuestiones puramente económicas. El desarrollo material de las naciones, la concentración capitalista, el perfeccionamiento técnico, etc., habrán desarrollado aptitudes y capacidades productivas en el proletariado. Pero ese progreso industrial, aprovechado en su beneficio por una minoría privilegiada, no ha creado por sí mismo valores revolucionarios en la conciencia de los esclavos.

Si no llegáramos a la lógica conclusión de que los trabajadores no pueden emanciparse del yugo del salario si no se emancipan moralmente del dominio de las religiones que tienen su síntesis violenta y opresora en el Estado, difícilmente nos explicaríamos el contraste que existe entre el progreso material de las sociedades humanas y el menguado progreso moral de los pueblos.

* * *

Para quienes se empeñan en hacer del sindicalismo una doctrina aparte -un terreno neutral que admite y a la vez rechaza toda clase de teorías políticas y filosóficas- debiera servirles de lección la experiencia de los últimos años. Las organizaciones obreras numéricamente más poderosas fueron incapaces de asumir una actitud decidida frente a los acontecimientos revolucionarios. Y fue suficiente la aparición en escena de una tendencia política que basó en el activismo de la masa el triunfo de un nuevo sistema de dictadura para que el movimiento obrero perdiera el rumbo y siguiera la dirección que le marcaron los oportunistas.

Para explicar el fracaso del sindicalismo, que oficia de segundón en las luchas políticas de los diversos grupos marxistas, se dijo que los jefes habían traicionado a la masa. ¿Dónde está, pues, la doctrina de ese sindicalismo neutro que no puede substraer los trabajadores a la influencia de los profesionales de la política? ¿Y en qué parte radica la fuerza de una organización creada sobre la base de las necesidades económicas, si esa condición clasista no impide a los obreros actuar en un terreno

contrario al sindicalismo y apoyar movimientos políticos que consagran y perpetúan su esclavitud económica?

El Sindicato no es una doctrina: es un medio de acción, bueno o malo, según las ideas que se debatan en su seno y determinen su orientación. Los Sindicatos, creados sobre la base económica del capitalismo, plantean problemas económicos de fácil solución: luchas por un mayor salario, por la disminución de horas de trabajo, etcétera. Y sólo a condición de que esos órganos del trabajo organizado acepten una dirección revolucionaria ideológica llegan a ser verdaderos baluartes gestadores de un mundo mejor.

Los problemas capitales de la revolución no se debaten en el seno de los Sindicatos por el hecho de que sus componentes pertenezcan a tal o cual oficio o profesión. El gremio puede unir, a lo sumo, a los trabajadores para un fin inmediato: la lucha contra el burgués que los explota. Y ahí comienza y termina la solidaridad de clase... Son los trabajadores, como hombres de pensamiento, por sus ideas y por su espíritu, los que plantean el verdadero problema revolucionario y convierten el campo sindical en terreno propicio para toda clase de ensayos políticos y económicos.

Aceptando el movimiento obrero como un medio de lucha no es posible que se llegue a confusiones y malentendidos entre las diversas y antagónicas tendencias políticas y filosóficas. Pero, si se pretende hacer del sindicalismo el costal de todas las teorías sociales y cada fracción se agazapa en sus declaraciones prescindentes para dar el golpe de mano y apoderarse de la dirección de los Sindicatos, en vez de atenuar las divergencias se acentúan y la lucha rencorosa termina siempre por despedazar las mastodónticas organizaciones mantenidas a base de disciplina y de dictadura.

La teoría sindicalista -del sindicalismo que se basta a sí mismo- está en permanente contradicción con los hechos. Las organizaciones obreras que proclaman la prescindencia política e ideológica y hasta llegan a excluir de su seno a los indisciplinados que incurran en el delito de criticar la acción de los jefes no son por eso libres. Fácilmente se descubre en cada Sindicato o Federación unitaria la prevalencia de una fracción política -generalmente, la más reformista- que impone su punto de vista a todos los asociados y conspira contra esa unidad de clase en su empeño por hacer del sindicalismo un simple recurso político.

Sometidas al dominio de los jefes socialreformistas, las organizaciones obreras numéricamente más poderosas, en Europa, hicieron el juego a la burguesía durante la última guerra. Y esas mismas organizaciones sindicales, pese a su "neutralidad" ideológica, realizan una labor puramente política, con olvido de su misión de órganos económicos para la lucha contra el capitalismo.

El fenómeno bolchevista y fascista -dos complementos de una sola tendencia dictatorial- sólo fue posible por obra de la incapacidad del proletariado para resolver por sí mismo la crisis del capitalismo. La abortada revolución rusa no debe su fracaso a la carencia de fuerzas subversivas. Degeneró en un movimiento puramente político porque las organizaciones obreras estaban sometidas a la influencia de los jefes marxistas y servían de escudo a los profesionales de la política.

La clase trabajadora organizada puede contar con fuerzas suficientes para hacer una revolución de palacio; pero una revolución de palacio no es una revolución social. El sindicalismo prestó el concurso de su fuerza organizada para la implantación de una dictadura: de la bolchevista en Rusia y de la fascista en Italia. Y esa misma actitud del proletariado ante el triunfo de la reacción, ¿no nos demuestra la impotencia del sindicalismo como doctrina revolucionaria?

* * *

La crisis del sindicalismo se acentúa a medida que el proletariado recupera el equilibrio que tanto desean los políticos marxistas y los dirigentes del Estado. Esfumada la ilusión subversiva y alejada la tormenta revolucionaria del horizonte social, la masa busca el medio más fácil y menos peligroso para obtener mejoras en sus salarios. Y son los jefes sindicalistas los que con mayor empeño tratan de oponer un paréntesis a las luchas violentas, conformándose con mantener la disciplina en las filas obreras e ir preparando metódica y estratégicamente el ejército de la futura revolución...

Esa realidad del movimiento obrero internacional no puede pasar desapercibida por los anarquistas. Urge renovar espiritualmente al proletariado. Y esa renovación sólo será posible rompiendo los diques del reformismo y encauzando las energías que aún quedan latentes en el pueblo por un camino completamente divergente al que siguen los jefes políticos y gremiales.

Pocos países llegaron a contar con un movimiento anarquista tan extenso y vital como España. Pero también en pocas partes es tan aguda la crisis ideológica y en ninguna parte se deja sentir tanto el imperio de la fuerza bruta, erigida en único fundamento de la teoría y la práctica de ese sindicalismo desorbitado y sin cabeza que ha conducido la clase obrera a la más desastrosa derrota moral. ¿No es fácil descubrir la causa de esa degeneración del sindicalismo revolucionario, en la prevalencia de hombres que hicieron del oportunismo el único norte y guía de sus acciones como dirigentes del proletariado? ¿Y no está en ese mismo hecho la impotencia de los anarquistas españoles frente a la urgente necesidad de renovar espiritualmente al movimiento sindicalista, sacando a los obreros conscientes del caos ideológico en que actualmente se debaten?

* * *

Hay anarquistas que se empeñan en “construir” una “doctrina económica”, un sindicalismo que no sea el de los intereses de clase y de la lucha de clases. Para diferenciar su sindicalismo de las organizaciones obreras reformistas le agregan el adjetivo “revolucionario”. Y suponen que así establecen una diferenciación de doctrina, cuando únicamente señalan una variedad en los “medios” de acción del sindicalismo para realizar sus limitadas aspiraciones económicas.

El sindicalismo revolucionario, de acción directa, aún cuando adelante un propósito de subversión social y niegue la continuidad histórica del Estado capitalista, no es otra cosa que una modalidad de lucha del proletariado contra la clase patronal. Se distingue del corporativismo marxista, en los medios que emplea para arrancar concesiones al privilegio: en la huelga directa, que acepta hasta sus últimas consecuencias, el sabotaje, el boicot y otros medios que rechazan los socialreformistas, enemigos estos de todo acto que tienda a perjudicar los intereses de la clase patronal y a poner en peligro la estabilidad del Estado.

Para un anarquista, ya que no puede eludir las contingencias de la lucha en el terreno económico y está obligado a dar una buena parte de sus esfuerzos a las organizaciones gremiales del proletariado, el sindicalismo revolucionario, de acción directa, constituye un buen “medio” de propaganda y de acción revolucionarias. Y es en virtud de su concepción de los problemas sociales, de su temperamento subversivo, que opone al corporativismo marxista y a las maniobras colaboracionistas de los jefes obreros la modalidad revolucionaria del sindicalismo.

Pero ese sindicalismo revolucionario que conserva su carácter subversivo, que mantiene su orientación revolucionaria y que actúa en un plano de intransigencias que no se aviene a la política de colaboración, no obra así porque constituya una finalidad

social y posea la fórmula específica de una verdadera revolución, sino únicamente porque concreta un propósito de permanente lucha y de continua resistencia al dominio capitalista. Si se olvida que el Sindicato es un “medio” y, a la vez, la consecuencia del régimen económico presente -si se basa en el adjetivo “revolucionario” la finalidad social de las organizaciones obreras, con olvido precisamente de los factores políticos y morales no subordinados a esa realidad del sistema capitalista-, ¿no se desvirtúa la doctrina y se vulneran los principios del anarquismo?

* * *

Si la lucha emancipadora de los pueblos no fuera otra cosa que el resultado de sus necesidades económicas, el sindicalismo -expresión de las fuerzas biológicas que impulsan las masas a luchas puramente instintivas- tendría en sí, como movimiento de reacción contra la clase privilegiada, el “método” y la “doctrina” revolucionarios; llegaría a la solución de los problemas sociales mediante un acto de violencia que obligara a los capitalistas a renunciar a su tutelaje sobre los asalariados. Pero los anarquistas sabemos que no está en ese despojo -en la proletarización de los actuales amos-, la solución racional del problema humano. Si mediante una revolución, hecha a la manera de los golpes de Estado o de las asonadas políticas, las organizaciones obreras asumen el control de las industrias, del comercio y de las finanzas, ¿desaparecerá por eso el salariado? No. Desaparecería el capitalismo clásico, la vieja casta de los privilegiados, la actual clase patronal; pero en su lugar se implantaría el capitalismo de los Sindicatos.

No debemos olvidar que el sindicato es, como consecuencia económica de la organización capitalista, un fenómeno social hijo de las necesidades de esta época. Conservar su estructura después de la revolución implicaría tanto como conservar la causa que lo determinó: el capitalismo.

Esta supuesta doctrina del sindicalismo revolucionario es una ficción. Los anarquistas aceptamos los Sindicatos como medio de lucha y procuramos que se acerquen en lo posible a nuestras concepciones revolucionarias. Pero de ahí a subordinar nuestras ideas a ese móvil económico, media un enorme trecho, un abismo profundo que no debemos intentar salvar so pena de que nos neguemos como hombres de ideales superiores y de miras que no se limitan a contemplar el doloroso panorama que nos ofrece la “lucha de clases”. Es decir: nosotros no queremos ser dominados mentalmente por el Sindicato; queremos dominar el Sindicato. Con otras palabras: hacer servir el sindicato a la propaganda, la defensa y la afirmación de nuestras ideas en el seno del proletariado.

Para llegar a abrazar la causa del pueblo, si no se sufre directamente el latigazo de la tiranía y la implacable mordedura del hambre, es menester que el cerebro deduzca de acuerdo con lo que dicte el corazón. El sentimiento juega un rol principal en las luchas contra los despotismos consagrados. Por eso, el anarquismo es, más que nada, una noción de justicia, y la justicia es un producto de la conciencia moral, desvirtuado en las codificaciones, que son obra del criterio convencionalista y utilitario de los egoístas y los malvados.

El problema, pues, consiste en dar vida a los sentimientos, a las ideas, a las aspiraciones. Los teóricos que nos ofrecen un sistema hecho, fríamente calculado, sólo pueden interpretar las posibilidades de una época. De sus teorías prevalece la parte sentimental que las anima, no las improvisaciones de orden material que constituyen algo así como una estructura dogmática. Y es por eso que los anarquistas, aun cuando demos valor a las teorías económicas de los precursores Y hasta nos deleitemos leyendo las novelas descriptivas de la sociedad futura imaginada por escritores nuestros,

tenemos más en cuenta los fundamentos morales del anarquismo que los esbozos de la vida anarquista en el papel...

Hay que vivir las palpitaciones de cada hora y aplicar a los hechos el método derivado de la finalidad anarquista. Hay que establecer, sobre el vasto escenario social, la base de una actividad creadora. Hay que valorizar con actos nuestros la obra que va cimentando la propaganda revolucionaria en su persistente empuje demoledor. Para ello contamos con un ideal de libertad y justicia, que es, más que nada, un sentimiento. Y ese norte y guía de nuestros pasos es el que nos impide caer en el terreno resbaladizo de la política y en las trampas que nos tienden los traficantes de la emancipación obrera.

No es posible confiar a la "doctrina pura" que no es valorizada por la conducta individual y colectiva cotidiana, la misión de destruir las vallas morales que impiden el avance de la revolución. En nombre de las ideas de libertad, se consagran nuevos despotismos. Con el señuelo de la emancipación económica del proletariado los llamados socialistas imponen al proletariado la dictadura de una minoría. Existe, pues, una subversión de los conceptos de libertad y justicia, subordinados a las conveniencias de un partido y a los intereses de camarillas que sostienen su derecho a regir los destinos del mundo.

* * *

El movimiento obrero, que es el más vasto escenario de la lucha social, sigue tan confuso como antes de la gran guerra en algunos países de prevalente desarrollo industrial. Podría decirse que las experiencias últimas en nada contribuyeron a aclarar ideas y tácticas de lucha, a pesar de ser los sindicatos los que más directamente sufrieron el influjo de las tendencias sociales predominantes en el desarrollo de los acontecimientos subversivos de la post-guerra.

La explicación de ese fenómeno debemos buscarla en las tendencias políticas que viciaron las organizaciones proletarias e hicieron de la masa obrera una fuerza pasiva y disciplinada apta únicamente para favorecer el avance de los aspirantes al poder. Pero también contribuyeron en mucho a esa confusión ideológica, origen y causa de la impotencia espiritual del proletariado, los anarquistas que aceptaron el sindicato como un campo neutral vedado a los antagonismos de ideas y propicio únicamente a las disputas de orden económico.

No existió una equivalencia de acción y de propaganda entre el anarquismo y el sindicalismo. Los neutralistas creyeron que el proletariado, como clase necesariamente obligada a luchar contra la burguesía, tenía en sí mismo su ideología: que encontraría su camino con sólo hacer una declaración de fe anticapitalista y a lo sumo anti-estatal. Y nos encontramos ahora que, como sucede con el comunismo de dictadura y con el reformismo social-demócrata, hay varias clases de capitalismo y de Estados aun cuando en el fondo encarnen esos "sistemas nuevos" el mismo fin político y económico: el dominio de una clase privilegiada, que toma el poder en nombre del proletariado y perpetúa las instituciones históricas en perjuicio de la mayoría asalariada.

El mito materialista sirvió de norte y guía a la masa obrera ilusionada por pasajeros éxitos y muy poco influyó el anarquismo en la marcha de acontecimientos revolucionarios que parecían señalar el derrumbe definitivo de las instituciones capitalistas, ya que la mayoría de los propagandistas de la idea libertaria no alcanzó a descubrir el fondo autoritario y conservador de las tendencias que tomaron la iniciativa de la revolución. ¿Por qué fué posible el triunfo de la contrarrevolución en el preciso momento que más próxima parecía la crisis del Estado y la quiebra del principio de autoridad?

No sólo fué de los marxistas la iniciativa subversiva, que les permitió asumir la dirección del proletariado, sino que también su ideología primó en el movimiento obrero. Las tendencias sindicales más extremas estaban en realidad en el camino del socialismo de Estado. ¿Qué importaba la declaración libertaria prendida con alfileres a los estatutos de algunas organizaciones obreras, si los anarquistas eran los primeros en rendirse a las necesidades económicas y a los intereses sindicales, renunciando a toda lucha ideológica por temor a romper la vidriosa unidad de clase? El mito materialista cerró el camino a las ideas que atentaban contra la disciplina sindical, porque se tenía más en cuenta el interés inmediato de la masa obrera que la orientación del proletariado y el porvenir de las organizaciones revolucionarias.

Lo cierto es que la influencia marxista domina a la mayoría de los sindicatos obreros de Europa. Pese al fracaso del comunismo ruso, el proletariado no se decide a romper la disciplina que lo maniató al yugo político de los nuevos gobernantes. La ilusión de la dictadura proclamada por el bolchevismo, la farsa de la voz de orden de Moscú: "todo el poder a los soviets", sigue: teniendo adeptos y creyentes. Los sindicalistas revolucionarios, recurriendo a subterfugios, pretenden eludir el escollo de la dictadura al declarar que todo el poder debe ser asumido por los sindicatos en el momento de la revolución. Mas es fácil descubrir ahí la revivida tendencia autoritaria: el mito materialista que convierte a los trabajadores en los creyentes de ese supuesto progreso industrial que, según Marx y sus discípulos, provocaría por sí mismo la caída del capitalismo y facilitaría el advenimiento de la sociedad comunista.

* * *

No todo el movimiento obrero de oposición a la social-democracia se inspira en la doctrina anarquista. Debemos recordar que Moscú fue el substantivo revolucionario opuesto al reformismo socialista. Y, sin embargo, no se trataba más que de una frase llamada a reemplazar, en el vocabulario del marxismo, a las palabras en desuso de los tartamudos reformistas.

En igual forma proceden los que pretenden renovar la fracasada tendencia del sindicalismo neutro. La adornan con frases efectistas para dar la impresión de que han descubierto algo nuevo. Pero repiten el error materialista, perpetúan los vicios degenerativos de la social-democracia y se sitúan en el mismo camino de la dictadura y del reformismo.

La organización I. W. W. de Estados Unidos, y algunos otros pobres ensayos industrialistas en países sin industrias, nos ofrecen un curioso ejemplo de inconsciencia revolucionaria. Los creyentes de principios que no alcanzan a definir los grados de conciencia y de capacidad de los trabajadores de ese "sistema" tienen su mito: una declaración que aceptan como un dogma. Toda la ideología I. W. W. se reduce a esta declaración: "una ofensa hecha a uno es una ofensa hecha a todos". Y el complemento lo constituye la tendencia a crear una gran unión obrera que abarque el globo y estreche a los trabajadores por los lazos de la industria.

Para los I. W. W. esa declaración es algo así como una reliquia. De ahí que la ofrezcan en forma de escapulario a sus creyentes y la publiquen en cuadros de honor en todos los periódicos industrialistas. Pero, ¿en qué forma tratan de actuar lo que insinúa el preámbulo de su declaración de principios los dirigentes y orientadores de los I. W. W.?

La organización de los llamados Obreros Industriales del Mundo se basa en el proceso del desarrollo industrial de Estados Unidos. Su ideología surge de esa realidad económica y su táctica depende de hechos circunstanciales. Los I. W. W. llevaron el marxismo a la organización obrera; son materialistas históricos, ya que a la fatalidad del

desarrollo industrial confían el triunfo de la revolución y en la potencia del capitalismo se basan para nutrir de energía sus organizaciones de lucha.

He ahí, pues, que las declaraciones revolucionarias de los I. W. W., aun cuando por temperamento sean revolucionarios sus miembros, carecen de valor como exponentes de un estado de conciencia libertaria. El industrialismo obrero persigue como fin la dirección de las industrias. Y no va más allá de ese hecho materialista, ni adelanta otra declaración que no sea la de suplantar en el gobierno y administración de las industrias a sus actuales dirigentes.

Se comprende, pues, la necesidad imperiosa de definir en el movimiento obrero claras y terminantes orientaciones. Los anarquistas debemos saber lo que queremos y la función revolucionaria que atribuimos a los sindicatos antes, durante y después de la revolución.

* * *

Los teóricos de ese sindicalismo basado en la concepción materialista de la historia y que sigue a la zaga del capitalismo, copiando sus modalidades y haciendo suyos los "medios" que éste va creando en su continuo desarrollo industrial, creen que, con afirmar su fe libertaria y rechazar las viejas prácticas del funcionalismo marxista y la acción política de los parlamentaristas, establecen una diferencia esencial entre los sindicatos y los partidos. Pero en realidad, la diferencia es sólo de forma. La acción política de los socialistas autoritarios se inspira también, así dicen, en la llamada lucha de clases. El sindicalismo realiza diariamente esa lucha de clases, persiguiendo como objetivo inmediato el mejoramiento de las condiciones económicas del proletariado y como finalidad social la destrucción de la sociedad capitalista. Empleando medios distintos, sindicalistas de los diversos matices y socialistas autoritarios tienen una misma aspiración teórica final: arrebatar el poder político a la burguesía y expropiar a sus actuales detentadores los instrumentos de producción y los "medios" que sirven para regularizar el consumo. Se dirá que el sindicalismo que esbozamos aquí no es otra cosa que el marxismo llevado a las sociedades obreras por los políticos reformistas. Y se podrá objetar también que si el movimiento obrero está fatalmente obligado a seguir ese desarrollo material del capitalismo, no es posible afianzar una teoría contraria al "materialismo histórico" tomando como base las organizaciones económicas del proletariado. Pero es el caso que nosotros no discutimos las "intenciones" de los "sindicalistas revolucionarios", -intenciones que tienen su síntesis ideológica en los preámbulos, cartas orgánicas, pactos de solidaridad y declaraciones de principios inspirados en las ideas libertarias; tampoco aceptamos el exclusivismo materialista de Marx, *ni creemos que los organismos obreros deban seguir el proceso de desarrollo industrial copiando las formas exteriores del capitalismo y buscando en la estructura económica de la sociedad contemporánea los elementos constructivos de la futura organización de los pueblos.*

Planteada la cuestión en estos términos, cabe que intentemos establecer la diferencia fundamental que separa a los anarquistas de los marxistas. Y, como generalmente se cree que el problema es puramente formal y hasta abstracto -que se reduce a ciertas declaraciones revolucionarias y a varios aspectos externos de la lucha inmediata contra el Estado y el capitalismo-, queremos buscar un ejemplo convincente en la más típica expresión del movimiento revolucionario actual: la acción sindical de los trabajadores.

Las orientaciones del sindicalismo están subordinadas al desarrollo capitalista -materialismo histórico-, y en el proceso industrial de la burguesía encontraron sus teorizadores los elementos de juicio para crear una teoría revolucionaria propia... Quiere decir, pues, que el sindicalismo, empleando los medios que le ofrece la

organización capitalista y únicamente inspirado en el principio de la lucha de clases, persigue como fin el establecimiento de una organización capitalista dirigida por los trabajadores. Y este absurdo -que no pocos creerán una afirmación antojadiza de parte nuestra-, está contenido en este alegato: “todo el poder a los sindicatos”, y en esta otra premisa: “ir construyendo la sociedad nueva en el cascarón de la vieja”.

La concepción anarquista, aplicada a la misma organización económica de los trabajadores, es contraria a ese “sindicalismo constructivo”.

No es posible ignorar este principio elemental de nuestra ideología: la organización comunista de una sociedad de hombres libres, no debe olvidar la base de reorganización que ofrece la comuna. El sindicalismo no tiene en cuenta la existencia de esos grupos autónomos de individuos, verdaderas células del organismo social, porque para los “materialistas históricos” las diferenciaciones éticas y étnicas están subordinadas al entrelazamiento creado entre los pueblos de una región o de varias regiones por una industria cualquiera. De lo que resulta que la base de la organización sindicalista está en el principio de centralización industrial -y no en la descentralización de esas monstruosas empresas y trusts financieros que destruyen las características de la vida comunal-, con lo cual se llegaría, después de la revolución, a crear un Estado sindicalista cuyas células estarían representadas por cada una de las ramas industriales injertadas en el tronco del actual sistema capitalista...

El juego de palabras con que pretenden los sindicalistas revolucionarios identificar sus teorías a la concepción libertaria del comunismo, no puede servir de juicio en la aclaración de estos dos valores antitéticos: el comunalismo y el sindicalismo. Los anarquistas, *si quieren ser consecuentes con sus ideas y mantenerse irreductibles frente a las desviaciones que alejan al movimiento obrero de sus fuentes de inspiración libertaria, no deben olvidar que las organizaciones económicas del proletariado tienen carácter transitorio Y responden pura y exclusivamente a "necesidades" creadas por el desarrollo capitalista e impuestas por las condiciones precarias en que vive la clase trabajadora.*

Se puede ser comunalista -esto es, partidario de la organización siguiendo las líneas que señalan los diversos organismos comunales, sin tener en cuenta el proceso de centralización capitalista o las "especialidades" creadas por el industrialismo-, y defender la organización sindical de los trabajadores para las luchas actuales. Lo importante es mantener latente el espíritu de independencia de los proletarios y oponer una fuerza consciente al poder avasallador del capitalismo, minando su formidable organismo económico para inutilizarlo por completo sin esperar servirse de él durante o después de la revolución. Pues lo mismo que no debemos aspirar a la conquista del Estado, sino a su destrucción, tampoco debemos querer la conquista del sistema económico del capitalismo, sino su abolición en la vida social.

Los anarquistas que tienen en cuenta todas las razones del "materialismo histórico" y llevan a los sindicatos obreros las preocupaciones derivadas de la supuesta prevalencia del factor económico sobre las causas morales que determinan la esclavitud de los pueblos, contribuyen al afianzamiento de esa doctrina sindicalista que pretende encerrar la vida en los estrechos moldes del sindicato. Y si esos anarquistas, pretendiendo haber hecho un colosal descubrimiento, nos presentan el industrialismo I. W. W. o sus derivados sindicales: consejos de fábrica, organización por talleres, división del trabajo en ramas de industria Y demás innovaciones de corte marxista, creyendo haber encontrado la solución del problema social, es menester que les recordemos que nada tan opuesto a las ideas anarquistas y a la concepción del comunismo como esa teoría sacada de la médula del capitalismo.

El alegato de que las "necesidades" imponen esas nuevas formas orgánicas al sindicalismo, es una superchería que sólo pueden sostener y aceptar los "materialistas históricos". El problema fundamental que agita a los pueblos, gesta el descontento popular y plasma las protestas humanas en movimientos revolucionarios, no tiene sus causas primeras -que en realidad son causas únicas- en los aspectos actuales de la explotación y el dominio del hombre por el hombre. El capitalismo es un aspecto, el más moderno y posiblemente también el más degradante, del secular sistema que regula la vida de los pueblos. Y si revoluciones hubo antes de que la burguesía se elevara al rango de clase privilegiada y antes que el Estado moderno nos ofreciera su terrible poder económico y político, es fácil constatar que el espíritu que alienta a la humanidad en su penosa marcha hacia el futuro es anterior a las "necesidades" creadas al proletariado por el desarrollo industrial de la sociedad capitalista.

Si quisiéramos planear la organización libertaria futura, tomaríamos siempre la comuna con ventaja sobre la base industrial.

Los rasgos característicos de cada pueblo no se han creado por medio de leyes artificiosas o por "caprichos" de la naturaleza. El anarquismo tiene muy en cuenta esas características morales y físicas que nos demuestran que la variedad es la ley natural más sabia... El socialismo autoritario en cambio, ateniéndose a la premisa del "materialismo histórico", supedita el problema humano al desarrollo del capitalismo y subordina a las necesidades económicas los factores morales que determinan el grado de cultura de cada pueblo.

El industrialismo obrero es la constatación del "materialismo histórico", llevado al terreno de la lucha de clases. Y ese camoufflage revolucionario, por lo mismo que oculta la esterilidad creadora de las grandes masas sometidas a la dirección de los jefes políticos y sindicales que aspiran a la dictadura del proletariado, debe ser destruido por los anarquistas.

* * *

No pocos militantes de nuestro movimiento, y de los que con mayor tenacidad defienden la necesidad de llevar las ideas a los sindicatos obreros, suponen que es posible diferenciar en cierto modo los medios de lucha de los fines de la revolución. Indiscutiblemente determina ese criterio la influencia del medio social en que nos desenvolvemos, el imperativo de las necesidades económicas y el creciente desarrollo del capitalismo, factores éstos de orden material que obligan a los trabajadores a proveerse de nuevas armas defensivas para hacer frente al enemigo cada vez más poderoso.

Alegando la necesidad de poner las organizaciones obreras a tono con las necesidades presentes, muchos anarquistas que militan en los sindicatos han hecho suya la que llamaríamos estructura del sindicalismo. No hablemos ya de los que aceptan todas las novedades y se apropian de las "experiencias marxistas" en la creencia de que fortalecen con la adopción de tácticas industrialistas el movimiento obrero revolucionario. Esos creyentes de la fuerza, aunque intelectualmente mantengan un punto de contacto con el anarquismo, son en la práctica los más empecinados demolidores de la labor doctrinaria que realizan los más inteligentes definidores de las ideas libertarias.

Por olvido de los fines sociales que el anarquismo persigue -por la preferencia que da la mayoría de los militantes a las tácticas de lucha, que si son hijas de las necesidades presentes en ningún caso deben subordinar a su imperativo las conclusiones teóricas que surgen del estudio de los hechos y de la comprensión de los acontecimientos que

vivimos-, y por esa propensión a ver en los fenómenos del proceso industrial del capitalismo la equivalencia del progreso de la humanidad, el movimiento obrero no hace otra cosa que conformarse a la estructura económica de la sociedad burguesa. A medida que se opera la centralización industrial, se entrelazan los intereses financieros de los grandes trusts y el maquinismo aprisiona con sus tentáculos de acero a la clase trabajadora, el movimiento sindical se concentra y adopta las tácticas del más asfixiante centralismo. Y es la necesidad económica, la fuerza opresiva del capitalismo internacionalizado mediante esa gigantesca trustificación de las actividades productoras, la que determina el sistema industrialista copiado por los trabajadores a la burguesía.

Aún cuando las apariencias parezcan demostrarnos la necesidad de seguir esa carrera desenfundada del capitalismo a lo que los socialistas marxistas llaman el punto culminante de su desarrollo, debemos resistir en todo lo posible la adaptación del movimiento obrero a la estructura económica de la sociedad burguesa. Es una peligrosa ilusión cifrar en la fuerza organizada según un estrecho criterio biológico -por el vínculo de las necesidades económicas- la solución de los problemas sociales. Y más peligroso aún sería aceptar como reales las circunstancias que determinan la actual característica del movimiento obrero, llevado por la inflación industrial y financiera al callejón sin salida del corporativismo industrialista. ¿Que las tácticas de lucha no vulneran los principios ni están en oposición a los fines revolucionarios que el anarquismo persigue? Existe el peligro de que la práctica de ese sindicalismo puramente materialista llegue a subordinar a sus "necesidades" las corrientes ideológicas que le dieron vida. Por olvido de los problemas éticos que en realidad gestaron la protesta del proletariado y enseñaron a los pueblos el camino de su emancipación, organismos de lucha en otro tiempo bien definidos están hoy a merced del primer politicante que baje a la arena de las luchas sociales para ventilar asuntos ajenos a los intereses del proletariado y esa propaganda extraña al anarquismo encuentra precisamente amplio campo en las grandes organizaciones de clase creadas de acuerdo con el patrón industrialista.

Para justificar el empleo de tácticas contrarias al finalismo de las ideas anarquistas, se alega la necesidad de poner al proletariado en situación de poder defenderse con eficacia de los ataques del capitalismo. Se entiende la organización a la manera militar: como una vasta movilización de fuerzas, catalogadas según la calidad del trabajo que realiza cada obrero y la subordinación de esas múltiples labores a un mismo principio económico (a la rama de una industria calificada o a la especialidad de una determinada firma comercial), con un punto de concentración y de dirección que le permita moverse en un momento determinado por arte de relojería. Esa disciplina puede que contribuya a que los trabajadores se defiendan mejor de la clase patronal y pongan en juego fuerzas que con el sistema de los sindicatos de oficio están dispersas y carecen del secreto de la movilidad matemática. Pero con esa clase de actividades, que no siempre responden a una consciente determinación colectiva ni obran movidas por: un propósito bien definido, no se logra desarrollar en los trabajadores hábitos revolucionarios, ni mucho menos se les capacita para la lucha espontánea, altruista, de amplias finalidades libertadoras.

La ilusión de la fuerza organizada -que es todo lo contrario de la libre organización de las fuerzas conscientes del proletariado- hace que en el movimiento obrero prime el criterio marxista que confía al proceso industrial la tarea de despertar los trabajadores a la realidad de las luchas sociales. De ahí que se atribuya a los sindicatos de industria, o de ramas industriales -que son siempre improvisaciones hijas del desarrollo del capitalismo en cada país y que difieren en su forma en regiones de despereja conformación económica-, la virtud milagrosa de transformar en entidades pensantes a

hombres que a lo sumo se mueven bajo la presión de necesidades perentorias o mediante una pasajera agitación subversiva.

Debemos reaccionar contra el ilusionismo de la fuerza bruta, que también tiene su contenido en las organizaciones sindicales hechas a base de imposiciones económicas. La organización natural de los trabajadores está en las formas clásicas del sindicato de oficio, de taller, de fábrica, y su punto de relación en las federaciones locales, entrelazadas a través de los pueblos y de las provincias en un organismo regional de relaciones.

Los anarquistas ciframos en la solidaridad la realización de todo propósito revolucionario, ya se inspire en necesidades del momento o responda a una aspiración de futuro. La cuestión, pues, no está en poner a los trabajadores en situación de competir, en cuanto a la táctica de sus organizaciones, con la organización capitalista, sino principalmente en desarrollar en ellos el espíritu de lucha, la comprensión de los fines solidarios de su movimiento y la conciencia de su capacidad productiva y de sus aptitudes para regir sus propios destinos. ¿Se consigue eso adoptando la táctica marxista (aunque sin política parlamentaria) que consiste en reducir todos los actos del proletariado a las imposiciones del progreso industrial, sin que las ideas jueguen en esa lucha el papel preponderante que queremos atribuirles los anarquistas?

Toda la organización obrera industrialista descansa en el principio económico que sirvió a Marx para establecer su teoría materialista de la historia. Y como el progreso industrial está pendiente en muchos casos de crisis provocadas por el capitalismo y es el efecto de esa absurda organización político-económica, sucede que el movimiento obrero está expuesto a las maniobras de la burguesía y al flujo y reflujo de las operaciones financieras que amontonan cuantiosos capitales en pocas manos a medida que los pueblos van cayendo en la más negra miseria.

Para mantener la cohesión entre los trabajadores, no es necesario atarlos por el cordón umbilical de las industrias. Lo principal es desarrollar en ellos los sentimientos solidarios que los hermanen, tanto en el taller como fuera de él, tanto en el pueblo de su residencia como en otros pueblos, a través de las fronteras y de los océanos, creando por ese medio el internacionalismo de los afectos, de los sentimientos y de las ideas.

El federalismo mantiene a base de la autonomía de los individuos y de las organizaciones libres, los lazos potentes que permiten a los pueblos relacionarse entre sí y llegar a la comprensión de sus comunes intereses. Y el anarquismo no puede renegar de esos principios sin negarse a sí mismo como suprema idealidad revolucionaria.

* * *

El denominativo teórico “anarquismo” no concreta hoy un propósito revolucionario lo suficiente claro y definido. *Es menester establecer una base de actuación y de beligerancia frente a las demás tendencias revolucionarias, concretar en un programa de lucha –que es todo lo contrario de los programas políticos tendientes a materializar el socialismo en la conquista del poder– las aspiraciones del proletariado y diferenciar prácticamente nuestro movimiento de las corrientes reformistas y autoritarias que concretan, tanto en su aspecto clasista como en sus exponentes democráticos, la idea del Estado.*

En los comienzos del socialismo, cuando la idea internacionalista significaba para todos los trabajadores el anhelo de emancipación social y de fraternidad por encima de las patrias y las fronteras, era fácil definir con la palabra socialismo todo el movimiento revolucionario. Socialistas eran todos los enemigos del régimen burgués: los proletarios que oponían la socialización de los medios de vida a la propiedad privada y un

concepto de justicia, no determinado aún, a la iniquidad histórica, cuya consagración estaba representada por el Estado. El lema de la Primera Internacional –“la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”– señalaba el camino de la lucha de clases. Y, como clase explotada, la familia del trabajo podía fácilmente formular entonces una hermandad universal...

En medio siglo de propaganda y de lucha el socialismo sufrió una alteración fundamental en sus concepciones básicas. Moral, intelectual y psicológicamente se ha operado una evolución heterogénea en el proletariado, quebrándose la tradición unionista de la Primera Internacional por el inevitable choque de tendencias.

Para nosotros, la lucha mantenida por Bakounin en el seno de la Asociación Internacional de los Trabajadores para contrarrestar la influencia de Marx, respondió a necesidades creadas por la evolución del mismo proletariado. Exteriormente sólo estaban en beligerancia dos hombres, que se suponía divididos por odios y antipatías personales. Pero en el fondo se agitaba un problema ideológico que tarde o temprano debía perfilar en el movimiento obrero internacional la existencia de dos corrientes del socialismo imposibles de reconciliar. ¿Debió Bakounin sacrificar sus ideas personales para que no se quebrara la unidad de la clase obrera organizada? He ahí una cuestión que merece ser discutida y analizada por los partidarios y los adversarios de la unidad de clase

Marx predominaba en el consejo general directivo de la Internacional. Embanderó al movimiento obrero en su tendencia e impuso a las organizaciones adherentes una norma de conducta que no aceptaban sus militantes más activos. Y tolerar a Marx, permitir la desviación por él buscada, implicaba de hecho renunciar a la divisa revolucionaria de la Internacional.

Bakounin se hizo intérprete de una opinión no bien definida pero que pugnaba contra el socialismo oficial: fué el agitador de la conciencia revolucionaria y de los sentimientos libertarios de una parte del proletariado. Y pudo así substrair una parte de la clase obrera a la bancarrota del marxismo y evitar el dolor de un completo fracaso. Supongamos que la lucha mantenida por Bakounin y sus amigos destruyó la unidad de la internacional: que a la intransigencia de las secciones latinas de la A.I.T. se debió el fracaso de ese primer intento de hermandad universal del trabajo. Pero debemos aceptar que en ese desmembramiento orgánico estuvo la salvación de ideas más importantes que la misma organización.

Hoy no es posible concebir una organización homogénea de todos los trabajadores. No existen puntos de contacto entre el socialismo parlamentario y el anarquismo. El concepto de unidad se pierde en la cada vez más creciente diversidad de opiniones y de tendencias. Y hasta las dos corrientes del socialismo -la autoritaria y la libertaria- se bifurcan en distintas direcciones, ofreciéndonos aspectos doctrinarios que niegan la uniformidad del primitivo criterio clasista.

Para los socialistas de Estado, el socialismo es un método político subordinado a necesidades inmediatas. La doctrina pierde así su valor revolucionario, se divorcia con las conclusiones teóricas de sus precursores y se convierte en un recurso electoral. Sólo existe la finalidad del marxismo: la conquista del poder, no para destruir el Estado, sino simplemente para convertirlo en el instrumento de dominación de la clase trabajadora... Pero, entre el socialdemócrata, que busca en la legalidad esa conquista, y el bolchevista, que proclama la necesidad de la acción revolucionaria para copar el poder a la burguesía, ¿es posible el entendimiento? Ambos parten de la misma premisa, pero emplean métodos distintos para llegar al fin propuesto.

Teóricamente, el anarquismo define su propia trayectoria revolucionaria. Anarquistas son todos los que aceptan la necesidad de una revolución expropiadora y niveladora: los

que luchan contra las tendencias autoritarias y reformistas y adelantan como programa de futuro la destrucción del Estado y de todas las formas opresivas de la autoridad y del dominio económico. Pero una cosa es aceptar la teoría anarquista y otra colocarse en el terreno de la lucha: en el campo de acción del anarquismo.

En el terreno de la práctica también los anarquistas estamos divididos. ¿Qué hay de común, fuera de esa afinidad en el pensamiento que identifica a todos los libertarios, entre el individualista y el comunista, entre el partidario de la organización obrera y el que rechaza esa arma de lucha y se opone a todo contacto con el proletariado? Se dirá que el anarquismo es un movimiento puramente espiritual, de cultura y superación, que no se detiene ante las contiendas de los hambrientos y las disputas por el salario. Pero esa afirmación sólo puede explicar la existencia de una secta, no de un movimiento revolucionario que tiende a destruir todo un sistema social y a transformar los fundamentos éticos, sociales, económicos y políticos de las sociedades humanas.

Las ideas valen por lo que concretan como aspiración y por las conquistas que van realizando en el campo moral. Y si a un ideal encomendamos la misión de transformar al mundo, es preciso actuarlo e imponerlo a la rutina de los más ignorantes y al convencionalismo de los interesados en mantener en pie el actual estado de cosas.

Anarquistas lo serán todos los que aceptan el postulado de la libertad y de la justicia. Pero el anarquismo no es un mito religioso, un culto espiritual ajeno a lo que hace y piensa cada individuo que lo admite como profesión de fe: vale por lo que prácticamente hagan sus defensores, por la influencia que ejerzan sus ideas en la masa obrera y en la humanidad, por la resistencia al mal que desarrollen las organizaciones que se inspiran en sus finalismos. Y fuera de ese valor de actuación y de consecuencia es imposible distinguir al anarquista de los creyentes que aceptan el culto de la igualdad pero nada hacen de su parte para conquistarla.

III

EL FRENTE ÚNICO DEL PROLETARIADO Y OTROS CONCEPTOS TRADICIONALES DE LAS TEORÍAS REVOLUCIONARIAS

Para oponer nuestro criterio sobre problemas de organización, de táctica, de activismo en el terreno sindical y en el aún más vasto de la doctrina revolucionaria al criterio que llamaríamos: "oficial" del anarquismo europeo, recurrimos al ejemplo del movimiento obrero de la Argentina. Nosotros somos, espiritualmente, hijos de ese movimiento. De ahí la forma objetiva en que tratamos ciertas cuestiones que para otros no salieron aún del dominio de la teoría pura. El juicio que nos merecen problemas tan capitales como el frente único del proletariado –que es la ficción marxista de la unidad de clase-, la intervención de los anarquistas en el movimiento obrero, la función histórica del Sindicato y las preocupaciones por el "mañana" constituyen, podríamos decir, la base de nuestras divergencias con la mayoría de los anarquistas de Europa. Por eso nos empeñamos en exponer con preferencia esas interpretaciones a fin de que sirvan de materia de discusión en nuestro campo y determinen en el anarquismo un movimiento de opinión capaz de valorizarlo en lo que pueda tener de estático, de muerto, en su doctrina.

Las pequeñas cuestiones ocultan muchas veces grandes problemas. El anarquismo va fortaleciendo su doctrina con el concurso de muchas voluntades y de muchas inteligencias, que valen, reunidas, más que la voluntad y la inteligencia de un solo genio. Y he ahí el valor de nuestro movimiento, que toma la energía del proletariado

para traducirla en hechos y la experiencia de las luchas sociales para definir la conducta colectiva y trazar una trayectoria ideal en el camino del futuro.

Por lógica consecuencia de ese proceso de gestación revolucionaria en el corazón del pueblo, el anarquismo tiene en la Argentina una característica propia. Y sucede por ello que, más que un motivo simple y transitorio de divergencia, nuestra posición en el movimiento obrero y también en el terreno de la propaganda ideológica constituye un principio de orientación revolucionaria llamado a influir en el futuro desarrollo de nuestro movimiento internacional.

La forma franca y decidida como hemos roto con las ficciones subversivas del socialismo autoritario -oponiéndonos siempre a todo contacto orgánico con los partidos de "vanguardia" y con las corporaciones obreras reformistas que tienen como único norte la conquista de mejoras económicas- no podía ocasionar a nuestro movimiento más que una saludable reacción contra la chatura del medio ambiente. Y ahora que el proletariado se repliega en sí mismo y se mantiene a la defensiva mientras los empresarios de revueltas ordenan la retirada en el frente económico, es cuando con mayor claridad se percibe la exactitud de la trayectoria seguida por los anarquistas de la Argentina en estos últimos años de confusión y de vulgares atracos al poder.

El móvil de la unidad proletaria, cuando se olvidan los principios y se transige en la táctica revolucionaria no puede ser la emancipación del proletariado, porque esa emancipación supone ciertas condiciones ineludibles que dejarían de ser sostenidas cuando se formase un conglomerado unitario con tendencias que se repugnan. Nosotros tenemos también un concepto teórico de la fusión, de los frentes únicos, de las alianzas ofensivas o defensivas en un momento de convulsiones sociales o de furiosos ataques reaccionarios. Pero la teoría nada representa frente a las experiencias de la lucha y a las realidades que nos ofrece el mismo movimiento obrero. Si se nos mencionan acontecimientos como la unidad creada por todas las fuerzas proletarias en Alemania en ocasión del "putsch de Kapp" debemos advertir que ese hecho es independiente de la tendencia unionista o antiunionista de sus elementos; fué un fruto de las circunstancias mismas, una reacción instintiva del proletariado que sería torpe querer legislar y regular caprichosamente.

¿Qué parte es la que transige en el supuesto de que socialistas libertarios y autoritarios llegaran a un acuerdo previo, a fin de que la unidad de acción responda a una unidad de pensamiento? Ese es el escollo que hasta ahora nadie ha podido salvar.

Por principios, que hemos proclamado siempre sin temer al calificativo de divisionistas, los anarquistas de la Argentina opusimos una tenaz resistencia a todo intento de fusión proletaria por encima de los hombres y de las ideas. Y de la misma manera que no le fué posible a la burguesía argentina destruir las bases ideológicas, el espíritu y la conciencia proletarias que animaron y animan nuestro movimiento, aun cuando en momentos de negra reacción hayan desaparecido las formas externas del mismo, tampoco pudieron los confusionistas de todo pelaje desmembrar las organizaciones obreras que tenían y tienen por punto de partida y por norte las ideas anarquistas.

Nuestra lucha contra la ficción unitaria y contra los prejuicios marxistas que aún perduran en el movimiento revolucionario no responde a un propósito de prevalencia personal. Aspiramos únicamente a definir la posición de los anarquistas en las organizaciones obreras y queremos que el anarquismo sea en sí mismo una concepción revolucionaria que obre independientemente de los partidos políticos y de las otras tendencias sociales modernas en todas las esferas de la actividad revolucionaria. *De ahí que sostengamos que el movimiento obrero, lejos de estar sujeto a un concepto simplista de unidad corporativa para la lucha de clases, debe constituir un elemento de*

propaganda doctrinaria y ser el exponente de las ideas que sostengan los componentes de cada organización proletaria.

Nuestro "divisionismo", que tantas alarmas causó a compañeros que aún conservan el prejuicio de la unidad proletaria y que fué combatido por la mayoría de los delegados al Congreso constituyente de la Asociación Internacional de los Trabajadores, en diciembre de 1922, parece que, si no se acepta aún completamente en la teoría, en la práctica se impone como una necesidad ineludible en todos los países. Ejemplos en estos últimos tres años podríamos mencionar ya algunos en Holanda, Francia y en países de América.

La realidad demostró a los defensores y creyentes del frente único y de la unidad de clase que no es posible la convivencia en un mismo organismo de lucha de tendencias que se repelen

* * *

Cuando lanzamos una mirada a la historia del movimiento obrero moderno nos extraña sobremanera la tenacidad con que los anarquistas han resistido desde 1876 a 1896 la escisión que les imponía teórica y prácticamente la socialdemocracia. Fueron nuestros precursores los que insistieron durante veinte años en conservar en un bloc más o menos orgánico todas las fuerzas socialistas pasando por alto su diferencia bien notable y contradictoria de concepciones fundamentales. No queremos decir que se hubiera ganado más con una ruptura inmediata y absoluta después del Congreso de La Haya de la Asociación Internacional de los Trabajadores en 1872; pero sí afirmamos que los esfuerzos hechos por hombres que no ignoraban la inconciliabilidad del socialismo autoritario con el anarquismo para formar un frente único con todos los socialistas hubieran podido quedar ahorrados.

Mencionemos la resolución aprobada por los concurrentes al entierro de Miguel Bakunin en Berna (3 de julio de 1876):

"Considerando que nuestros enemigos comunes nos persiguen con el mismo odio y el mismo furor de exterminio; que la existencia de divisiones en el seno de los partidarios de la emancipación de los trabajadores es una prueba de debilidad que perjudica el advenimiento de esa emancipación,

"Los trabajadores reunidos en Berna en ocasión de la muerte de Miguel Bakunin, y que pertenecen a cinco naciones diferentes, los unos partidarios del Estado obrero, los otros partidarios de la libre federación de los grupos de productores, piensan que una reconciliación, no sólo es muy útil, muy deseable, sino que, además, es muy fácil sobre el terreno de los principios de la Internacional, tales como han sido formulados en el artículo 3 de los estatutos generales revisados en el Congreso de Ginebra de 1873.

"En consecuencia, la asamblea reunida en Berna propone a todos los trabajadores olvidar las vanas y molestas disensiones pasadas y unirse estrechamente sobre la base del reconocimiento de los principios enunciados en el artículo 3 de los estatutos mencionados mas arriba."

¿Qué decía ese párrafo 3 de los estatutos de la Internacional?

Que "las Federaciones y secciones conservan su completa autonomía, es decir, el derecho a organizarse según su voluntad, a administrar sus propios asuntos sin ninguna ingerencia exterior y a determinar por si mismas la marcha que quieren seguir para llegar a la emancipación del trabajo".

¿No había calificado Guillaume mismo hacia tres años en el "Bulletin" de la Federación Jurasiana, el marxismo como una forma de la reacción, lo mismo que el bismarckismo? ¿Es que se puede formar una alianza con la reacción socialdemócrata,

aún sobre la base de la autonomía de las partes aisladas? Está muy bien la tesis federalista allí donde las diferencias son de detalle y donde el espíritu de la cordialidad y de la tolerancia puede reinar; pero, ¿qué cordialidad y tolerancia y qué afinidad podía descubrirse entre socialistas autoritarios y socialistas anarquistas? Han tenido que pasar treinta o cuarenta años para que llegase a la conciencia de todos que la comunidad del nombre no ocultó jamás concepciones más opuestas que las del socialismo de Estado y la anarquía. Todos eran socialistas, o, mejor dicho, todos se llamaban tales; pero entre los partidarios de la conquista un abismo tan profundo como entre los ideales de la revolución y Bismarck, o Crispi, o Cánovas del Castillo.

Los anarquistas parece que no lo quisieron reconocer voluntariamente.

Del 9 al 15 de septiembre de 1878 se celebró en Gante un Congreso socialista universal a iniciativa de una Sección de la Internacional; participaron, además de los delegados del noveno Congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores, numerosos delegados flamencos, entre ellos, De Paepe, Anseele, Brismée, delegados alemanes, entre ellos Greulich, de Zurich, y Liebknecht, delegados ingleses, y otros. El objeto del Congreso era buscar una plataforma común de acción y de propaganda, pero se vió, antes mismo de comenzar las sesiones, que todo esfuerzo en ese sentido era inútil.

Las polémicas entre Guillaume y Brousse y los delegados españoles, por una parte, y, por otra, Greulich, De Paepe, Liebknecht, se demostraron completamente infructuosas y no hicieron más que revelar el abismo que separaba a unos de otros. ¿Se obtuvo algo de esa tentativa unificadora? Sí; una separación más radical en la teoría y en la práctica de las tendencias tan profundamente diversas.

En 1881 convocó un grupo de anarquistas un Congreso obrero revolucionario internacional en Londres con el propósito de reanimar el movimiento internacional. El Congreso sólo fue concurrido por anarquistas y, por consiguiente, no pudo discutirse con los autoritarios la cuestión de una reagrupación por encima de todas las tendencias. Por lo demás, entre nuestros camaradas mismos no se obtuvo ningún resultado práctico, pero la magnitud de esa reunión internacional nos demuestra que si los anarquistas hubiesen continuado o podido continuar la labor reiniciada con ese Congreso, el socialismo autoritario no habría predominado tan fácilmente.

Mencionemos el Congreso socialista de París de 1889 (14-20 de julio). Entre sus 467 delegados (223 franceses, 184 alemanes, 22 ingleses, 14 belgas, 8 austriacos, 4 norteamericanos, etc.), había algunos anarquistas y simpatizantes. Los socialdemócratas hicieron cuanto estuvo a su alcance por impedir la entrada al Congreso, no sólo a los huéspedes anarquistas, sino también a los delegados sospechosos de anarquismo. La intervención de Saverio Merlino dió motivo a serias disputas y se terminó por arrojarlo a la calle violentamente. Lo mismo los franceses que los alemanes aclamaron que el proletariado es uno y no francés ni alemán; pero casi todos estuvieron de acuerdo cuando se trató de librarse de los anarquistas, que, sin embargo, constituían parte de ese proletariado. El Congreso se limitó, por lo demás, a discutir cuestiones de legislación social y de reformas que todos los partidos burgueses, liberales o no, hacían suyas, y terminó recomendando a los trabajadores el ingreso en los partidos políticos y la actividad electoral. ¿Por qué se esforzaron tanto los anarquistas para poder tomar parte en ese Congreso? ¿Por qué protestaron cuando se les cerraron las puertas a algunos y se imposibilitó toda labor práctica de aquellos que no pudieron ser expulsados? ¿No estaba claro que nada tenían que hacer con los Liebknecht, los Vaillant, los Iglesias, etc.?

Lo que nos llama la atención no es el comportamiento de los socialistas autoritarios con respecto a los anarquistas; lo que nos admira es la pretensión de los anarquistas de querer marchar al menos exteriormente de acuerdo con los socialistas autoritarios y la

tenacidad con que se resistieron a obrar con las propias fuerzas y a considerarse como los únicos representantes del socialismo.

Continuemos: En agosto de 1893 se celebró en Zurich un Congreso internacional socialista, pero prevaleció como condición de admisión el reconocimiento del parlamentarismo. Jules Guesde, el renegado Guesde, escribió sobre ese Congreso lleno de júbilo y de satisfacción: "Lo que dió al Congreso su significación es la ruptura definitiva con los anarquistas". Nuestros camaradas fueron, pues, expulsados, y un Bebel no vaciló en acusar canallescamente a Gustav Landauer de policía, un epíteto que, por otra parte, era corriente entre los socialdemócratas cuando se trataba de difamar a los anarquistas. Los delegados expulsados y los que se solidarizaron con ellos, en su mayoría adversarios del autoritarismo y del antirrevolucionarismo de la socialdemocracia, celebraron entonces un Congreso aparte. Entre los presentes figuraban: por Inglaterra, Gilles, Mowbray, Roland, Wats y otros; por Holanda, Domela Nieuwenhuis, C. Cornelissen y otros; por Francia, Bonnier, Collard, etc.; por Alemania, Landauer, Werner, Kampffmeyer; por Italia, Molinari; por Zurich-Graz, L. Gumplowicz y otros. Amilcari Cipriani hizo pública una enérgica carta de protesta contra el proceder de la socialdemocracia. El Congreso de los socialistas revolucionarios y anarquistas hizo resaltar la necesidad de una unión entre todas las fuerzas obreras y socialistas –sin tener en cuenta que esa unión había sido rota para siempre por la diferencia de ideas y de tácticas–, manifestando que socialismo y anarquía no eran conceptos contradictorios, sino idénticos. Domela Nieuwenhuis se asombra de que la socialdemocracia rechazase la mano que se le tendía desde la izquierda, en tanto que aceptaba siempre la que se le tendía desde la derecha. He ahí otro esfuerzo que hubiera podido ahorrarse y que no tuvo más resultado práctico que el de hacer ver otra vez la imposibilidad de conciliar elementos tan inconciliables como el socialismo de Estado y la anarquía.

No obstante ser bien clara la posición de los socialistas de Estado, nuestros camaradas no se dieron por vencidos. ¿Habrán creído, acaso, poder modificar la tendencia de los sucesores del marxismo, más y más empantanados en los parlamentos y más y más dispuestos a colaborar con la burguesía en el gobierno de la sociedad capitalista?

Llega el Congreso de Londres de 1896. Como si nada hubiera ocurrido en los últimos veinte años, y pasando por alto la condición del reconocimiento de la actividad parlamentaria para ser admitidos en el Congreso, nuestros camaradas se presentan en Londres, unos delegados de grupos anarquistas y otros de Sindicatos obreros. Una hábil maquinación los dejó en la calle, con excepción de algunos franceses representantes de Sindicatos obreros, y Malatesta, que representaba organizaciones proletarias españolas. El choque en ese Congreso fué formidable y la resonancia de la protesta de los expulsados fué inmensa, pues las personalidades más conocidas y respetadas de nuestro movimiento, como Reclús, Kropotkin, Domela Nieuwenhuis, Malatesta, Gori, Landauer, etcétera, etc., estaban allí y tomaron parte en uno de los más grandes mitines obreros que vió Londres hasta entonces. Los insultos de los socialistas de Estado contra los anarquistas adquirieron los tonos más miserables, El tráfuga Guesde dijo de Kropotkin que era un loco y de Reclús que era una persona sin valor alguno; con razón respondió Domela Nieuwenhuis que los nombres de esos camaradas y el recuerdo de su actividad persistirán cuando el nombre de Jules Guesde y de todos sus congéneres haya desaparecido.

He aquí la resolución que cerró para siempre la posibilidad de cooperación de socialistas de Estado y anarquistas:

"La Comisión de reglamentos del Congreso es encargada de preparar la invitación al próximo Congreso, dirigiéndose exclusivamente:

I. A los representantes de las organizaciones que aspiran a sustituir la propiedad y la producción capitalistas por la propiedad y la producción socialistas y que consideren la acción legislativa y parlamentaria como uno de los medios para llegar a ese fin.

II. A las organizaciones puramente obreras que, aun no tomando parte activa en la política, declaran reconocer la necesidad de la acción legislativa y parlamentaria; los anarquistas, por consiguiente, son excluidos."

¡Por fin!, la ruptura que existía desde hacía tanto tiempo, y que sólo los anarquistas se empeñaban en desconocer, se consumó definitivamente. No porque nuestros camaradas lo hayan querido, lo cual está muy lejos de ser un título de honor, sino porque no tuvieron la posibilidad de continuar una comedia de unificación más que ridícula ya.

Desde el Congreso de Londres de 1896 los anarquistas no volvieron a intentar concurrir a los Congresos de los socialistas de Estado. Celebraron Congresos propios, como en 1900 en París y 1907 en Amsterdam, pero esos Congresos reflejaron una considerable despreocupación por el movimiento obrero organizado; vino un período de propaganda pura por medio de grupos de afinidad.

Andando el tiempo se reveló la impotencia de los grupos de afinidad y el valor fundamental del movimiento obrero revolucionario; los países en donde los anarquistas quedaron en el campo de las luchas proletarias ofrecieron elementos de juicio para influir en un cierto cambio de frente de las actividades libertarias. Se dice que Kropotkin, en sus últimos tiempos, después de 1917, comprendió el valor de los Sindicatos en una forma más exacta de lo que lo había hecho antes.

En 1913 hubo ya una tentativa de los sindicalistas revolucionarios para reanudar los lazos de la Internacional obrera. El Congreso de Londres no pudo dar frutos, entre otras causas, por la intervención de la guerra mundial. Pero en diciembre de 1922 se fundó la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores. Esta organización, fundada e inspirada por los anarquistas, nació en un período en que diversas fuerzas, con diversos propósitos, luchan por la unificación del movimiento sindical. Nosotros prevemos que la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores respetará siempre su resolución antiunificacionista del Congreso de Amsterdam, en marzo de 1925; pero aún se perciben, a través de la Prensa, por ejemplo en España, Italia, Portugal, Francia voces que hablan de unificación obrera, pasando por encima de todas las ideas y tendencias. Y quienes así hablan son, en parte, anarquistas. Nosotros nos preguntamos: ¿será fatal una nueva serie de ensayos en el terreno *sindical*, como los hechos en el terreno *político*? No se necesita ser perspicaz para predecir resultados idénticos.

Pero sería funesta una tendencia en ese sentido; nos condenaría a tener que vegetar muchos años hasta llegar al convencimiento de que las fuerzas que se repelen por razones tan fundamentales como la actitud ante el concepto de Estado son tan inconciliables como el agua y el fuego, para usar la expresión de Rudolf Rocker, y su fusión o confusión beneficiaría únicamente la causa de la contrarrevolución mundial.

Es bastante el calvario hecho desde 1876 a 1896 para poder concluir que la autoridad y la libertad no se dejan armonizar. No volvamos a emprender la misma tarea, ni nacional ni internacionalmente y obremos con las fuerzas propias con la misma tenacidad de que hemos sabido dar prueba en veinte años de esfuerzos para mantener la unidad del movimiento obrero y socialista. El porvenir será entonces más pródigo en victorias para los ideales de la anarquía.

* * *

De la interpretación del significado del movimiento obrero depende en grado sumo la potencia de nuestra vitalidad revolucionaria. Los anarquistas no podemos sustraernos a

las luchas del proletariado -aun cuando muchas veces no interpreten ideales superiores- ni negar nuestro esfuerzo a toda acción que suponga un debilitamiento de la burguesía y del Estado. Pero la propaganda anarquista, en todos los campos de actividad, debe estar dirigida de manera que no llegue a confundirse con el oportunismo de los partidos políticos y de los secuaces del marxismo, que hacen del Sindicato el campo de sus correrías.

Según nuestra manera de apreciar esa cuestión táctica -que involucra a la vez un concepto teórico determinante de la actividad anarquista- no está en discusión si el Sindicato ofrece o no un escenario propicio a la propaganda de ideas. El prejuicio antiorganizador no puede ser sostenido por un comunista anarquista, excepto en el caso de que la organización obrera estuviera viciada por los políticos y constituyera en sí un atentado al derecho y a la libertad de las minorías.

Cabe, pues, definir la posición del anarquista en el movimiento obrero y el papel que debe representar en esos órganos del trabajo, creados, naturalmente, para la lucha contra la explotación y la tiranía. ¿Debe ver un anarquista en las organizaciones proletarias un campo de acción propicio a la propaganda revolucionaria y compatible con sus ideas? O, por el contrario: ¿ha de participar en las contiendas gremiales como simple componente de Sindicatos que rechazan toda definición ideológica por creerla incompatible con la llamada lucha de clases?

Nosotros hemos hecho escuela del divisionismo... Aceptemos como lógica la existencia de fracciones doctrinarias orgánicamente independientes en el movimiento obrero. Y consecuentes con la intransigencia hacia todo lo que conspira contra nuestro derecho a propagar el anarquismo a los trabajadores, *nos esforzamos por crear un movimiento sindical autónomo frente a las corporaciones adversas a toda ideología y a las que sostienen una ideología que no es la nuestra*. Y no negamos el derecho a hacer lo mismo a todas las demás fracciones políticas y revolucionarias. Es la experiencia de los diversos matices ideológicos y tácticos la que dirá la última palabra sobre la prevalencia o la desaparición de las varias corrientes que se disputan la orientación del movimiento obrero.

El rechazo de la neutralidad sindical, de hecho, nos coloca en un plano de acción propicio a toda clase de antagonismos. No creemos sea posible la neutralidad defendida por la mayoría de los compañeros europeos como un recurso para mantener la cohesión de las fuerzas organizadas en los Sindicatos obreros. Por el contrario, nos esforzamos en precipitar el inevitable choque de ideas, en provocar los antagonismos que surgen necesariamente en todo conglomerado social integrado por elementos de concepciones contradictorias, en precisar los puntos de divergencia que nos separan de los elementos autoritarios que militan en las organizaciones obreras. Y como así obramos en la realidad y como así obran los que defienden una causa que creen justa, no tenemos empeño alguno en simular tales ideas.

Se pretende hacer un argumento del supuesto campo neutral de las fracciones reunidas en un bloc para hacer frente al capitalismo. Pero esa cohesión orgánica, si bien puede ser determinada por un interés común de defensa, desaparece en cuanto se ponen en beligerancia los principios que impulsan y orientan normalmente las distintas corrientes y tendencias del proletariado. La crisis sobreviene al producirse el choque de opiniones, al surgir los antagonismos ideológicos que palpitan en el alma colectiva y únicamente afianzando la prevalencia de una de las fracciones en lucha e imponiendo a la mayoría la autoridad de los jefes puede subsistir la unidad orgánica quebrantada por la disparidad de criterios. Y en esa mayoría disciplinada está la muerte de toda autonomía individual, el fracaso del neutralismo y la condenación de toda propaganda que atente contra la disciplina del Sindicato o del conglomerado.

¿Qué papel representan los anarquistas en organizaciones que consideran un delito la propaganda de ideas y un atentado a la unidad de clase toda crítica a los procedimientos de los jefes y a las orientaciones que éstos imponen, con la aquiescencia de una mayoría sin opinión, a los Sindicatos sometidos a su férula?

Con llamar *revolucionario* al sindicalismo -en oposición al movimiento obrero organizado dirigido por los socialdemócratas- no se libra al proletariado de la desviación reformista. El germen degenerativo del movimiento obrero está en las tendencias autoritarias que incursionan en los Sindicatos y ganan para su causa a los obreros activos. La neutralidad supone de hecho la aceptación de toda clase de elementos en el Sindicato. Y los profesionales de la política, los burócratas y los oportunistas de toda especie, saben muy bien aprovechar esa coyuntura para introducirse en las organizaciones proletarias y realizar en su seno propagandas que rompen a su favor la tan cacareada unidad de clase.

* * *

El examen y la consideración de ciertas actitudes demagógicas, como la que implicaba la consigna de los bolchevistas sobre el “frente único” del proletariado, nos llevó ante una cuestión nada fácil de resolver: la de la idea de clase y de la lucha de clases. Es verdad que no hemos dado ninguna solución teórica fundamental; lo único que hicimos fué poner en duda la concepción marxista, criticar sus bases y preparar el terreno tal vez para que alguno de los nuestros se ocupe algún día con detenimiento de ese asunto desde el punto de vista libertario.

La idea de clase nos parece que contradice los principios sostenidos por el anarquismo. Creernos descubrir en ella el último refugio del autoritarismo y, mientras luchamos por la liberación del movimiento obrero de los partidos políticos, al afirmar la idea de clase, preparamos el terreno a una nueva dominación.

Nos hemos acostumbrado a considerar el mundo a través del prisma unilateral que pone a una clase frente a otra, y en lugar de confirmar con el examen de la historia y de la realidad el contenido de esa idea, la supuesta homogeneidad de las clases en pugna, hacemos la operación contraria, abstrayéndonos de todo lo que puede poner en tela de juicio la exactitud del materialismo histórico. Pero la verdad es que en todas nuestras luchas y en todas nuestras aspiraciones no obramos como componentes de una clase económicamente inferior, sino como defensores de una idea de justicia y de libertad sociales que quisiéramos ver realizada. Y si queremos la revolución, no lo hacemos en vista sólo de aliviar la situación de los que tienen hambre de pan, sino para organizar la vida social de manera que todos los hombres tengan en el banquete de la vida un puesto y disfruten de las ventajas de la libertad.

Los reformistas se esfuerzan por que pensemos como zapateros o como sastres y no como hombres. Predican la fraternidad de los obreros y no la fraternidad humana. Pero nosotros dudamos que la unidad de intereses del obrero y del gendarme o del huelguista y del rompehuelgas, todos pertenecientes a una capa social económicamente inferior, sea efectiva y justifique una alianza cualquiera entre ellos. Lejos de constatar una frontera divisoria entre asalariados y capitalistas, no constatamos en todo el movimiento obrero moderno más que una línea divisoria entre los partidarios y los enemigos de la revolución; es decir: de una parte, una minoría obrera consciente que lucha por la abolición de la explotación y de la dominación, y, por otra, una mayoría compuesta de obreros y burgueses que se resiste a dejar modificar las instituciones actuales. No vemos por qué ha de ser necesario recurrir a la idea de clase para engrosar las filas de los partidarios de la revolución, que no es un proceso histórico fatal, sino una labor

sistemática de propaganda y de organización y de acción inspirada por una finalidad, lo cual requiere que los que ingresen en las filas de la revolución piensen por su propia cuenta y no eludan el pensamiento en mérito a la concepción marxista que atribuye una función histórica fatal a los trabajadores.

El hecho de que los revolucionarios surjan casi exclusivamente de entre los oprimidos y los explotados no quiere decir que la revolución sea una cuestión de clase; pues esos oprimidos y esos explotados que suman sus actividades a la obra de la transformación social han llegado a una interpretación de la vida igualitaria que excluye los intereses estrechos de los mismos revolucionarios tomados particularmente.

Se ha descuidado mucho la apreciación del valor de las ideas en la vida social; sin embargo, los hombres están separados o unidos más por las ideas o por la falta de ideas que por la nacionalidad, el oficio, el color. La armonía de los obreros de un gremio, por ejemplo, no dura más que hasta que se plantea el primer asunto en que deben intervenir las distintas maneras de ver, fruto de las ideas y tradiciones morales y políticas diversas. En todos los países existen organizaciones proletarias católicas que procuran ajustar a sus máximas religiosas sus tácticas y sus aspiraciones. Esos organismos no pueden comprender que su cualidad de explotados haya de sobreponerse a su cualidad de cristianos; además, tienen el consuelo de la conquista del reino celestial y conceden poco valor a los bienes terrestres. Nosotros juzgamos que están en el error y no procuramos convencerlos del mismo, aduciendo que ellos, aunque obreros católicos, pertenecen a la misma clase que nosotros, anarquistas; procuraremos, primero, librarlos del peso de las tradiciones religiosas y, luego, demostrarles con el ejemplo nuestro que la ruta que siguen no puede llevarles jamás a una emancipación social, económica y política que permita a todos los seres humanos un libre desenvolvimiento. No procuramos integrar nuestras filas con elementos en tanto que pertenecientes a un determinado oficio o a una cierta categoría de asalariados -la de los mal asalariados pues la de los bien pagados en sus servicios se inclina, naturalmente, a la defensa del orden existente-, sino en tanto que partidarios de una forma nueva de vida social libre.

La noción de clase excluye la acción de las ideas en la vida de las colectividades: la idea de clase trae de la mano el determinismo histórico, el fatalismo marxista, que son inseparables. Pero si sostenemos que la clase obrera no está llamada *fatalmente* a sustituir a la burguesía ni a moverse en ningún sentido, tendremos que poner en el movimiento social un nuevo factor: la voluntad humana; y si aceptamos la voluntad humana en el movimiento social no podremos afirmar que la revolución es un asunto exclusivo de tal o cual clase, porque no comprobaremos la existencia de esa voluntad a través de un prisma unilateral de partido o de fracción. La revolución no es una cuestión de clase como no es cuestión de los albañiles o de los panaderos en tanto que tales.

En el siglo pasado, Mazzini creía en la existencia de los *pueblos-Mesías*, los sindicalistas nos propagan la leyenda de las *clases-Mesías*. Pero nosotros, aunque convencidos firmemente de que la revolución será realizada de una manera casi exclusiva por los trabajadores revolucionarios, si ha de llevar por divisa la libertad y la igualdad, no puede ser hecha en nombre de una clase, y en ese caso para una clase, sino en nombre de la humanidad y para la humanidad.

Por la misma razón que protestamos cuando los bolchevistas o los socialdemócratas nos dicen que la revolución es una cosa de partido, del partido propio, protestamos también contra los sindicalistas que dicen que es una cuestión de clase.

Hemos visto a qué quedó reducido el gobierno del pueblo por el pueblo; vimos después que la dictadura del proletariado de Lenin fué una dictadura de una minoría influyente sobre el proletariado a beneficio del capitalismo. Si la experiencia sindicalista se hiciera algún día veríamos que la idea de clase se limitaría a los obreros asociados,

más aún: a las Comisiones ejecutivas. Aún más: a los más hábiles y a los más astutos de esas Comisiones ejecutivas. Y así como Lenin hubiera podido decir: la dictadura del proletariado soy yo, veríamos a algún sindicalista afirmar: la clase soy yo.

* * *

Si no aceptamos la política de la unidad obrera y de los frentes únicos, ni a título de ensayo -defendiendo, sin embargo, la polarización más grande posible del esfuerzo anarquista en el movimiento sindical y la resistencia activa contra los disciplinistas del proletariado-, de la misma manera rechazamos el criterio ambiguo de los que se esfuerzan en establecer en los Sindicatos un campo neutral. Con otras palabras y con rumbos, al parecer, distintos, los neutralistas llegan a la misma conclusión unitaria: al frente único de las tendencias adversas en el escenario de la lucha de clases. Y ese clasismo, que sólo puede mantener una organización disciplinada por el renunciamiento de toda propaganda "particular" y el predominio de una minoría dirigente, conduce a la negación del anarquismo como fuerza beligerante en los inevitables choques ideológicos.

Para muchos teóricos del movimiento obrero, el problema social se divide en dos órdenes de actividades: el que persigue un fin cultural y el que interpreta los objetivos inmediatos de la llamada lucha económica, que, en el fondo, no es más que una lucha de una minoría revolucionaria contra una mayoría adversa a la revolución. Por eso se presentan asumiendo dos posiciones distintas: son anarquistas en la agrupación de afinidad, en la propaganda específica del anarquismo, en las agitaciones populares que se desarrollan al margen del proletariado organizado, y proceden como sindicalistas en los Sindicatos, sin empeñarse en llevar a ese terreno sus ideas "particulares". De esa contradicción entre la teoría anarquista y la práctica del sindicalismo sobreviene un paulatino debilitamiento de la energía y la acción revolucionarias de los militantes del anarquismo. En realidad, malogran sus esfuerzos en ese perenne antagonismo mantenido por su doble personalidad y terminan por adaptarse al medio a fuerza de hacer con cesiones a las tendencias reformistas que van, a la sordina, tomando la iniciativa de la orientación del movimiento obrero.

Si a la práctica del movimiento obrero no se llevan las teorías, alegando que el choque de opiniones determina el disgregamiento de los Sindicatos y divide a los trabajadores en grupos ideológicos, de hecho se acepta la existencia de una doctrina o de un método sindical específico. De ahí que, aunque no lo confiesen, los anarquistas que eluden el problema de las definiciones doctrinarias en el escenario de la lucha social sean realmente sindicalistas puros.

* * *

No se crea que al exponer nuestro criterio de la participación activa de los anarquistas en el movimiento obrero -como anarquistas y no como simples asalariados- rechazamos otra clase de actividades. Cada cual está en su derecho a preferir el medio de propaganda y de acción que concuerde con sus opiniones, con su temperamento, con sus gustos. Los que crean en la ineficacia del Sindicato y vean en él una mezquina contienda de intereses pequeños obran sinceramente al negarle su contribución de energías y de capacidad.

Pueden dedicarse por lo mismo a otras actividades, ya sea en las agrupaciones doctrinarias, en los comités antimilitaristas o antielectorales, en los centros de estudios sociales, en las escuelas racionalistas, que complementan en sus múltiples

manifestaciones la labor cultural y emancipadora que el anarquismo realiza en la medida de sus fuerzas y recursos.

Lo que nos interesa es combatir la dualidad de criterio de compañeros que desdoblán su personalidad moral en la creencia de que así sirven mejor a las ideas; lo que nos interesa es demostrar que nuestra influencia en el movimiento obrero no puede fructificar si no exponemos con el ejemplo de una organización definida e inspirada según nuestras ideas la bondad de nuestros métodos y tácticas y la virtualidad de nuestras concepciones.

En las agrupaciones de afinidad -que la mayoría de las veces llevan en sí el germen de la descomposición y de la impotencia- se difunde un peligroso particularismo anarquista que puede poner en quiebra lo que significa el anarquismo como movimiento social revolucionario, lo que no sucede en el movimiento obrero libertariamente inspirado, porque ese movimiento es más que fruto de una simple coincidencia o de un capricho: es un resultado natural de una aspiración que siente la minoría más sensible y consciente del proletariado bajo el yugo de la explotación y de la dominación, y que se extenderá paulatinamente, tras la experimentación y la persuasión, a la gran mayoría humana.

El proletariado, como clase, es una invención abstracta; en la realidad no es así. En la realidad, el proletariado es un complejo divergente que en parte sufre con pasividad los males sociales, en parte se alía táctica o expresamente a la burguesía y a la reacción, y en parte también se asocia para la conquista de la libertad y de la justicia.

La innovación de Marx ha sido un arma demagógica política, pero no tiene contenido alguno; mucho más real y más revolucionario es decir que todos los hombres son hermanos y que todos deben unirse en la libertad en lugar de romper la solidaridad humana en una lucha monstruosa de todos contra todos.

Una razón poderosa por la cual desdeñamos la panacea de la unidad del proletariado está en que el mal que queremos abolir no está solamente en la burguesía: está también en la servidumbre voluntaria. La tiranía hay que combatirla tanto o más en los esclavos que en los tiranos. Si la unión de los trabajadores, en tanto que trabajadores, tuviera algún justificativo sería el de favorecer la emancipación total; pero nos cuesta trabajo concebir que dos esclavos que se reúnen sean más capaces de luchar por su emancipación que si estuvieran aislados. Los trabajadores no tienen misión alguna que cumplir fatal o providencialmente en tanto que trabajadores; sólo cumplen una misión los que están provistos de una voluntad de acción, los que sienten despertarse en su conciencia la dignidad humana.

El ideal de un movimiento obrero es aquel que inspiró el ala bakuninista de la vieja Internacional: proclamaba orgullosamente sus finalidades y sus doctrinas y no medía al adepto por su oficio, sino por su adhesión espiritual; por eso encontramos en algunas secciones suizas el nombre de Eliseo Reclús, geógrafo, junto al albañil, al zapatero.

* * *

Si el proletariado es una clase unitaria, entonces, ¿para qué la organización? Según la doctrina de Marx, no habría más que esperar que el proceso de la evolución capitalista llegue a su último estadio y a que el capitalismo desaparezca para dejar plaza a la economía socialista. Si los trabajadores tienen intereses comunes frente a la burguesía, entonces sólo sería necesario dejar al hada fatalidad que pusiera en juego las fuerzas del trabajo contra las del capital. La organización no tendría razón de ser, pues toda organización, si no abarca desde el principio la totalidad de los trabajadores, es una *escisión*, un atentado a la "unidad natural" de clase.

El hecho de estar organizados no modifica fundamentalmente la mentalidad del individuo; la organización no hace de un revolucionario un reaccionario o viceversa; la organización revolucionaria no es, generalmente, más que un resultado de la afinidad de ideas y de intereses de los hombres; primero nacen las ideas, luego la necesidad de unirse a los idealistas afines para darles más fuerza y llevarlas a la realización. La organización no debe ser considerada como algo sustantivo; lo sustantivo en una organización son los ideales que la inspiran y que la fundamentan. Si la organización en sí tuviera algún valor intrínseco, entonces todas las organizaciones proletarias se equivaldrían. No podríamos distinguir una fascista de una anarquista.

La primera condición para una organización revolucionaria de los anarquistas no está en depender del salario capitalista, sino en rebelarse contra el principio de autoridad. Comprendemos que los negros se organicen, en algunos países donde son tratados como casta aparte, sobre la base del color de la piel; ese color implica una aspiración común que puede unir momentáneamente a los interesados en romper la situación excepcional en que se encuentran. Comprenderíamos también que los asalariados se agrupasen en mérito a la cualidad de asalariados para luchar contra el capitalismo si el enemigo de todos fuese el capitalismo; pero esto es falso; *el capitalismo*, en la situación actual de la evolución histórica por lo menos, *no es una realidad independiente de todas las instituciones del estatismo y de la sociedad del privilegio*. No podemos limitarnos a combatir el capitalismo, porque implicaría cerrar los ojos a la realidad de las fuerzas que tienen interés en la persistencia del actual estado de cosas. Y podemos abolir el capitalismo con un decreto o con un hecho de fuerza como se hizo al estallar la revolución rusa, y si dejamos, por ejemplo, el Estado en pie, tendremos que conformarnos luego con verlo volver a sentar sus reales entre nosotros más insolente que antes si cabe. En consecuencia la organización obrera natural, la que proponemos nosotros, es la que lleva por finalidad, no sólo la supresión del capitalismo, que no puede suprimirse sin modificar la presente vida social y política entera, sino también la supresión del Estado; en una palabra, la organización que responde a la revolución no es la que proclama el neutralismo ideológico, sino la que se propone la emancipación integral del hombre y esa emancipación integral no la quieren más que los anarquistas, enemigos del principio de autoridad.

* * *

Se dirá: ¿En qué consiste ese criterio divergente con la opinión de los anarquistas europeos que sostienen la necesidad de conservar a todo trance la unidad de clase y la exclusión de las luchas ideológicas, de los antagonismos de doctrina, de los choques personales en los Sindicatos?

Diariamente se nos ofrece un ejemplo demostrativo de la imposibilidad de unir a los trabajadores por el cordón umbilical de la lucha de clases. Las necesidades económicas que deberían colocar al proletariado en un plano de actividades convergentes a un fin también económico, no determinan una concepción específica ni revelan el fondo del problema social a todos los que sufren las consecuencias del feroz sistema capitalista. Rudolf Rocker quiere negar la significación de ese hecho en el prólogo para la edición rusa de su folleto "La lucha por el pan cotidiano", pero ahí está uno de los escollos ante los cuales se estrella la ilusión tradicional de la idea de clase.

El hombre no sólo tiene necesidades económicas. Es una entidad pensante que, a la vez que está sujeta a la vida por una larga cadena eslabonada en los siglos y responde a la infinidad de factores determinantes -muchas veces ajenos a su propia voluntad- determina el desarrollo moral y material de la sociedad, impulsa el progreso y elabora

con sus ideales su energía y con su acción consciente el porvenir anhelado. Si los trabajadores, en virtud de su condición inferior frente a las castas poseedoras y gobernantes limitaran sus movimientos en el escenario social a la lucha por la obtención de un mayor salario, ¿podrían considerarse creadores de una nueva civilización y propulsores del progreso intelectual y moral de sus compañeros de miseria? No, porque el ideal de la revolución libertadora no se concreta a la mera lucha por la disminución de la miseria, que es sólo consecuencia de un complejo representado por la organización social entera del privilegio y de la autoridad.

Cuando un marxista invoca la necesidad de que el proletariado se una para hacer frente al capitalismo o para llevar a cabo una acción circunstancial contra los poderes constituidos, la que menos tiene en cuenta es la opinión que pueda abrigar cada una de las partes de ese proletariado. De ahí que sostenga la necesidad de establecer esa unidad de acción, empleando el método de la disciplina y realizándola de arriba a abajo, única forma de *imponer el interés económico de clase* –que resulta siempre un interés político ajeno a los mismos trabajadores- por encima de las concepciones ideológicas de las minorías conscientes y activas.

Que los pregoneros de la unidad obrera, del frente único y de las alianzas ofensivas, aun cuando invoquen el interés de la clase obrera y reclamen el sacrificio de las opiniones particulares para realizar un propósito colectivo, persiguen un fin de dominación sobre el proletariado, nos lo demuestra su exclusivismo político y su falta de consecuencia en el mantenimiento de la tan cacareada unidad.

¿Para qué sirvió esa "concentración revolucionaria" que improvisaron los elementos bolchevistas en los países convulsionados por una serie de trastornos políticos y económicos? ¿En qué forma emplearon esas fuerzas disciplinadas, esos ejércitos alineados y regimentados, los empresarios de revoluciones a plazo fijo?

En primer lugar, esas fuerzas reclutadas entre los descontentos o surgidas en un momento dado de desesperación colectiva, fueron incapaces de resistir los ataques reaccionarios del capitalismo, que reclutó también sus fuerzas en las capas proletarias de la sociedad. Por otra parte, los fines políticos comunistas conspiran contra los principios de la pregonada revolución y el proletariado fué un simple instrumento en manos de los aspirantes a dictadores. Y la unidad de clases que reunió las fuerzas pasivas del sindicalismo no pudo resistir el fracaso de los jefes y se derrumbó moralmente al simple contacto con la realidad.

Lo que queda del movimiento obrero, los restos del ejército proletario improvisado en un momento de efervescencia popular, está representado por los diversos grupos políticos o ideológicos.

En vez de manifestarse el progreso humano en un sentido convergente va creando diferenciales, variedades en el pensamiento, toda una serie de movimientos divergentes que concretan un propósito definido y responden a una voluntad no subyugada al medio social. Y en esa variedad de matices, de ideas y de opiniones está precisamente el principio de la armonía. ¿No observamos ese mismo fenómeno en la naturaleza, cuya ley armónica está en su infinita variedad, en el contraste que nos ofrece en su creación poliforme?

No debe persistir el engaño respecto a hechos fácilmente comprobables. Los marxistas, de la especie que sean, actúen en la política u oficien de jefes del proletariado sindicalmente organizado, conciben la unidad de clase como una manifestación de servidumbre colectiva. Ellos quieren unir al proletariado para imponerle una disciplina. Para ellos, las ideas representan un estorbo a esa unión de clase, ya que no conciben el proletariado como una entidad pensante y determinante del progreso social, sino como un simple conglomerado de seres con necesidades económicas e ineludiblemente sujetos

a la máquina del progreso industrial y es por eso que los cultores de esa amalgama gremial, cuando encuentran obstáculos a sus planes absorcionistas, recurren a la escisión y proclaman la necesidad de crear organizaciones obreras que respondan a su política, en desmedro precisamente de ese supuesto interés de clase.

* * *

Una organización obrera única por encima de las tendencias de los miembros componentes es una aberración; equivaldría a desconocer que la razón de ser de la organización es la afinidad de ideas e intereses de sus miembros. Si reclamamos para nuestras ideas una organización independiente y procuramos que esa organización permanezca siempre autónoma y libre de los choques y rozamientos de la disparidad de criterios en cuestiones fundamentales que harían estéril la organización, no por eso expresamos la idea de que la tolerancia y el ejercicio de la solidaridad entre organizaciones de cierto parentesco o, al menos, con las cuales es posible una pacífica convivencia en algunos puntos, no sea recomendable. Una acción inmediata contra el capitalismo y el Estado puede ser emprendida por fuerzas proletarias en general, sin unidad completa de aspiraciones finales; pero la labor de propaganda revolucionaria requiere en la organización la mayor afinidad de ideas posible, porque sin ella no se podría realizar ninguna propaganda en nombre de una organización sin lesionar las concepciones de una parte de sus componentes. El hecho de que propulsemos la formación de organismos proletarios propios, como los socialdemócratas, los sindicalistas, etc., no quiere decir que los lazos de la solidaridad proletaria frente a abusos del capital y del Estado queden rotos; se puede pertenecer a distintas organizaciones, hasta ser partidarios del Estado obrero unos, y otros de la libre federación de los grupos libres, y, sin embargo, repeler juntos un ataque que signifique un peligro común; eso, sin necesidad de que las respectivas organizaciones pierdan en lo más mínimo su autonomía absoluta.

Los partidarios de la organización de clase han llevado a veces su extremo sectarismo a no considerar como un crimen el sabotaje de un movimiento de huelga o de protesta declarado por una organización diversa. Los anarquistas no podrán nunca obrar insolidariamente frente a los obreros de una organización proletaria rival ni frente a los obreros en general, organizados o desorganizados, siempre que no ejecuten labores antisociales en beneficio directo de la conservación del orden actual. La solidaridad está en la esencia de la moral libertaria y no se limita a un círculo estrecho, sino que se extiende a todos los terrenos en que los hombres son víctimas de una injusticia.

No; los revolucionarios no rompen jamás su solidaridad con los oprimidos y los explotados; esa triste misión está reservada a los explotadores de las ideas revolucionarias.

Sólo algunos sofistas podrían deducir que nuestra defensa de la organización sindical de los anarquistas podría constituir la ruptura de la solidaridad con todos aquellos que sufren la explotación y la dominación.

* * *

No olvidamos que una gran parte de las disidencias sobre el problema de la organización obrera entre los anarquistas proceden del hecho de querer convertir el anarquismo en un mito religioso inaccesible a la masa obrera, fruto exótico que sólo pueden saborear las inteligencias privilegiadas...

Para nosotros, el anarquismo no es un descubrimiento de laboratorio ni fruto de pensadores geniales, sino un movimiento espontáneo de los oprimidos y explotados que llegaron a la comprensión del problema humano, de la nocividad del privilegio y de la inutilidad del Estado y quieren luchar por un orden social que asegure al hombre un radio de desenvolvimiento libre. La filosofía coopera a la concreción y definición de esas aspiraciones latentes en las masas rebeldes, pero no tiene ningún derecho a monopolizar las concepciones del anarquismo como cosa propia.

Otro asunto que nos separa muchas veces de otros camaradas es la incompreensión del valor de diversas palabras y nociones. Cuando propagamos la formación de un ambiente propio en el movimiento obrero, a la imaginación de muchos acude la representación del sindicalismo conocido en algunos países, como Francia. Pero nuestras ideas y aspiraciones son otras y no creemos que se nos puntualice por qué el anarquismo habría de desdeñar la forma de organización casi natural que nosotros proponemos.

Todo sacerdote de las diversas iglesias religiosas y políticas, todos los santones de la teología de la autoridad dicen imperturbablemente que la salvación está en ellos, en sus iglesias, en sus verdades. ¿Podemos decir nosotros lo mismo? Ante todo, nosotros no constituimos un partido cerrado, una iglesia sectaria; en segundo lugar, no imponemos a la vida el peso de muertos dogmas; por consiguiente, no decimos que la salvación está en nuestras organizaciones, que la salvación y la verdad absoluta están en nosotros, sino que la salvación y la verdad están en todos; en lugar de aspirar a que los hombres vengan a someterse a nuestra doctrina, sólo aspiramos a que se sometan a sí mismos, a que busquen en su interior la verdad y el camino de la emancipación, sin fiar a extraños poderes la misión de libertarlos y de establecer la dicha para todos sobre la tierra.

Nosotros no tenemos en nuestras manos la dicha humana, el talismán mágico que convertirá las piedras en oro y negamos que nadie lo tenga; por eso predicamos que el bien que soñamos no hay que esperarlo del cielo bíblico o del Estado marxista, sino de nuestro propio esfuerzo e incitamos a los hombres a ser los escultores de la propia libertad y de la propia dicha. Mientras los seres humanos se entreguen sumisos a la espera de que un dios o un gobernante les cree el bienestar, seguirán siendo esclavos y vivirán en la miseria, porque forjarán castas privilegiadas que explotarán el trabajo ajeno y cimentarán su libertad sobre la esclavitud ajena.

Por eso, nuestra labor proselitista no tiende a conquistar seres pasivos para formar un rebaño, ni exhorta a los hombres de buena voluntad a que vengan a nosotros, sino a que vayan a sí mismos, a que despierten a la conciencia de su situación y a que entrevean el camino de la salvación, que no va por la vía de la abdicación, sino por la de la afirmación de la personalidad. A nuestras organizaciones no vienen los que esperan de nosotros la salvación, sino los que la esperan del propio esfuerzo. Por tanto, la salvación no está en nosotros, en tanto que propagandistas del anarquismo, está en todos; nuestra propaganda tiende a que esa verdad sea reconocida universalmente, es decir, a la destrucción del principio de autoridad.

Si los anarquistas no logran crearse un medio propio de influencia; si no substraen una parte del proletariado a la funesta orientación de las diversas tendencias marxistas; si el fascismo y el bolcheviquismo se polarizan y forman el bloc de la reacción, sin contar con nuestra decidida resistencia, ¿qué perspectivas podemos ofrecer a los trabajadores, tiranizados y agobiados bajo el peso de las nuevas castas dictatoriales? Empeñarse en sostener el viejo tinglado del sindicalismo neutro; cifrar en la fuerza militarizada del proletariado el éxito de la próxima revolución; pregonar frentes únicos a base de compromisos entre los jefes de fracciones antagónicas y hacer de la unidad de clase un motivo revolucionario, es incurrir en el viejo prejuicio reformista. Y ahí está la negación de la doctrina anarquista y de su independencia como

corriente de opinión en permanente conflicto con todas las teorías políticas estatales: conservadoras, reformistas o revolucionarias.

Lo difícil para muchos compañeros está en la posibilidad de armonizar sus doctrinas con la actividad que desarrollan como componentes de un Sindicato o como miembros de una Asociación que rechaza sus principios. Por eso solucionan el conflicto -que en realidad sólo existe en su espíritu vacilante- creando un campo neutral y especificando los grados de acción que deben desarrollar en ese estrecho escenario. Y llegan, transigiendo siempre, sacrificando la doctrina a la acción, olvidándose muchas veces de sus propias ideas por respeto a las ajenas, a curiosas divisiones y desdoblamientos de su personalidad moral. Son anarquistas en la agrupación doctrinaria, sindicalistas en el Sindicato, racionalistas en la escuela, en fin, hombres que transigen con todo y sólo obran de acuerdo con el medio artificioso que van creando a sus diversas y específicas actividades.

* * *

Se empieza a ver claro en esta cuestión de las definiciones doctrinarias y de la táctica del movimiento obrero, en lo que respecta a la propaganda del anarquismo. Contra el criterio neutralista y prescindente de los que rechazan la organización obrera, o la aceptan como simple recurso de resistencia a los excesos de la burguesía, se manifiesta la opinión de los militantes anarquistas que se esfuerzan en transformar los Sindicatos puramente clasistas en agrupaciones ideológicas, en potencias espirituales y escuelas de capacitación revolucionaria.

Hasta ahora, en la mayoría de los países la propaganda anarquista raras veces se identificó con las luchas del proletariado. Desde un campo colindante al movimiento obrero, pero separado por una barrera de prejuicios y recelos, se pretendió influenciar a los trabajadores y predisponer su ánimo para acciones que no estaban al alcance de sus conocimientos del problema social ni de su capacidad y educación revolucionarias. Se creía que con oponer al criterio oficial del sindicalismo y a la política de los autoritarios adueñados de las grandes corporaciones disciplinadas, una opinión más en concordancia con los principios del socialismo se conseguiría contrarrestar la prédica negativa de los reformistas e inyectar en los obreros el espíritu de subversión que mataban en él los jefes y funcionarios sindicales. Y sólo se consiguió, con esas oposiciones internas, con esa propaganda de sector diluida en un ambiente adverso a toda clase de innovaciones y cerrado a la discusión de ideas extrañas... distanciar a los compañeros del núcleo principal del proletariado, obligándolos a refugiarse en sus pequeños grupos de acción.

Nosotros sostenemos que se contempló muy mal el problema de la organización obrera. Cierto es que la mayoría de los anarquistas, después de constatar la ineficacia de las agrupaciones de afinidad (que sólo tienen un valor transitorio en épocas de reacción y responden por ello al imperativo de los acontecimientos históricos), convencidos de que aislados del principal núcleo del proletariado militante no llegarían nunca a acrecentar su influencia revolucionaria en el pueblo, recomendaron la participación activa en los Sindicatos. Pero, por temor a perder su propia personalidad en el contacto con las masas, establecieron condiciones a la actuación sindical y eludieron el compromiso de asumir directamente la orientación del movimiento obrero. ¿No promovió largas y enojosas polémicas el asunto de si los anarquistas debían o no aceptar los puestos directivos en los Sindicatos y bregar por que sus propias ideas tomaran cuerpo en la esfera de acción de la clase trabajadora organizada? Aun hoy se discute eso, como si el porvenir del anarquismo dependiera de la conducta de algunos

titulados compañeros dejados ganar por el reformismo sindicalista y convertidos en funcionarios de los Sindicatos amarillos.

El problema de la influencia anarquista en el movimiento obrero no puede estar subordinado a la interesada desviación de algunos militantes. Esas deserciones tienen su lógica y se producen también en los grupos desligados de las organizaciones sindicales, ya que la influencia corruptora del medio se deja sentir en todos los órdenes de la actividad social y constituye un eficaz elemento de defensa para la burguesía. De ahí que se imponga la necesidad de sustraer una parte del movimiento obrero, aquella que responde a los fines de la revolución e instintivamente se coloca en el terreno de la intransigencia política, al dominio de los jefes reformistas y de los partidos que basan su fuerza en la inconsciencia de los trabajadores.

Hay que destruir en el ánimo del proletariado su restringido concepto de la lucha de clases. Es esa educación clasista, es ese hábito a ver en el capitalismo al único enemigo, es esa propensión a reducir el problema social a una pugna por mayores salarios y menos horas de labor la causa de que los políticos se conviertan en los jefes absolutos de la clase trabajadora organizada. Para los sindicalistas neutros existe una conciencia de clase. Suponen que el obrero, por el hecho de ser asalariado, es un enemigo natural e irreconciliable de la burguesía. Pero es fácil demostrar que es mediante el apoyo de los esclavos del salario, transformados en gendarmes, carceleros, soldados, espías y alcahuetes, que el capitalismo puede acrecentar su poder y el Estado preservarse del ataque de las minorías revolucionarias. Y aun de esas minorías organizadas para la lucha de clases, ¿no sacan los partidos burgueses muchos eficaces colaboradores? Ahí están, para probar nuestro aserto, los sindicatos reformistas, las grandes uniones obreras sometidas a la influencia del socialismo de Estado, todo ese movimiento político-sindical que limita su esfera de acción a las conquistas del salario, mientras apoya con su fuerza política a los gobiernos que prometen mejorar las condiciones de vida del proletariado.

No hay un movimiento obrero que deje de reflejar determinadas opiniones políticas. El sindicalismo neutro es una paradoja.

IV

LAS ORGANIZACIONES OBRERAS ACTUALES Y LA VIDA SOCIAL Y ECONÓMICA FUTURA

La Federación Obrera Regional Argentina envió una memoria al congreso constituyente de la Asociación Internacional de los Trabajadores, en 1922; en ella se expresa por primera vez desde un organismo proletario el pensamiento que nadie, ni siquiera el sindicalismo, tiene derecho a abrogarse un papel "directriz" en los períodos revolucionarios. Ninguna organización obrera del mundo llegó a tal rechazo de la doctrina sindicalista, que sostiene que las organizaciones sindicales actuales deben servir de órganos de producción y de reparto en la sociedad futura y que por consiguiente al fortalecer los sindicatos se fortalecen los futuros órganos de la economía socialista. Este pensamiento no ha sido aún generalmente aceptado, pero no produce ya el asombro que ha producido en 1922. La F. O. R. A. rechaza la legislación previa del porvenir, no prestigia un modo de organización futura y afirma que es imposible prever qué formas adoptarán los futuros órganos económicos y sociales de la vida libre. Las organizaciones obreras que hoy responden a necesidades actuales, han sido creadas en vista de una acción de propaganda y de lucha para el presente y no pueden ser

prestigiadas como organismos llamados a ejercer una determinada función en circunstancias que no podemos prever. También rechaza la F. O. R. A. la función directriz en la revolución social en manos de una organización; la humanidad libre no se impone a la voz de mando; si no se expresa como un producto natural de la vida social misma, si no nace de una necesidad interna de los pueblos, entonces no se producirá jamás, porque la libertad no se crea legislativamente por un aparato político o económico; no es dependiente de una institución externa, sino de una conformación de los espíritus. El que no se liberta ya hoy moralmente, el que no trabaja desde hoy la libertad en su propio espíritu y en su corazón, no será libre después de la revolución misma.

Si pretendiésemos que nuestra organización oficiase de directora de la revolución, haríamos el papel de un partido político y forzosamente tendríamos que instaurar un nuevo poder de Estado. El problema del futuro está contenido en el problema o los problemas de hoy; si solucionamos libertariamente los problemas de la vida social, política y económica actual, habrá muchas probabilidades de que también solucionaremos libertariamente los problemas del futuro.

* * *

Frecuentemente se nos dice que el capitalismo ha llegado al máximo de su desarrollo y como consecuencia al cénit de su potencia económica. Y se quiere ver en ésa supuesta culminación de un ciclo histórico, en esa mentada supercentralización de poderes y predominios, el indicio de la agonía del régimen que actualmente soporta la humanidad. ¿Hasta dónde es real la crisis del capitalismo, tomado en su conjunto como sistema político-económico que obra sobre la voluntad de los hombres y conforma a sus condiciones groseramente materialistas la cultura y el progreso de los pueblos?

Sobre las realidades económicas del presente, se ha fundamentado una teoría revolucionaria. El marxismo no es otra cosa que una interpretación al revés de la civilización capitalista. En el desarrollo industrial de las naciones y su hipotética culminación en un ciclo histórico que hará imposible la vida del capitalismo, basó Carlos Marx su materialismo histórico. Y es esa pseudo ciencia marxista, aplicada al estudio de los fenómenos sociales, la que justifica la existencia del régimen actual y el predominio de una clase cada vez más poderosa y ensoberbecida.

Al aceptar explícitamente, como lo hacen los marxistas de los diversos grupos políticos y sindicales, que el triunfo de la revolución y del comunismo no son posibles en países económica e industrialmente atrasados, se justifica de hecho el fatalismo en la evolución de la humanidad. Y ahí esta, en esa declaración materialista y antihistórica, la razón de ser del capitalismo con toda su secuela de crímenes y violencias, de expoliaciones y miserias. Si es necesario establecer previamente las condiciones económicas que permitan un cambio de régimen social, ¿qué valor tienen las revoluciones en países donde el capitalismo no haya llegado a ese supuesto ciclo histórico? Y si la evolución y el progreso de los pueblos dependen en absoluto de la trayectoria que siga el capitalismo, ¿qué valor pueden tener las ideas de libertad y justicia en hombres que, por ejemplo, vivan en un sistema político-económico que esté muy lejos del punto culminante señalado por Marx?

Según los marxistas, ortodoxos o heterodoxos, de la escuela comunista o de la academia socialdemocrática, la misión presente de los trabajadores es ir preparándose para la conquista del poder y la administración económica de la sociedad. Pero, mientras no existan las condiciones requeridas para dar el salto del capitalismo al comunismo, toda revolución debe terminar forzosamente en una dictadura que ejercerá

el "partido de avanzada" en nombre del proletariado. ¿Comprendéis cuál será la misión de ese partido al ejercer la dictadura después de una revolución victoriosa que logre cuando menos despojar a los antiguos amos y arrancar el poder de manos de los partidos burgueses? La única y primordial misión será la de ir preparando, a costa de la clase trabajadora, las condiciones económicas que hagan posible el desarrollo capitalista, el proceso industrial y el perfeccionamiento técnico que permitan la culminación del ciclo histórico de que habla Marx.

El justificativo del fracaso del comunismo bolchevista -no hablemos ya del sistemático estrangulamiento de la revolución-, lo buscan los dirigentes del Estado neomarxista en la falta de desarrollo industrial de Rusia. Después de múltiples y variados ensayos económicos, de crear y destruir infinidad de contratos obligatorios de trabajo y de recurrir a la violencia y a los impuestos para arrancar por la fuerza una parte de las cosechas al campesino reacio, los bolchevistas terminaron por aceptar el régimen del salariado, de la libertad de comercio y de la libre concurrencia industrial en las empresas particulares y del Estado. Únicamente, a título de garantía para conservar los "triumfos de la revolución" y las "conquistas del proletariado" -sus flamantes cadenas-, los comunistas rusos conservaron el poder en sus manos y empuñaron con mayor energía el látigo de la dictadura. ¿y no pretenden Justificar todas sus transgresiones y todas sus felonías, los comisarios rojos, alegando que el proletariado ruso no está técnicamente preparado para tornar por su cuenta la dirección de la máquina económica y que esa máquina debe ser perfeccionada con el concurso del capitalismo internacional?

No podrá crearse un movimiento revolucionario independiente de la funesta influencia marxista, si previamente no se rectifican las orientaciones del movimiento obrero y se substraen el proletariado a las "realidades" y "experiencias" que se derivan del materialismo histórico. Esta necesidad imperiosa debe ser comprendida por todos los anarquistas, si es que no queremos seguir el curso de los acontecimientos sociales sin poner de nuestra parte un poco de energía dinámica que obre, en la mentalidad de los pueblos, como factor determinante de una evolución contraria al proceso del capitalismo.

El supuesto ciclo de culminación industrial, necesario para provocar la caída del capitalismo, es una ficción arrancada a la entraña negra del régimen que sirvió de ejemplo a Marx para establecer las falsas bases de su pseudo ciencia económica. ¿Que ejemplo se puede buscar en la historia que nos demuestre que las revoluciones cumplen ciclos históricos señalados por hechos puramente materiales o por realidades económicas? ¿No fueron las ideas, a través de los siglos, las que, dando al hombre una nueva moral y una nueva interpretación de la vida, predispusieron el ánimo la fuerza y la conciencia necesarias para libertarse de los odiosos yugos y salvar a la humanidad de la abyección en que se debatía?

Hay que dar al proletariado orientaciones que marchen al encuentro del proceso capitalista y sean una muralla que detenga el arrollador avance del imperialismo industrial. Y únicamente así, creando valores éticos capaces de desarrollar en el proletariado la comprensión de problemas sociales independientes de la civilización burguesa, llegaremos a constituir las bases indestructibles de la revolución anticapitalista y antimarxista: la revolución que destruya el régimen de la gran industria y de los formidables trusts financieros, industriales y comerciales que convierten a los pueblos en juguetes del capricho de una minoría ensoberbecida y prepotente.

* * *

Si reaccionamos generalmente contra la interpretación materialista de la historia, en la convicción de que existen otros factores que no son económicos y que sin embargo tienen en ocasiones un influjo decisivo en los acontecimientos, no debemos oponer un fatalismo a otro y querer trazar en el presente los cuadros de la sociedad del porvenir mediante organizaciones que ocuparán mañana el puesto de las que destruirá la revolución social.

Esa preocupación del futuro la encontramos expresada -más clara y acabadamente que en ninguna otra parte en la declaración de principios de la organización sindicalista libertaria de Alemania, Freie Arbeiter Union Deutschlands (F. A. U. D.), obra de su más significativo inspirador actual, Rudolf Rocker. Dice así esa declaración en uno de sus párrafos:

"Los sindicalistas son de opinión que los partidos políticos, a cualquier ideología que pertenezcan, no son capaces de llevar a cabo la edificación socialista; ese trabajo sólo puede ser realizado por las organizaciones económicas de lucha de los trabajadores. Por esta razón no vemos en el sindicato un producto pasajero de la sociedad capitalista, sino el germen de la futura organización económica socialista. En ese sentido los sindicalistas aspiran ya hoy a una forma de organización que los capacite para su gran misión histórica y que al mismo tiempo responda a la lucha en pro de mejoramientos cotidianos del salario y de las condiciones de trabajo...

"Si los trabajadores fueran puestos en una revolución victoriosa ante el problema de la edificación socialista, una Federación local se convertiría en una especie de oficina local de estadística y tomaría bajo su control los edificios oficiales, los medios alimenticios, el vestido, etc. La Federación local tendría la misión de organizar el consumo y mediante la Federación general de las federaciones locales se podría calcular fácilmente el consumo total del país y organizarlo de la manera más simple.

"Las Uniones de industria, por su parte, tendrían la misión de tomar bajo su control, mediante sus órganos locales y con ayuda de los consejos de fábrica, todos los medios de producción existentes, las materias primas, etc., y proveer con todo lo necesario a los grupos particulares de producción y fábricas. En una palabra: Organización de las fábricas y talleres por los Consejos de fábrica; organización de la producción general por las Uniones industriales y agrícolas; organización del consumo por las Federaciones locales."

Según ese punto de vista todo habría de proceder del sindicato después de una revolución victoriosa. Otras formas de organización al margen de esa red de Federaciones y de uniones obreras difícilmente se toleraría, lo cual, a nuestro entender, es una idea que contradice la libertad que anima todas las expresiones del anarquismo. A lo sumo podríamos tener derecho a preparar la vida futura para nosotros mismos, para la minoría de los que aceptamos el sindicato con esa misión presente y futura, pero como forma general de la vida social entera en el porvenir, esa teoría nos llevaría a una nueva dominación, pues la legislación previa de los cauces que habrá de recorrer el proceso revolucionario y la edificación socialista, no es sino una aceptación del fatalismo marxista en nuevas apariencias. Nuestra participación activa en el movimiento obrero no supone que conferimos al sindicato el papel de transformar la mentalidad de los hombres para colocarlos en condiciones de vivir una nueva vida. Significa únicamente que concedemos un valor real a las luchas del proletariado y que participamos en ellas para impulsarlas en un sentido favorable a la gestación revolucionaria que el anarquismo persigue. Y ese medio de acción vale por lo que realiza diariamente en el terreno económico, por lo que capacita a los trabajadores en el ejercicio de la lucha por un porvenir mejor, no por las soluciones que pueda ofrecer para el futuro.

* * *

El concepto vulgar de la revolución como un mero asunto de alborotos callejeros y de establecimiento de guillotinas, ha pasado a la historia. Ningún anarquista, sobre todo, lo sostiene ni, puede decirse, lo ha sostenido. La historia nos da bastantes demostraciones de que nuestra revolución no es un simple problema de fuerza material, sino que ante todo debe ser una revolución de las conciencias y la construcción de un nuevo sistema de vida social por la acción libre y personal de cada uno. Las revoluciones de mero predominio de la violencia son siempre revoluciones políticas, es decir revoluciones de palacio que quitan a uno o a unos, no para poner en su lugar la libertad, sino para poner a otro o a otros.

Nuestra revolución no es una panacea para todos los males. Nosotros no somos, como los políticos, seres destinados a forjar con nuestras manos la felicidad universal. Nos distinguimos de los demás seres por el hecho de no querer reconocer autoridad alguna, ni teórica ni prácticamente. Mientras la mayoría de la humanidad busca la salvación en poderes extraños a sí misma: milagros divinos, buenos gobernantes, nuevas formas de gobierno, nosotros decimos que la dicha humana no depende de la abdicación de la voluntad y de la personalidad propias, sino de la libertad material, económica y moral de los individuos y de los grupos sociales. Frente a las panaceas de las clases privilegiadas y de los mil y un partidos políticos que se disputan el honor de crear por decretos el bienestar y la felicidad en la tierra, nosotros somos los únicos que nos presentamos al mundo desprovistos de promesas halagadoras.

Todos los partidos políticos sin distinción de color ni de categoría, prometen a los pueblos una serie de anheladas reivindicaciones; unos se apoyan en las reformas bajo los auspicios del sistema gubernativo existente, otros se declaran revolucionarios porque quieren tener por completo en sus manos el timón del Estado; únicamente los anarquistas no prometen nada, ni por medio de las reformas ni por medio de la revolución. Nada tienen y nada pueden dar. Pero han llegado a un conocimiento que puede ser fruto de bienestar y de felicidad para todos. Los anarquistas propagan ese conocimiento que consiste en convencer a los hombres de que el maná bíblico o las promesas de los aspirantes al poder son mentiras y que la salvación está en todos los seres, en la acción personal de cada uno.

En contraste con los partidos políticos que aseguran que la salvación está en su respectivo programa de reformas o de revolución, nosotros decimos que la salvación está en todos, que para ser libres hay que luchar por serlo, que la libertad no puede manifestarse donde no se siente su necesidad, que el bienestar no es fruto del milagro teológico o de las artes mágicas de un gobierno, sino un resultado del esfuerzo racional del hombre libre.

Aquellos que nos vuelven la espalda porque predicamos la verdad y acuden a las urnas o a las barricadas tras las mentiras de los demagogos, pueden producirnos una gran tristeza cuando vemos que sus esfuerzos así empleados reafirman los males que quieren combatir, pero no son capaces de desviarnos de nuestra línea de conducta, es decir, no son capaces de movernos a predicar la mentira y a competir en el terreno de la demagogia con los adeptos de la teología del Estado.

Los anarquistas no tenemos ninguna virtud mágica; no nos suponemos creadores de la felicidad universal, al menos creadores directos, y lo reconocemos y lo advertimos. En eso nos distinguimos también de aquellos revolucionarios que en realidad sólo aspiran a imponer su voluntad a los pueblos, bien o mal inspirados. Y por eso gritamos que los

hombres no deben forjarse ilusiones y esperar de otros lo que sólo pueden realizar sus propias fuerzas.

Se ha dicho que la revolución es creadora, y si lo es, lo es en el sentido de sus efectos sobre la voluntad de los pueblos. La revolución despierta la iniciativa, la actividad personal. Sacude el adormecimiento de la personalidad y renueva valores y destruye dogmas y carriles en que se desenvolvían los seres como autómatas. Pero la revolución no es simple alboroto callejero; el alboroto es un resultado, un fenómeno, tal vez inevitable, pero no esencial. Una revolución puede producirse pacíficamente y de hecho se producen también revoluciones sin cesar en todos los dominios de la vida que proceden incruentamente. Si los que hemos reconocido las causas fundamentales de la injusticia y del malestar sociales tuviéramos paciencia para esperar millares y millares de años, tal vez la revolución de que nosotros hablamos se hiciera por medios persuasivos, tranquilamente, sin choques violentos con los gendarmes, etc. Bovio dijo ya que la historia se encamina hacia la anarquía. Sin embargo, es natural que nos falte esa paciencia y que procuremos avanzar la hora de la liberación humana: por todos los medios favorables posibles. Y juzgamos que los choques violentos con las fuerzas del pasado son susceptibles de constituir un incentivo en favor del movimiento reivindicador; por eso, si no los provocamos, tampoco los rechazamos cuando las circunstancias los producen. Pero no creemos que esos simples hechos puedan constituir la revolución cuando son esgrimidas en gran escala. Esa idea es la de los conspiradores de las novelas y de los dramas teatrales y por un tiempo estuvo a punto de arrastrar a algunos de nuestros camaradas. Hay una propensión a presentar la revolución por la barricada; en todo caso la barricada sería el símbolo de la revolución política. La revolución social es una idea, una nueva concepción de la vida una nueva moral, una nueva cultura. Por consiguiente, no podemos creer que haya de triunfar en el mero terreno de la fuerza, de la contienda militar. Los tiempos en que para ser buen anarquista se necesitaba tener algún conocimiento de la manipulación de explosivos han pasado; la propaganda revolucionaria del anarquismo no se hace a base de dinamita; la dinamita y todos los medios del terror son empleados y lo fueron siempre, por los reaccionarios.

En resumen, nuestro concepto de la revolución no es el de una expedición garibaldina o el de un combate callejero -aunque sea susceptible de implicarlos-; nuestro concepto de revolución es la idea de libertad y de justicia social que se extiende más y más, que penetra en las conciencias de los siervos voluntarios y carcome las bases de la explotación y de la dominación en los individuos. Si esa labor de propaganda supone actos paralelos y secundarios que se desarrollan en un terreno de fuerza bruta, los aceptamos; pero no tomamos lo accesorio por lo accidental. La lucha contra la reacción policial no es la finalidad de la revolución, aunque sea una consecuencia inevitable de la lucha por la finalidad revolucionaria, que es la humanidad libre y dichosa gracias a la acción personal de cada uno y a la abolición del principio de autoridad, cosas todas que no dependen de nosotros exclusivamente, en tanto que anarquistas, sino de los miembros de la sociedad en general.

* * *

Una causa de disidencia entre los anarquistas sobre los problemas del anarquismo, tiene su base en el dilema de si el anarquismo es o no es una doctrina redentora, nacida para redimir a los hombres.

No; el anarquismo como doctrina no puede redimir a nadie; Su misión consiste en inculcar en todos los seres la idea de que la redención no debe ser esperada por arte de

encantamiento, que debe ser obra de cada uno. Y siendo así no nos torturan extraordinariamente los problemas futuristas que agitan el cerebro de algunos camaradas. Existen categorías de individuos que sufren realmente la idea de que no estemos preparados para manejar las armas y defender militarmente la revolución contra sus adversarios y hacer funcionar los cañones y las ametralladoras quitadas a la burguesía. Su deseo sería que el anarquismo fundara escuelas para enseñar a los militantes la ciencia militar y los principios de las maniobras estratégicas. Se alarman ante nuestra ignorancia de esas cosas, y aunque no lo confiesan, no ven con buenos ojos la propaganda antimilitarista que invita a la juventud a boicotear los cuarteles. Esa tendencia de algunos anarquistas militaristas ha sido fomentada por el machnovismo ucraniano. Según esos camaradas, habría que estudiar el asunto de la defensa militar, pues de lo contrario toda revolución estaría condenada al fracaso.

Otros, principalmente los que creyeron aprender mucho en la revolución rusa, se rompen la cabeza con planes para organizar la producción y el reparto después de la revolución. Según él, sería casi criminal moverse sin tener previamente un plan trazado y sólido sobre la organización económica futura. Dicen que hay que alimentar al pueblo de inmediato para quitarle la idea de volver al viejo régimen y exigen acongojados un programa de acción futura. Estudian además detenidamente las cifras de la producción y del consumo y sueñan con estadísticas y números exactos, negando capacidad revolucionaria a quien se equivocara al hacer una suma...

Los psicólogos han catalogado una categoría de individuos que llamaríamos racionantes, que, por educación o por lo que sea, no se mueven sin reflexionar hasta el extremo en todas las consecuencias inmediatas y mediatas de su movimiento; son, por lo general, seres pasivos. Los espíritus activos de la historia han obrado siempre más intuitivamente que tras reflexión detenida y mesurada. Y esto es lógico, porque en la vida individual y colectiva la razón juega un papel mínimo en comparación con el instinto y el hábito adquiridos o heredados. En la vida real tiene más influencia el corazón, es decir el sentimiento, que el cerebro; después de la revolución no será de otro modo. El conocimiento científico es algo seco; por sí solo no basta y generalmente no es la causa de la adhesión a un movimiento revolucionario. Casi todos hemos aclamado el anarquismo sin haber investigado sus bases "científicas" o sus posibilidades de acuerdo a las estadísticas de la producción y del consumo o a las conclusiones de los sociólogos. Estas comprobaciones las hemos hecho posteriormente, si las hemos hecho, para responder a objeciones, de los espíritus torturados por el problema de la realizabilidad de nuestras ideas o para acallar dudas eventuales en nosotros mismos. Nosotros somos de opinión que todo lo que acepta el corazón del hombre normal es realizable: la utopía absoluta no pone en tensión la voluntad del hombre sano. Para nuestras exigencias espirituales es bastante saber que existen masas humanas que aspiran a una sociedad sin gobierno para afirmar la posibilidad de ella; a la mayoría de nuestros camaradas les sucede lo mismo: sólo una minoría exige datos "concretos" y números; para satisfacer esa minoría se han hecho y se hacen esfuerzos incesantes. Tenemos ya estudios que demuestran la viabilidad de una sociedad sin gobierno en el terreno económico, en el campo de la moral, en el dominio de la cultura, etc. La ciencia verdadera, la que no ha sido hipotecada a ningún gobierno ni a ningún partido, confirma la posibilidad de realización de nuestras ideas. Pero si no la confirmara, no por eso dejaríamos de luchar por lo que nosotros consideramos justo, bello y verdadero. Y es que la ciencia habla a la razón y un movimiento revolucionario se basa mucho más en el sentimiento de los individuos que en sus consideraciones científicas.

Cuando nos preguntan cómo manejaremos los cañones en la revolución o cómo haremos la distribución de los productos y cómo organizaremos la producción,

confesamos hallarnos en descubierto; no sabemos ni hacer funcionar los cañones ni hemos hecho mayores esfuerzos por planear la organización de la producción en la sociedad futura. Estamos conformes con que es preciso defender la revolución contra la reacción, pero no se ha dicho que haya de hacerse esa defensa a base de cañones. Si fuera así, deberíamos comenzar por ir a las academias militares, pues cada día avanza la ciencia de la guerra y no está lejano el tiempo en que los cañones y las ametralladoras pasarán a los museos de antigüedades y cederán el puesto a instrumentos de destrucción más perfeccionados. En el terreno militar nos será difícil competir con la moderna ciencia bélica. Pero, ¿quién ha dicho que no poseamos nosotros un arma superior a todas las de la burguesía en nuestra cualidad de productores? Si nos negamos a producir más armas de guerra, si obstaculizamos la producción de materiales para el ejército, nos evitaremos el estudio de la ciencia de matar más con el menor esfuerzo y riesgo.

Sobre la organización y la distribución de los productos en la sociedad futura, creemos que se exageran sus dificultades. Los burgueses no son más inteligentes en general que nosotros y han sabido, no sólo organizar ese funcionamiento económico en la sociedad actual, funcionamiento que por lo más existe desde antes que los hombres supieran escribir, hacer estadísticas y la partida doble, sino que supieron asegurarse, sin trabajar nada, pingües rentas. Confiemos un poco más en la vida misma y en el instinto de conservación. Tan absurdo es suponer que los hombres se devorarán en cuanto desaparezca el gendarme, como pensar que se volverán idiotas en cuanto desaparezca la directiva capitalista del funcionamiento económico actual. Por lo demás, la directiva económica capitalista es sólo nominal; en realidad los que organizan la producción y reparten los productos son los trabajadores. Lo que pasa es que los capitalistas se las supieron componer para crearse una renta con el producto del trabajo ajeno. Nos parece que lo que hay que hacer es dar muerte al sistema capitalista, aun sin haber discutido y aprobado en nuestros congresos los detalles de la organización que pondremos en su lugar. Es la vida misma la que organizará el funcionamiento económico futuro, como lo organizó en el pasado. Los hombres no se dejan morir de hambre más que bajo el principio de autoridad. Donde la libertad existe, donde la vida puede reclamar sus derechos, no tardan en hallarse soluciones a todos los problemas que la realidad presenta.

Difícilmente se substraen el hombre a la influencia del medio ambiente y rompe con la tradición y la rutina. Pesa sobre la humanidad una mole enorme de prejuicios y el yugo económico paraliza muchas veces la acción de los que, colocados de frente a la vida, se disponen a luchar contra las adversidades que encuentran en su camino y contra los obstáculos que les impiden seguir adelante.

No podemos los anarquistas desconocer la influencia corruptora del medio ambiente. Vivimos en una sociedad basada en el egoísmo -en lo mío y lo tuyo- que adquiere caracteres, de inaudita ferocidad cada vez que entran en juego los intereses que dividen a los hombres en clases y castas antagónicas. La lucha social es una lucha por el pan, por la supervivencia, por la conservación de la especie, y sólo adquiere un carácter finalista, se humaniza y sublimiza cuando las ideas morales, que se reducen a sentimientos, dominan el instinto y la conciencia se sobreponen a las más perentorias necesidades materiales.

He aquí por qué el movimiento obrero, cuando pierde la brújula del ideal y extravía el rumbo quedando a merced de los acontecimientos, sólo nos ofrece el precario exponente de la lucha de los trabajadores, sus gestos de desesperación, su rugir de hambrientos. Y ese insurgir determinado por necesidades económicas raramente puede gestar una revolución y destruir todo un sistema social o adelantar una posibilidad emancipadora a quienes alimentan la esperanza de librar al mundo del pesado yugo capitalista.

Si los anarquistas olvidamos que no toda la acción subversiva de los trabajadores interpreta una aspiración superior y persigue un móvil altruista y justiciero, sufriremos frecuentes decepciones y estaremos expuestos a toda suerte de contrariedades. La revolución no tiene su sentido histórico en la fuerza, aun cuando sea ésta su más visible exponente. Triunfa mediante la explosión del descontento popular, gracias a la acumulación de energías que logran quebrar la resistencia de las fuerzas de conservación que apuntalan al Estado, pero su eficacia depende del grado de cultura revolucionaria y de la capacidad creadora del pueblo que la realiza.

Físicamente, por lo que representa como clase más numerosa y más apta para los esfuerzos musculares y para el desgaste de energías, el proletariado debiera ser el más fuerte. Las castas gobernantes y privilegiadas son una minoría, un grupo insignificante, que sin embargo posee de su parte la fuerza e impone su capricho a todo el pueblo. Si en sí misma no encuentra la energía suficiente para poner en movimiento su enorme máquina económica y hacer funcionar los múltiples engranajes de la administración de su monstruoso Estado, ¿de dónde saca la burguesía esa fuerza que crea y destruye movida por ocultos resortes? Del pueblo.

La fuerza del Estado no es puramente material. Sin el dogma de obediencia sin la fé en las leyes y el respeto a la tradición, no sería posible la existencia de los gobiernos y de las jerarquías sociales. La política es el sacerdocio de la legalidad: la religión moderna cuyo culto impone al pueblo su voluntaria esclavitud. ¿Sería posible mantener en pie esta monstruosa organización social mediante el solo concurso de la fuerza bruta? No, porque la fuerza no está en las castas privilegiadas, sino que éstas la extraen de los músculos de los mismos sometidos.

El proletariado no puede reconciliar su servidumbre moral -su rutinarismo, su fe en la ley y su culto a la democracia- con esa condición clasista que el marxismo señala como factor elemental de su conciencia. Se le supone económicamente enemigo de la burguesía y se le organiza para defender contra el patrono sus derechos de explotado. Pero políticamente acepta la subordinación al Gobierno y hasta elige voluntariamente a los que, en su nombre, perpetúan su situación miserable de paria.

Frente a esa dolorosa realidad no cabe mantener la ilusión revolucionaria de los posibilistas. ¿Cómo se las arreglarían para dar el salto de la burguesía al comunismo, aun después de una revolución triunfante, con el pobre material constructivo que pueden extraer del proletariado? ¿Imponiendo dictatorialmente la libertad a los esclavos? ¿Organizando al proletariado activo de manera que obligue a los elementos hostiles o pasivos a aceptar la nueva situación y a renunciar a sus voluntarias cadenas? El problema es arduo y difícil la solución, aun en teoría.

Pero para el anarquismo no puede existir, como problema perentorio, esa preocupación posibilista. ¿Debemos dedicarnos a profetizar sobre el "mañana", cuando lo que urge es resolver las cuestiones de hoy? Nosotros trabajamos la revolución sobre la mentalidad y la conciencia de los hombres. Y esa propaganda no es de hoy ni de mañana; no puede tener un punto de partida, con una trayectoria fija para arribar a un punto prefijado desde luego.

La preocupación del "mañana" conduce forzosamente a especulaciones políticas y económicas que niegan al anarquismo como ideal de libertad. Si hay compañeros que creen que la revolución social puede estar contenida en un acto de fuerza -en la desesperación de un pueblo o en un golpe de mano preparado por un grupo de conspiradores, de hecho se colocan en el terreno de las posibilidades inmediatas y transigen con el fatalismo marxista y con la concepción dictatorial del bolchevismo. Porque una revolución así, o surge por arte de magia y realiza su trayectoria como

movida por ocultos resortes, o es el resultado de un golpe de audacia y deberá, por lo mismo, llevar a cabo su programa mediante el empleo de la dictadura.

En su excesiva preocupación por el "mañana", hay anarquistas que formulan una especie de programa mínimo, con dictadura transitoria y Estado-puente, llegando a sostener que la revolución social puede ser iniciada hoy mismo mediante el concurso y el apoyo de los partidos políticos avanzados y de cierta parte de la población afecta a cualquier cambio. Pero, aun suponiendo que la influencia anarquista fuera preponderante en esa amalgama de grupos y de tendencias, ¿qué conclusiones revolucionarias se podrían extraer de semejante mezcla? Sería una horrible ensalada rusa, cien veces peor que el bolchevismo.

* * *

Una idea política que supone de antemano el deseo de dirigir el movimiento revolucionario y someterlo a una determinada estructura política y económica inspira estas inquietantes preguntas: ¿Cómo haremos la revolución? ¿Cómo regimentaremos la vida? ¿Cómo impondremos a la masa trabajadora "nuestra república"? He ahí la sustancia de todas las preocupaciones del "mañana" para esos anarquistas que perdieron la fe en sí mismos y no confían en la energía espontánea del proletariado, en su instinto revolucionario y en las cualidades espirituales que deben empeñarse en descubrir y desarrollar los verdaderos idealistas.

Nosotros podríamos formular también algunas preguntas: ¿Quién garantiza al proletariado la capacidad, las aptitudes y la buena fe de sus jefes y directores? ¿Quién asegura que el camino que emprendan esos "programistas" del anarquismo será el más recto y seguro para conducir a los pueblos a la meta de su liberación? ¿Y quién es capaz de establecer diferencias entre el régimen de la dictadura ejercida por un partido o el régimen de la dictadura mantenida desde los Sindicatos?

En ese paralelismo histórico de las tendencias que basan el triunfo de la revolución en la conquista del poder político y de los medios económicos para instaurar el régimen de la "dictadura del proletariado" está basada nuestra crítica a toda la propaganda posibilista y del "mañana".

Nuestras preocupaciones por el futuro de la humanidad, nuestra inquietud espiritual y nuestro deseo de ver realizada la revolución integral libertaria, no nos impiden analizar las teorías que se basan en la ficción de fáciles y posibles conquistas. Por eso combatimos a los oportunistas que, en nombre del comunismo o del anarquismo, con olímpico desprecio por las ideas, presentan al proletariado viejos sistemas de dominación y expoliación, disfrazándolos con el manto rojo de la libertad.

* * *

Fué Malatesta el que lo dijo: "No hay una solución, sino mil soluciones a los problemas sociales". Esa es nuestra opinión y el ensayo es fácil de hacer: elegid mil camaradas y proponedles que den una solución cada uno al problema de vivienda o de la organización del servicio ferroviario después de la revolución; cada cual expondrá su idea, fundada ya en la filosofía, ya en la economía, ya en la moral, ya en otra base cualquiera. En el fondo, todas las soluciones os parecerán viables. ¿Cuál es la verdadera? La que decidan las circunstancias que hayan de ponerla en práctica y que puede no estar incluida en esas mil soluciones presuntas. No es por incapacidad de dar una solución personal a este o aquel problema del futuro por lo que nos resistimos a tratarlos, sino porque daríamos una solución más que sólo tendría valor para nosotros

mismos, y eso, en tanto que no procediéramos prácticamente, porque en la práctica nos olvidaremos de todos los catecismos y fórmulas aceptadas y no conservaremos por norte más que el programa real de los anarquistas: las líneas generales que reconocemos unánimemente todos y que consisten en construir la vida con la libertad sobre la base de la libertad.

* * *

Hay quien teme que si no trazamos un programa de organización futura, si no esbozamos las soluciones a los problemas del mañana, correremos el peligro de quedar al margen de la vida revolucionaria. Nuestra opinión es que quedaremos realmente al margen de la vida revolucionaria si nos ajustamos a un programa y no contamos con la suficiente agilidad de espíritu para aprovechar las situaciones imprevistas que se presentarán y que exigirán actitudes en que jamás habremos, tal vez, reflexionado.

Hemos dicho más de una vez que la revolución será anarquista o no será. Con eso quisimos expresar nuestro punto de vista de que si una revolución no se desenvuelve por la vía de la libertad no culminará más que en el establecimiento de una nueva dominación, nunca en un sistema social de libertad y de justicia. La revolución que no abdica su porvenir en manos de la demagogia y rechaza en todas sus formas el principio de autoridad es una revolución anárquica; la revolución que no es anárquica, en nuestro estado de desenvolvimiento social, no merece ya el nombre de revolución, pues no pasa de ser un simple golpe de Estado.

Sostenemos que nuestra misión principal en una revolución no es la de directores, sino la de provocadores de la acción espontánea del pueblo; con eso hemos dicho ya que no somos partidarios ciegos de la espontaneidad popular y que no nos creemos poseedores de la verdad absoluta.

No se trata de esperar sentados que la revolución colme nuestros anhelos; es necesario trabajar y predicar con la palabra y el ejemplo nuestras ideas de libertad, que no pueden imponerse por la fuerza, sino sólo por la persuasión.

Para que la revolución anarquista triunfe no se necesita recurrir a los escritos de Bakounin y de Kropotkin; sólo hace falta que el ejemplo de los anarquistas y su prédica despierte la personalidad libre y la acción personal de los hombres para organizar la vida social al margen de toda autoridad política central o local. Para organizar la vida en esa forma no se necesita haber pasado por la Universidad o haberse roto la cabeza sobre las estadísticas de la producción y del consumo, sino sólo provocar el sentimiento de que la salvación no está fuera de los pueblos ni en tal o cual minoría inteligente o privilegiada, sino en los pueblos mismos, y que toda abdicación de la personalidad propia en manos ajenas equivale a una renuncia a la existencia de libertad y de bienestar. Por lo demás, la revolución anarquista no comienza hoy y termina después de un corto plazo: es un eterno proceso en el sentido de la libertad y del bienestar, de la justicia y de la fraternidad, ha comenzado desde que el hombre sintió un impulso de rebelión contra el medio ambiente adverso y progresó en claridad de fines y de medios hasta hoy; pero no cesará jamás de actuar en la vida en el sentido de un infinito perfeccionamiento. Debido a eso, más que a inciertos asuntos del mañana, preferimos dar soluciones a los problemas de la propaganda y la acción presentes. Trabajando en el presente por la anarquía no podremos menos de encontrar mañana los resultados, los frutos de nuestra labor. Y la confianza en la virtualidad de nuestras ideas se expresa en el hecho de que no intentamos imponerlas; la anarquía es el orden natural, es el desenvolvimiento libre de la vida individual y social. La revolución anarquista es la que libra a los individuos y a los grupos sociales de los obstáculos que se oponen a ese libre

desenvolvimiento. Y el obstáculo principal, el que es origen de todos los demás, es el principio de autoridad. El espíritu de autoridad vive lo mismo en los dominados que en los dominadores; hay que combatirlo en sí, y no únicamente en los que se aprovechan de él para forjar desigualdades, privilegios e injusticias.

La revolución anarquista redimirá a los hombres del pecado capital de la abdicación de la personalidad, pero la revolución anarquista no es la que se hace de acuerdo con tal o cual programa más o menos libertario, sino la que se hace por la vía de la destrucción de todo poder de Estado y de toda autoridad. Nos interesa bien poco saber hoy si la revolución futura se basará en la familia, en el grupo social, en la rama de industria, en la comuna o en el individuo; lo que nos interesa es que la construcción del orden social libre sea un producto colectivo en que los hombres no hipotequen su libertad ni voluntaria ni coactivamente. La revolución anarquista es la revolución natural hoy, la que no se deja escamotear ni confiscar por grupos, partidos o clases de autoridad.

Nosotros no tenemos mayores simpatías hacia la concepción "constructivista" de la anarquía; nos parece un tanto excesivamente intelectual y se presta a falsas interpretaciones; más bien pensamos que los anarquistas, en lugar de cifrar todas sus esperanzas en construir el orden futuro, deben pensar en los medios de resistencia y de destrucción contra todas las tentativas de reafirmación del principio de autoridad en la vida.

* * *

Rechazamos la legislación previa del orden social del futuro; rechazamos esas pretensiones de someter el desarrollo de acontecimientos que todavía no se han producido a los postulados de un programa trazado por adelantado en circunstancias tan diversas de los hechos mismos que deben regir. Y rechazamos más enérgicamente aún ese programa cuando es erigido como un decálogo para toda la sociedad.

Se dice que nada se construye sin un plan previo; pero al decir esto se tiene en cuenta al arquitecto que edifica o hace edificar una casa. Ahora bien, los hombres no son piedras manipulables a capricho y que ocupan el puesto que se les destina; al menos no serán piedras inánimes cuando despierten a la noción de sus derechos, condición previa de la revolución social.

La vida social ha resultado hasta aquí tan poco armónica porque fué construída con planes de arquitecto. Pero la sociedad que nosotros queremos no puede ser construída bajo una dirección suprema: debe ser un fruto colectivo de la experimentación y de la adhesión espontánea. No lo olvidemos: los hombres no son ni deben ser piedras y no deben ser considerados por nosotros como considera el arquitecto sus materiales de construcción. El programa que nosotros aceptamos, y eso siempre flexible y reformable, es el que tiene por objeto la labor actual y la preparación y aceleración del proceso revolucionario. Si solucionamos hoy los problemas actuales de la acción y de la propaganda libertariamente, también solucionaremos en el mismo sentido los problemas del mañana. Sostenemos que los anarquistas deben organizarse y organizar las fuerzas afines, tomar parte en la vida cotidiana, fijar las líneas generales de su acción común y aceptar los compromisos y responsabilidades que esa acción y esa propaganda entrañan. En consecuencia, nos esforzamos por atraer el pensamiento al hoy, pues en el presente está contenido el porvenir. Si trabajamos hoy, en nuestro ambiente y en nosotros mismos por la anarquía, activaremos el proceso revolucionario, del cual sólo es un episodio la expropiación de los expropiadores de la riqueza social y la destrucción violenta de la máquina gubernativa.

En relación a la acción y a la propaganda actuales constatamos una gran pobreza de iniciativas e incitamos a emplear la fecundidad del ingenio inventivo de los camaradas en ese terreno. En cambio, hallamos una superabundancia de planes de acción futura y esa superabundancia no es beneficiosa por cuanto distrae de la lucha en la realidad presente.

* * *

Con razones históricas, con episodios desfigurados por los políticos que han escrito la leyenda de nuestra civilización y con hechos económicos que sólo valen por su dura materialidad, se quiere ajustar el proceso de las ideas a las exigencias del progreso industrial de las naciones. Si económicamente se acepta todo el absurdo régimen capitalista -y sólo se le combate por su condición jurídica y por el denominativo clasista que lo distingue de los otros sistemas conocidos-, ¿por qué no se ha de aceptar también la expresión política de ese régimen: el Estado, con sus leyes y su principio de autoridad y justicia? También el desarrollo político de los pueblos, hijo de las necesidades del hombre y natural consecuencia de su evolución intelectual, está justificado en la historia. Y, sin embargo, muy pocos creen que sean eternos los sistemas de gobierno e intangible la autoridad de las castas gobernantes.

Podrán alegar quienes no encuentran otra explicación a nuestra resistencia a aceptar programas reconstructivos en nombre del anarquismo que las condiciones políticas de América son distintas a las de Europa. Nos traerán a colación los efectos morales y materiales que causó la última guerra en el viejo continente y la espantosa crisis

económica derivada de las revoluciones y contrarrevoluciones que epilogaron la devastadora y brutal carnicería de aquellos pueblos. Y agregarán aún que, por efecto de su desarrollo industrial y la potencia adquirida por el capitalismo, Europa no puede hacer otra revolución que la que supone un cambio en el funcionamiento de la enorme máquina económica alimentada con la sangre de millones de esclavos.

He ahí un cúmulo de razones históricas, económicas y psicológicas. Pero el movimiento anarquista, que se inspira en una idea universal de solidaridad y justicia, ¿está en realidad sujeto a esas diferencias económicas señaladas por el capitalismo y depende su desarrollo -y sus posibilidades de realización- de la capacidad industrial de cada país? ¿Es el capitalismo, con su desarrollo materialista, con su tendencia centralizadora y con su poder financiero, el que nos da la medida de la capacidad subversiva del proletariado y de su comprensión de los problemas del "mañana"?

La capacidad técnica del proletariado, para manejar las máquinas y para dirigir las industrias sin necesidad de los patronos y capataces que hoy las regentan, es una amplitud independiente de la concepción moral de cada individuo y de la capacidad de los pueblos para interpretar los verdaderos problemas de la revolución social. Esa diferencia de aptitudes, de tecnicismo, es obra del desarrollo capitalista: responde a las exigencias industriales de cada país. Por otra parte, aun suponiendo que el proletariado de los centros industriales esté más capacitado para la vida moderna, ¿pueden bastarse a sí mismos los obreros de la ciudad? He ahí, pues, la falla de todas esas preocupaciones por el "mañana", que se basan en hechos de "hoy": hechos que están sujetos al determinismo de todo el absurdo proceso de las organizaciones capitalistas.

El afán de prefijar el proceso de la revolución según un determinado programa político y económico lleva a muchos compañeros al linde del campo reformista. Porque, en realidad, hacen labor reformista y legislan en el presente los problemas del futuro, quienes hacen de las organizaciones proletarias órganos de reconstrucción económica. El instrumento de lucha que, según la expresión de los I. W. W., no sólo sirve de arma

para la defensa del proletariado, sino que también va creando dentro del viejo cascarón de la sociedad burguesa la sociedad del futuro.

Si el objetivo sindicalista no fuera puramente económico -si existiera una fuerza espiritual independiente de esas realidades materialistas-, la declaración I. W. W. supondría un anhelo revolucionario e interpretaría un grado superior de conciencia colectiva. Pero el sindicalismo sigue el proceso de centralización capitalista, se conforma a los órganos económicos de la burguesía y trata de ajustar su estructura como organización de clase a las necesidades creadas por el desarrollo industrial de las naciones. Quiere decir, pues, que las aptitudes técnicas y la capacidad productiva de los trabajadores marchan en relación con el progreso material y se ajustan a las condiciones económicas impuestas por el capitalismo; pero no existe una equivalencia espiritual capaz de contrarrestar la influencia del medio, siendo evidente la inferioridad del proletariado como conjunto humano que tiene una misión que cumplir en la diaria batalla contra los prejuicios políticos, religiosos y sociales.

Un pueblo apto para la vida moderna, con capacidad técnica para poner en movimiento la complicada máquina capitalista, pero moralmente incapaz de comprender los problemas de la revolución, ¿cumple su cometido con expropiar a los actuales amos y nombrar de su seno a los nuevos directores de las industrias, de las finanzas y de la política? ¿Es suficiente el arma económica para vencer la reacción, dar fin a la injusticia social y poner a los productores en posesión de los medios de trabajo, de producción y de consumo? ¿No es un hecho que no necesita profundos estudios la existencia de fuerzas reaccionarias y conservadoras dentro de la misma clase trabajadora? Casi se podría afirmar que la reacción es de naturaleza popular: que se alimenta con la inconsciencia de las masas y triunfa gracias a la incapacidad de los pueblos para comprender su misión y dirigirse en el tortuoso sendero de la vida.

* * *

Se considera a Bakounin como el verdadero creador del movimiento anarquista; en realidad, fué el que primero trató de llevar conscientemente los esfuerzos populares revolucionarios hacia la destrucción del Estado y hacia la creación de un orden social libre. Ahora bien, Bakounin no se ha dedicado nunca a inventar paraísos futuros. Nettlau apenas encontró en sus escritos publicados e inéditos algunas frases que hablen de las bellezas de la sociedad futura. Bakounin trabajó siempre en el presente, con los materiales del presente por la acción revolucionaria creadora de las masas. Bakounin no expuso en enorme propaganda ningún plan de organización del porvenir; toda su vida la dedicó a la propaganda y a la organización de las fuerzas revolucionarias de su tiempo. Sin embargo, ¿hay en el movimiento anarquista muchas personalidades que hayan hecho más que Bakounin en pro de un futuro de libertad? El gran revolucionario era un hombre fecundo en iniciativas de acción; nadie ha planeado más proyectos para la actividad actual que él. Comprendía que el futuro debe resultar de la labor presente, que el mañana está contenido en el hoy. Además, hizo resaltar en todos sus escritos que no debemos ser los creadores y constructores del porvenir, sino sus provocadores.

* * *

Los ansiosos de saber lo que haremos al día siguiente de la revolución aseguran que el anarquismo "fracasó" en Rusia o, al menos, no triunfó por faltarle un programa sólido. Jamás nos ha con vencido esa explicación y hemos respondido, por ejemplo, que nadie

había soñado con un movimiento insurreccional como el de la machnovitschina, ni Machno mismo, y, sin embargo, se produjo.

El hecho de que los anarquistas no hayan conseguido tener más influencia en los acontecimientos se debe a otras causas. Precisamente los bolchevistas se distinguen de los demás partidos por haber carecido de programa; sus afirmaciones de ayer están en contradicción con las de hoy; las de hoy serán derogadas por las de mañana. Hasta se han vanagloriado de no haber dispuesto de programa fijo, lo que les facilitó el aprovechamiento de todos los factores favorables a la consecución de su único fin claro y definido: la toma de poder. En ese sentido es tan concreto el lema de los anarquistas que contiene la destrucción del poder como el de los comunistas leninistas, que contiene su conquista. El camarada Volin, que tomó parte en la revolución rusa, nos ha confirmado en nuestras previsiones: los anarquistas han pecado en Rusia, más por exceso de planes de organización, que por falta de ellos. Cuando llegó el momento de actuar en la vida práctica, muchos de los mejores cerebros del anarquismo ruso se dedicaron a discutir sobre la organización la comuna libre, a fraguar planes para la toma de las fábricas, etc. Aquellos momentos eran propicios para tomar efectivamente las fábricas y abrirse un camino en la vida práctica, para incitar a los trabajadores a avanzar más y más por la vía de la libertad. Los hechos libertarios hubieran hecho mucha más propaganda y hubieran sido mucho más ventajosos que los planes libertarios. Aun en Ucrania, donde nuestro movimiento estaba más en contacto con la vida, los diversos periódicos *Nabat* acusan más bien exceso que falta de doctrinarismo. Hubo muchas más iniciativas en el papel impreso que en la vida real.

No; una de las causas más importantes de la escasa influencia del anarquismo en la revolución rusa, como sostiene Volin en el último número de su revista "Anarchitchevsky Wesnik" (Berlín, 1924), es la falta de una tradición popular anarquista, la falta de organizaciones y de espíritu de organización libre, la falta de un pasado anarquista de propaganda y de acción. Hay que trabajar para la sociedad futura con el material que nos ofrece la sociedad actual; el anarquismo ha sido muy poco propagado en Rusia antes de la revolución de octubre; no existió jamás en Rusia un movimiento obrero inspirado por el anarquismo. A causa de la reacción zarista o de lo que sea, los mejores militantes libertarios actuaron en el extranjero y han sido muy extraños a los medios proletarios rusos. Y la falta de un movimiento obrero revolucionario organizado en Rusia hizo que el anarquismo se perdiera en divagaciones metafísicas y se escindiera en tantas escuelas como hubo de militantes de alguna capacidad para buscar una palabra nueva.

De la revolución rusa, como de todos los grandes acontecimientos, pueden sacarse útiles enseñanzas; pero muchos camaradas parece que no dedujeron de ella más que la enseñanza dada por los bolchevistas de cómo se conquista el poder y cómo se subyuga la voluntad de las masas a la arbitrariedad de los jefes de la dictadura proletaria. En cambio, nosotros hemos confirmado en la acción de los bolchevistas, por contraste, nuestras ideas; los bolchevistas han carecido de programa, eran los únicos que al estallar la revolución no estaban preparados por resoluciones previas ni sabían en qué sentido obrar; pero aspiraban al poder y dedicaron todos sus esfuerzos a ese fin, aprovechando ágilmente las circunstancias, poniendo a su servicio los factores favorables eventuales y dando el ejemplo de una maravillosa agilidad de espíritu para los detalles.

Nosotros aspiramos al objetivo final de la revolución social: la destrucción del poder político y del monopolio económico. A ese fin supremo debemos subordinar todo lo demás, aprovechando y utilizando las coyunturas de cada día, poniendo en acción todas las fuerzas susceptibles de contribuir al logro de nuestro propósito. Esa gimnasia revolucionaria podemos hacerla ya desde hoy.

Una de las causas del éxito de los bolchevistas se debe a su débil bagaje doctrinario.

En los períodos de revuelta activa hace más una decisión rápida que el tratado más hondo y más acabado de doctrina, y para esa decisión rápida no hay que pretender que sean favorables los catecismos previos. Hay temperamentos que no aciertan jamás a decidirse, que necesitan pesar largamente el pro y el contra, que temen equivocarse, contradecirse, etc.; esos temperamentos no hacen la revolución: son gentes pasivas; los revolucionarios obran en los períodos de revolución activa intuitivamente; toman decisiones de la mayor trascendencia sin haberse roto la cabeza en reflexionar largamente sobre ellas. Y con la misma rapidez que toman una decisión, la rectifican cuando la realidad demuestra que es errónea o peligrosa. Por consiguiente, el peligro no está en tomar una decisión precipitada, sino en no tomar ninguna por miedo a equivocarse.

A la verdad se va por el error y por el ensayo.

* * *

En lugar de un programa escrito en el papel, nosotros propondríamos un programa grabado en la tradición de un movimiento revolucionario efectivo. Debemos esforzarnos por crear un ambiente libertario en el seno de las masas trabajadoras y fortificar en ese ambiente las ideas y sentimientos de la anarquía. Cuando llegue la hora de transformar violentamente las instituciones, ese ambiente libertario será una fuerza activa en medio del desencadenamiento de la confusión ideológica. Y como al producirse una conmoción social las masas de todas las categorías buscan, ansiosas, una orientación, tropezarán con la labor realizada durante muchos años por los anarquistas y verán en sus inmediatas realizaciones un camino de emancipación.

Existen gentes que quieren abarcar tanto con la distensión de sus ideas anarquistas, que, en realidad, no aprietan nada; esas gentes son las que quisieran hacer de nuestro movimiento revolucionario una vaga doctrina de filósofos. Contra ellas nosotros sostenemos que la dirección principal de nuestros esfuerzos debe ser encaminada a la creación de un movimiento social libertario como se ha hecho en la Argentina. De la existencia de ese ambiente, que será mayor o menor, arraigado en una tradición de luchas y en una historia popular viviente, y mantenido y fortificado por organizaciones revolucionarias de los trabajadores, depende el que podamos constituir una fuerza activa en la revolución.

V

EL ANARQUISMO FILOSOFICO O EL MOVIMIENTO SOCIAL ANARQUISTA

Cuando la religión era una potencia incontestable y su dominio sobre los espíritus era absoluto, las clases privilegiadas se esforzaron por fundamentar teóricamente en ella la razón de ser de sus privilegios y de sus usurpaciones. Luego vino el predominio intelectual de las ciencias naturales y los sabios de la ciencia oficial tuvieron la preocupación de deducir de sus estudios argumentos a favor del mantenimiento de la sociedad de la desigualdad y de la esclavitud del gran número a costa de la abundancia y la libertad mal comprendida de unos pocos.

También en el movimiento revolucionario, hombres como Kropotkin hicieron hábiles esfuerzos para demostrar que el anarquismo y los sentimientos de solidaridad y de apoyo mutuo son fenómenos naturales; las mismas ciencias que servían a unos sabios

para fortificar la fe en las viejas creencias del pasado sirvieron a Kropotkin para quebrantar esa fe y echar las bases teóricas de un mundo mejor.

En todo eso, primero es la acción, primero es el hecho; luego, la justificación de lo acontecido. En casi toda nuestra vida tropezamos con la misma tendencia. Obramos más bien biológica que racionalmente, pero, después de haber obrado, no nos conformamos sin elevar nuestra acción a teoría. Ya hemos dicho que casi todos nosotros nos hemos adherido al anarquismo antes de haber comprobado minuciosamente sus bases científicas y la exactitud de sus postulados; esa comprobación suele venir después de la adhesión. Al contrario, es posible la convicción de la exactitud de las reivindicaciones libertarias sin adhesión efectiva al movimiento anarquista.

De esos hechos indudablemente reales podríamos deducir estas consecuencias:

Primera. Que no debemos olvidar la tendencia casi natural a elevar a teoría o, al menos, a justificar nuestra acción o nuestras predilecciones; del hecho de actuar en pro del anarquismo dentro del movimiento obrero o en grupos de afinidad resultan concepciones teóricas y tácticas que no siempre armonizan y que con frecuencia pueden chocar tanto más violentamente cuanto más absolutos queramos ser en nuestras conclusiones particulares.

Segunda. Que el movimiento anarquista no es una mera doctrina filosófica o una secta de espíritus escogidos que propagan un decálogo social descubierto en el cuarto de estudio de un pensador.

Esta última afirmación la encontramos corrientemente en Kropotkine, uno de los anarquistas cuyos conocimientos científicos han sido generalmente reconocidos. Pero es, puede decirse, la opinión de casi todos los pensadores y propagandistas dentro de nuestro movimiento. Véase, por ejemplo, lo que decía últimamente Malatesta ("Pensiero e Volontá", Anno II, Nr. 7, pág. 154, Roma):

"El anarquismo, en su génesis, en sus aspiraciones, en sus métodos de lucha no tiene ninguna alianza necesaria con ningún sistema filosófico. El anarquismo ha nacido de la rebelión moral contra las injusticias sociales."

Aceptamos plenamente esa afirmación que hace derivar el anarquismo, no de la filosofía o del pensamiento puro, sino de la vida real, donde los hombres sufren las injusticias sociales y buscan espontáneamente un remedio. No ignoramos, ni dejamos de apreciar en todo su valor lo significado por el pensador y el filósofo en los orígenes históricos del anarquismo como movimiento social de las grandes masas; gracias a ellos se ha acelerado un proceso natural de clarificación y de concreción ideológica; muchas aspiraciones, vagas aun, se precisaron y se definieron mucho más rápidamente por la intervención de algunas personalidades de grandes valores intelectuales de lo que lo habrían hecho abandonadas a las fuerzas colectivas indecisas y lentas. Tampoco queremos significar que la labor de los pensadores y de los filósofos no tenga en el anarquismo un magnífico campo de acción propulsiva; sería desviar sofisticadamente nuestro punto de vista. Lo que afirmamos es que nuestro movimiento no es obra artificial de una secta revolucionaria o de un círculo de estudios sociales, sino fruto natural de la vida esclavizada y oprimida.

Pero si todos estamos de acuerdo en admitir el origen natural, espontáneo, popular del anarquismo, no lo estamos cuando en el trascurso del tiempo, tras un largo período de grupos de propaganda, queremos dar a esos grupos, sin darnos cuenta, el monopolio de las ideas, olvidándonos de hecho de la fuente real de nuestro movimiento.

Y aunque nunca es recomendable hacer del pensamiento un oficio, podría admitirse la razón de ser de las dos corrientes que podemos descubrir en el anarquismo desde el punto de vista de sus tácticas frente al movimiento obrero: la tendencia del anarquismo filosófico o político y la que considera al anarquismo como un movimiento social

histórico, o sea la corriente de los grupos ideológicos de propaganda y la de las masas populares que reconocen la anarquía como objetivo de sus luchas. La disidencia que surge y que ocasionalmente puede ser perjudicial para el anarquismo, entre esas dos manifestaciones de una misma aspiración, se debe, en primer lugar, a la pretensión de una o de otra de querer hacer prevalecer su método y sus puntos de vistas como superiores, negando a la otra corriente eficacia, legitimidad y verdadero valor revolucionario.

* * *

En tanto que idea, la anarquía data de tiempos inmemoriales; se descubre en varios filósofos griegos y, anteriormente, se puede perseguir a través de la Edad Media y de los tiempos modernos; también tuvo infinidad de manifestaciones activas en el curso de la historia en las revueltas incesantes de los pueblos. Pero como movimiento social consciente, el anarquismo es contemporáneo, podría decirse; aún existen en cada país camaradas que asistieron a su nacimiento. Diríamos que fué en la época de Bakounin cuando el anarquismo adquirió las formas modernas de movimiento popular consciente. Fué en los países latinos donde el movimiento obrero aceptó desde el principio una dirección revolucionaria y se declaró anarquista; no porque el anarquismo fuera propuesto por Bakounin, sino porque esas ideas respondían al estado mental de esos pueblos y tenían ya una cierta base en las experiencias vividas y en las tradiciones del país. Cuando el movimiento obrero despertó allí como fuerza consciente, fué revolucionario, aceptó ideas y tácticas revolucionarias. Y para los primeros internacionalistas latinos hubiera sido incomprensible el pensamiento de una organización obrera divorciada de las ideas revolucionarias o de las ideas revolucionarias divorciadas de la organización correspondiente. Por eso, en España era usual en las filas proletarias y en la Prensa obrera esta fórmula: "En religión somos ateos, en economía, colectivistas y en política, anarquistas". También en Italia se adoptaba por la Internacional el ateísmo, el federalismo y el anarquismo como finalidad de las luchas y aspiraciones del movimiento obrero. Queremos transcribir algunos párrafos de la declaración de principios que sirvió de base de la propaganda y de la acción revolucionaria de la Internacional italiana, aprobada en el Congreso de Bolonia en marzo de 1873; decían así nuestros precursores:

"Considerando que todo idealismo político y religioso se traduce prácticamente en opresión y monopolio;

que, teóricamente, Dios es un absurdo y sirve siempre en la práctica de consagración y de pretexto para todas las tiranías y para todas las explotaciones del hombre por el hombre,

El Congreso se declara *ateo y materialista*.

Considerando

que todo Estado, aun el más popular, basado en el sufragio universal más amplio, contiene en sí la idea y el hecho de la dominación, y tiene por resultado la esclavitud de las multitudes populares sacrificadas a una minoría gubernativa cualquiera;

siendo Estado y dominación, esclavitud y miseria popular términos inseparables;

que la libertad y el bienestar de las multitudes populares exigen como la forma de organización posible la libre y espontánea asociación de abajo a arriba y las federaciones de las libres asociaciones o comunas, aconsejadas por su propio interés, por sus simpatías y aspiraciones;

debiendo sustituir en todo y por todo la administración autónoma de los intereses de las multitudes obreras al gobierno político.

El Congreso se declara *anarquista federalista* y reconoce que las masas no deben sufrir más la autoridad de jefes oficiales o llamados revolucionarios..."

En ese fragmento de la resolución de un Congreso obrero tenemos dos afirmaciones terminantes que el sindicalismo posterior no se atrevió a hacer por temor a perder miembros: el ateísmo y el anarquismo. Para nosotros, que estamos en el mismo plano de esos internacionalistas de la primera hora, no deja de tener sus dificultades la comprensión de un movimiento obrero puro, es decir, de un movimiento obrero que no tiene ningún objetivo de sus luchas, ni siquiera la emancipación de los fantasmas divinos que dominaron la mentalidad humana durante tantos milenios o la abolición de un Estado que se reconoce instintivamente como causa de desigualdad y de guerra del hombre contra el hombre.

Cuando el anarquismo, ese movimiento espontáneo de los oprimidos y explotados hacia la libertad, dispuso de un vasto conjunto de ideas filosóficas y morales; cuando las aspiraciones populares hacia la libertad fueron discutidas en los libros, nació la idea de que las masas carentes de instrucción no podían comprender ese bello ideal de futuro y se trató de apartarlas de él. Lo mismo pasó también con el ateísmo: hubo durante buen número de años vacilaciones para propagarlo abiertamente en las organizaciones obreras, y aun hoy, lo que podríamos llamar sindicalismo clásico, no se atreve a proclamarse ateo, sosteniendo que el movimiento obrero, por su heterogeneidad, debe respetar todas las ideas y creencias, es decir: sosteniendo que el movimiento obrero no ha nacido, naturalmente, para la revolución, sino, a lo sumo, para negociar con los capitalistas en pro de mejores condiciones de salario y más corta jornada de trabajo.

El movimiento obrero reformista es una degeneración del moderno movimiento obrero, que tuvo en todas partes una significación revolucionaria, en Inglaterra, en Francia, etc. Tan solo cuando se hizo dos cosas, organización obrera y revolución, del todo primitivo, vimos el fenómeno del movimiento obrero sirviendo para todos los fines imaginables.

Nosotros debemos volver por los fueros de la concepción primitiva, que asociaba la revolución a los movimientos populares; si no conseguimos atraer a la ruta natural todo el mundo del trabajo, recojamos la parte que no ha perdido la noción de la significación de las luchas proletarias actuales y obremos como minoría obrera organizada. De esa manera mantendremos mucho más el contacto con las grandes masas, aun las adversas a nuestras ideas o las extraviadas por los demagogos y los explotadores de los anhelos revolucionarios y los sentimientos de solidaridad de los explotados y los oprimidos, que si subimos a la torre de la filosofía y pretendemos influir desde allí en la vida real.

Todo el socialismo moderno ha reconocido la finalidad anarquista de la revolución social que encarna el movimiento de los trabajadores. El propio Marx, el propio Engels, Lenin, todos los grandes socialistas autoritarios han condenado el Estado y reconocido que el porvenir pertenece a la anarquía, que nuestros esfuerzos revolucionarios deben converger hacia la anarquía y no hacia la fortificación del Estado en el porvenir. Recién, en los últimos años, siguiendo un proceso de descomposición iniciado ya mucho antes de la guerra mundial, se trata de reaccionar contra ese pensamiento y esa es una prueba del abandono de los últimos restos de socialismo en nuestros antiguos hermanos de armas, los autoritarios, que eran autoritarios por inspirar al mismo objetivo que nosotros por medio de la autoridad, no porque quisieran el establecimiento de una nueva sociedad con amos y esclavos, con explotadores y explotados.

Decir que las grandes masas no están en situación de comprender las reivindicaciones de la anarquía es un subterfugio más bien que un argumento para librar el movimiento obrero de nuestra influencia, pues, aparte de ser el anarquismo algo inherente a la historia misma, no tiene en sus postulados más que reivindicaciones accesibles a todas

las inteligencias, en cualquier grado de cultura en que se encuentren, aunque, naturalmente, como para todo progreso, es preferible el hombre en cierto nivel mental, por ser capaz de deducir más consecuencias y de ampliar la significación de las ideas de libertad y de igualdad, viendo en ellas más motivos de atracción.

* * *

Se dice también que los pueblos son materialistas, que no conocen las grandes idealidades, que no se mueven en pos de "abstracciones". Pero ahí está la historia religiosa y en ella no se puede negar que grandes masas humanas han hecho los sacrificios más grandes, incluso el de la vida, por ilusiones que les parecían contener la suprema verdad y el supremo bien. No están lejanos aún los tiempos en que la ilusión de la república hizo correr ríos de sangre proletaria, derramada en la creencia de luchar por un mundo mejor. Aquellos mismos que presentan la panacea de la papeleta electoral a las masas, sostienen que las multitudes semianalfabetas no son capaces de comprender la filosofía anarquista, que se resume en postulados tan sencillos como el de la sustitución del Estado por las libres federaciones de los trabajadores libres. Podría decirse todo lo contrario, que el idealismo histórico de los pueblos ha sido demasiado grande y que su preocupación por las cosas materiales y concretas fué excesivamente pequeña.

Las palabras libertad, fraternidad, igualdad son abstractas para quienes ven el mundo a través de abstracciones; para los hombres sencillos, que no han sido envenenados o perturbados por las divagaciones filosóficas, esas palabras tienen un sentido concreto, palpable, podría decirse, nacido directamente de su situación y de sus aspiraciones instintivas.

No hay, tampoco, que olvidar que los movimientos revolucionarios no van a remolque de las teorías filosóficas o científicas; es todo lo contrario lo que se aproxima más a la verdad. Las masas que se adhirieron al movimiento cristiano primitivo estaban, en relación a los teólogos del cristianismo, como las que se adhieren a las ideas anarquistas en relación con los filósofos y pensadores anarquistas. Incluso puede suceder que se tome un nombre como bandera, sin que eso signifique conocer a fondo las ideas de ese nombre simbólico. ¡Cuántas luchas no han tenido lugar en los últimos cincuenta años entre marxistas y bakunistas, y, sin embargo, cuán poco se ha leído a Marx y a Bakunin! Es que tanto individual como colectivamente, pero más colectiva que individualmente, se siente una tendencia a forjar símbolos que concretan nuestros deseos y aspiraciones, y la humanidad se mueve tras esos símbolos creados por ella misma como tras los más concretos de los programas. Para el cristiano era la cruz todo el resumen de sus anhelos emancipadores; la bandera roja ha sido también un símbolo más elocuente para las grandes masas que los libros mejor escritos. No esperemos que nuestra revolución, la revolución social de los oprimidos y los explotados, haya de diferir sustancialmente en su desenvolvimiento de las revoluciones anteriores. El mismo mecanismo psicológico que ha producido los grandes movimientos históricos de las masas pondrá en acción las fuerzas colectivas que han de destruir el fetiche estatal y todas las instituciones del privilegio y construir el nuevo orden social de libres y de iguales.

* * *

Pasemos a examinar la posición de un camarada que disfruta de una merecida influencia en el movimiento anarquista, por ejemplo Malatesta, en lo que se refiere a la cuestión del anarquismo en el movimiento obrero. Entre su afirmación del origen

popular espontáneo de nuestro movimiento y su acción práctica nos parece descubrir un cierto antagonismo. Y es que ha elevado a teoría la acción propagandista desde los grupos de afinidad fundados al desaparecer la vieja Internacional a causa de las formidables persecuciones de que fué objeto en todos los países y otras razones que no vamos a investigar aquí. Los grupos de afinidad de los anarquistas han tenido su razón de ser en su tiempo como sistema de organización de los militantes, pero su cristalización marca una línea divisoria entre nuestras ideas y la fuente madre de donde éstas surgieron.

El anarquismo, como partido político revolucionario, se ve privado de su fuerza principal y de sus elementos vitales; el anarquismo es un movimiento social que adquirirá tanto mayor poder de acción y de propaganda cuanto más íntimamente quede en el medio ambiente nativo. Ahí están los ejemplos de Inglaterra, de Estados Unidos, de Italia misma. En Inglaterra, campo de acción de hombres tan extraordinarios como Kropotkin, el anarquismo no fué más que un movimiento intelectual, sin eco en las masas proletarias; cuando faltó el inspirador directo de la influencia en ciertos círculos escogidos, todo desapareció. En Estados Unidos, campo de acción de propagandistas de la talla de Johann Most, de Emma Goldman y otros, sucedió lo mismo; se quiso propagar el anarquismo como se propagaría cualquier credo político y no pudo penetrar en las masas obreras. En lugar de despertar el anarquismo latente en el proletariado oprimido, y fortificarlo, acelerando su desenvolvimiento, se quiso predicar un anarquismo filosófico de arriba a abajo, y cuando por una causa o por otra los inspiradores de esa propaganda dejaron de hallarse presentes entre los adeptos ganados para el nuevo pensamiento revolucionario, las apariencias de movimiento desaparecieron con una rapidez asombrosa. Y si tomamos el ejemplo de Italia vemos una cosa que el socialismo moderno nació allí anarquista; el legalitarismo apenas era conocido en los primeros tiempos. Cuando nuestros camaradas tuvieron en sus manos la propaganda internacionalista, se puede decir que no había más movimiento revolucionario que el encarnado por su acción y su propaganda. Intervinieron las persecuciones, los destierros y por consiguiente un forzoso divorcio con las masas trabajadoras italianas. Fué entonces cuando el socialismo autoritario aprovechó la oportunidad para ir sentando sus reales sobre el campo que dejaron libre los anarquistas de la primera hora. Según nuestra opinión, si los camaradas italianos hubieran continuado, como en España, la senda abierta por la vieja Internacional, habría habido mayores probabilidades de obstaculizar la aparición del socialismo autoritario, que hoy es muy superior en fuerza a nuestro movimiento en ese país.

Tenemos dos países típicos en apoyo de nuestra tesis de la armonía del anarquismo con el movimiento de las grandes masas, dos países en que nuestras ideas tuvieron siempre más influencia sobre el proletariado revolucionario que cualquier otra doctrina: España¹ y Argentina. En estos países se consideró tradicionalmente el anarquismo, menos como una filosofía que como un movimiento de masas tendiente a la destrucción del Estado y del capitalismo. En España y en la Argentina el socialismo autoritario no pudo competir jamás con el anarquismo, porque si es cierto que no abundaron los grandes filósofos y pensadores anarquistas, se comprendió desde el principio que la raíz del anarquismo estaba en el mundo del trabajo y se fué consecuente con esa convicción, no abandonando ni por un momento la base natural de acción libertaria a las ambiciones de los adversarios de la libertad.

¹ Queremos pasar por alto la serie de desviaciones prestigiadas por los camaradas más significados de la actual Confederación Nacional del Trabajo de España desde 1918 en adelante. Últimamente, en el período de SOLIDARIDAD PROLETARIA de Barcelona, (Octubre, 1924 a 1925) la desorientación ha sido aun mayor que antes y al parecer más consciente, pero esperamos que ha de ser pasajera.

Es preciso reconocer a Malatesta los esfuerzos realizados para que los anarquistas no perdieran el contacto con las masas obreras, pero también es cierto que sus esfuerzos, en la forma que los ha aplicado, tenían que ser por fuerza inútiles, en primer lugar por considerar el proletariado como un todo susceptible de ser influenciado por nuestras ideas, pero no de aceptarlas como suyas. En una palabra, Malatesta, que confiesa que el anarquismo no es ningún descubrimiento de filósofos, sino un sentimiento natural de los sedientos de justicia y hambrientos de pan, no llega a desprenderse de un cierto temor a poner en manos del proletariado revolucionario la suerte de nuestras ideas y prefiere conservarlas en una minoría de "iniciados". Su aspiración a no perder el contacto con las masas, indica ya que ese contacto se pierde muy fácilmente en la forma que él entiende la propaganda del anarquismo. Para nosotros, que formamos parte de las masas y que por las bases que damos a nuestras organizaciones de propaganda y de lucha no podemos menos que actuar en el ambiente de las grandes masas explotadas y oprimidas, no existe la preocupación de Malatesta, por la sencilla razón de que en lugar de esforzarnos por entrar en contacto con el pueblo que trabaja y que piensa, nos esforzamos por no separarnos de él en tanto que defensores y propagadores de un credo político o social, pues entendemos que ese supuesto credo pertenece a las grandes masas y no a las minorías de filósofos o de pensadores.

Sigamos cronológicamente algunas afirmaciones de Malatesta.

En el congreso de la primera Internacional celebrado en Berna en octubre de 1876, pronunció Malatesta un discurso que armoniza perfectamente con la idea de que el anarquismo no es ninguna secta de filósofos o de revolucionarios políticos guiados por un decálogo social; refiriéndose a la organización social futura, decía: "Si quisiéramos prescribir líneas a la revolución, se caería en el socialismo artificial, anticientífico, socialismo de gabinete de los siglos pasados; y nosotros combatiremos como reaccionaria esta tendencia" (de *Il Martello* de Fabriano, citado por Luigi Fabbri).

Ese punto de vista sobre la legislación previa del porvenir, que aceptamos nosotros, nos parece corresponder a la esencia íntima del anarquismo y todo desconocimiento de su contenido implicaría la transformación del movimiento social anarquista en un movimiento político o sectario.

En el congreso anarquista de Amsterdam de 1907, Malatesta, aprovechando la oportunidad de la defensa del sindicalismo hecha por el entonces anarquista Monatte, ha sabido resistir perfectamente la nueva doctrina y en esa tendencia no podemos menos de estar a su lado. Reconoce que es un error la concepción absoluta de los intereses proletarios frente a la burguesía, "porque hay luchas de intereses hasta entre algunas categorías de obreros y alguna vez sucede que los intereses de una categoría están más cerca de los intereses de una dada categoría de patronos que de otra categoría de obreros". Efectivamente, en el terreno de los intereses momentáneos en que quiere colocarse el sindicalismo, la pretendida unidad de clase no deja de estar en contradicción diaria con los hechos reales. Pero si Malatesta considera que en los intereses momentáneos y particulares, la unidad de clase es un mito, admite esa unidad sólo en vista de la transformación completa de la sociedad. Según nuestra manera de ver, la tan decantada unidad es igualmente una ilusión, tanto con respecto al porvenir como con respecto al presente. Para que la unidad proletaria se establezca sobre la base de la anarquía, debe ser la anarquía ya una realidad, y en ese caso la unidad que se establecerá será humana, no la de una sola clase. Nosotros entendemos que la revolución que va más allá de todas las clases puede ser defendida perfectamente por una fracción proletaria, mucho mejor que por una secta revolucionaria, y si bien estamos conformes con el completo rechazo de la ideología sindicalista, consideramos que las organizaciones sindicales, que se producen espontáneamente en el sistema

capitalista, pueden aceptar íntegramente la anarquía y guiar sus luchas por ese ideal; aspiramos a llevar nuestro convencimiento a todos los trabajadores, a todos los seres humanos y para ese fin aceptamos el medio obrero apropiado, que es naturalmente una minoría y lo será dentro de la sociedad actual. La historia nos pone ante el hecho cumplido de infinitas tendencias dentro del proletariado y de la burguesía y misma imposibilidad existe para llevar al convencimiento de todos los trabajadores que su interés está en la revolución social libertaria e igualitaria, que para llevar a la humanidad entera a la misma comprensión. Por eso aceptamos las fuerzas afines y actuamos con ellas, sin forjarnos el dogma de una unidad de clase cualquiera. Malatesta, contenido por la tradición de los proletarios como entes adversarios naturales de los burgueses, aunque advierta la debilidad de esa tradición, en lugar de formar en el ambiente obrero, que reconoce un fenómeno universal, una fuerza afín, en contacto con todo el resto del proletariado, parece preferir la formación de un partido de propagandistas; ahí está nuestra disidencia. Según él, las fuerzas obreras minoritarias organizadas, no pueden aceptar el anarquismo, no pueden ser anarquistas y nosotros no debemos pretender tampoco que lo sean. (*Pensiero e Volontà*, Anno II. N.º 6. Roma). En ese sentido se ha expresado últimamente estimulado por nuestras objeciones; parte de dos ideas falsas: que la organización obrera responde únicamente a la lucha por mejores condiciones de vida en la sociedad actual y que el sindicato es algo independiente de nuestro movimiento. Frente a esas concepciones hemos sostenido nosotros que la organización obrera no debe considerarse como algo uniforme, pues sirve para todos los fines a que se la destine, lo mismo para la revolución que para la reacción, y en segundo lugar admitimos que *el sindicato puede ser uno de los órganos más legítimos del movimiento anarquista*, porque no rompe con la idea sostenida también por Malatesta del origen espontáneo y popular de nuestros ideales.

Aceptamos cuantas críticas se hagan al sindicalismo como doctrina y no perdemos de vista las desviaciones reformistas que pueden alentarse fácilmente en los grandes organismos obreros; pero ante los peligros reformistas de los grandes sindicatos y las desviaciones stirnerianas de los grupos de afinidad, no sabremos decidirnos.

* * *

Al referirnos a nuestra disidencia frente a Malatesta en este punto de la organización obrera, entramos en un terreno sumamente delicado, porque, aparte de las afirmaciones circunstanciales que no pueden considerarse aquí como componentes de su doctrina, hallamos puntos de vista que en teoría corresponden exactamente a los nuestros. Cuando advertimos claramente la divergencia es cuando exponemos nuestra tesis del *movimiento sindical anarquista*, y cuando refutamos la *unidad del proletariado*; Malatesta nos responde que lo primero no es posible (nosotros recordamos en contra la Internacional italiana de que Malatesta fué uno de los fundadores) y que lo segundo debe ser respetado. Ahora bien, si nos cerramos la posibilidad de actuar en el mundo del trabajo como fuerza autónoma, contentándonos con monopolizar el movimiento anarquista en los pequeños grupos de propaganda, nuestro porvenir nada tiene de prometedor. Malatesta mismo ha escrito lo siguiente (*Freedon*, noviembre de 1907, Londres):

"No nos basta -aunque eso es ciertamente útil y necesario- elaborar un ideal lo más perfecto posible, y formar grupos para la propaganda y la acción revolucionaria. Debemos convertir a nuestro ideal la gran masa de los trabajadores, porque, sin ella, no podemos ni derribar la sociedad existente ni construir una nueva. Y puesto que para que la gran masa de los proletarios se levante del estado de sumisión en que vegeta y llegue

a la concepción del anarquismo y al deseo de realizarlo, *es preciso una evolución que no se opera únicamente bajo la influencia de la propaganda*; puesto que las lecciones que se derivan de los hechos de la vida cotidiana son mucho más eficaces que todos los discursos doctrinarios, debemos tomar absolutamente una parte activa en la vida de las masas, y emplear todos los medios que las circunstancias nos permiten para despertar gradualmente el espíritu de revuelta y mostrar a la masa, con ayuda de los hechos el camino que conduce a la emancipación”.

Para eso, indudablemente, el mejor medio es el movimiento sindical; Malatesta mismo lo reconoce.

¿Por qué pues no aceptar la formación de un movimiento sindical propio, con el programa del anarquismo, compuesto por anarquistas y simpatizantes que demostrarán prácticamente al resto de los trabajadores, con quienes conviven diariamente en la vida productiva, los métodos más eficaces de lucha y el verdadero fin de todos nuestros esfuerzos?

Malatesta nombra todos los defectos del sindicalismo, que quiere confundir con movimiento sindical, cosa que nosotros no hacemos, porque si rechazamos la doctrina sindicalista eso no quiere decir que rechazemos el movimiento obrero. Indica el peligro de aceptar puestos en los sindicatos, la desviación del funcionarismo, etc., peligros que el movimiento sindical anarquista de la Argentina no ha conocido nunca y que en cambio se perciben en organizaciones específicas anarquistas de Europa.

Como, según él, el sindicato está abierto a todos los obreros, no puede admitir oficialmente una determinada doctrina. “Los anarquistas -escribe en *Pensiero e Volantà*- deberían luchar en los sindicatos porque permanezcan abiertos a todos los trabajadores de cualquier opinión y de cualquier partido con la sola condición de la solidaridad en la lucha contra los patrones”. Si el sindicato no fuera fundado más que para eso y sobre esas bases, su valor revolucionario sería equivalente a cero. En la realidad no existen tales sindicatos abiertos a todos los obreros de todas las tendencias en ningún país; aunque se proclamen políticamente neutrales no por eso están enfeudados menos a un partido o a un sistema de ideas y de tácticas predominantes, llámesele como se quiera. En la realidad, que Malatesta no tiene derecho a desconocer, tampoco les está permitido a los anarquistas hacer propaganda de sus ideas en el movimiento sindical enagenado a otras tendencias reformistas o revolucionarias. Si dejamos las teorías a un lado y estudiamos las posibilidades de acción en el mundo del trabajo, tenemos que deducir estas conclusiones:

O bien nos creamos en el proletariado una fuerza organizada afín, o bien, debemos despedirnos de ejercer una influencia cualquiera en el movimiento sindical. No existe otra salida.

En cuanto a que los sindicatos deben permanecer abiertos a todos los obreros en tanto que obreros, es una opinión que no podemos compartir; el mismo Malatesta reconoce que en ciertas categorías de oficio se siente más afinidad de intereses con el capitalismo que con el proletariado; y si un sindicato es fundado sobre una base revolucionaria, ingresarán en él los que reconozcan la orientación admitida, o simpaticen con ella. El sindicato esta abierto para todos los hombres sin distinción de nacionalidad, de color, de edad o de sexo, pero abierto para todas las tendencias, es cuestión discutible. Si en la teoría se admite por algunos semejante punto de vista, en la práctica prevalece el sindicato *con una orientación*, reformista o revolucionaria, que excluye el predominio o la propaganda de otras tendencias.

* * *

De las ideas de Malatesta se deduce lógicamente una concepción política o filosófica del anarquismo y en última instancia surge la organización específica del anarquismo que quiere hacer de nuestro movimiento un partido de propagandistas de un nuevo credo, en lugar de conservarle por su integración en las aspiraciones de los explotados y oprimidos su carácter originario de movimiento social característico de un período de desenvolvimiento humano. El anarquismo político se priva por una parte de alimentarse en la fuente principal de nuestro movimiento, que son las masas rebeldes a la autoridad y a la explotación, y, por otra, se condena a una impotencia que se revela en toda su magnitud cuando carece de personalidades famosas en el ambiente popular. Frente a ese anarquismo filosófico o político presentamos nuestra concepción y nuestra realidad de movimiento social anarquista, vastas agrupaciones de masas que no eluden ningún problema del anarquismo filosófico y que toman al hombre tal cual es, no sólo como adepto de una idea, sino como miembro de una fracción humana explotada y oprimida.

Para crear un movimiento sindical concordante con nuestras ideas -el movimiento obrero anarquista- no es necesario "embutir" en el cerebro de los obreros ideas que no conciben o contra las que guardan rutinarias prevenciones. La cuestión es otra. Nosotros, en oposición al concepto marxista de que la clase obrera, en razón a sus intereses económicos, forma en sí misma una entidad social homogénea, sostenemos que el proletariado es, como fuerza revolucionaria, lo que ideológicamente representa y lo que moralmente vale.

El movimiento social contemporáneo, pese al factor económico, se inspira en principios ideológicos y es, por lo que realiza y por lo que esboza teóricamente, la viva representación de los antagonismos que diariamente se suscitan en el campo de las ideas. Lejos, pues, de eludir esa cuestión capital, los anarquistas debemos contribuir a ese proceso de diferenciación que va creando un verdadero carácter a las luchas económicas. ¿Que así contribuimos a dividir, más de lo que está, a la clase trabajadora? Si; pero en esa división está la vitalidad del movimiento revolucionario, que no puede ser un movimiento de fuerzas disciplinadas, de ejércitos sometidos a la voz de mando de los jefes, de rebaños humanos que aportan a la lucha su fuerza pasiva y los imperativos de su instinto.

Los anarquistas debemos crear un instrumento de acción que nos permita ser una fuerza actuante y beligerante en las luchas por la conquista del futuro. El movimiento sindical puede llenar esa alta misión histórica, pero a condición de que se inspire en las ideas anarquistas. ¿Que esto es demostrar una excesiva intolerancia y hasta un propósito dictatorial? Descartado el hecho de que nosotros pretendamos imponer a todo el proletariado nuestras concepciones -y para ello tendríamos que apelar a la disciplina y descender al campo de los litigios puramente económicos- no hay en nuestros propósitos nada que atente a la independencia de las demás fracciones políticas o ideológicas que desarrollan sus actividades en el campo obrero.

Hemos dicho y repetido que no vemos en el proletariado una clase social subordinada enteramente a sus necesidades económicas y, en consecuencia, consciente de su inferioridad como clase y dispuesta a reivindicar sus derechos. Aun existiendo en una parte del proletariado esa "conciencia de clase", únicamente sirve como elemento de juicio para combatir a la burguesía, para inmediatas reivindicaciones económicas, quedando todo el problema social subordinado a las diversas interpretaciones ideológicas. El odio común al burgués y las comunes necesidades del asalariado pueden determinar, en un momento dado, esa unidad de clase". Pero en cuanto se pone en el tapete el problema social, surgen los antagonismos y sobreviene la división. ¿Cómo armonizar en una huelga a los que sostienen la necesidad de someter sus exigencias a un tribunal arbitral y los que se oponen a toda medida de conciliación

basando su triunfo en la acción directa y revolucionaria? Y en el supuesto de que los trabajadores se encuentren frente a la realidad de una revolución triunfante, ¿acaso conservan por ello su "unidad de clase"? ¿No surge de inmediato el problema ideológico, determinando el choque entre los partidarios de las diferentes teorías de reconstrucción social?

La organización del trabajo, aparte de sus objetivos económicos inmediatos -defensa del salario y lucha contra las reacciones capitalistas-, es la síntesis, en sus variados aspectos y en sus múltiples actividades, de los principios políticos e ideológicos que llevan al terreno de la lucha social sus lógicos e inevitables antagonismos. Los anarquistas no queremos evitar ese choque de opiniones; queremos, sí, crear un medio propio de influencia en el movimiento obrero, una tendencia sindical que sea la viva representación de nuestras ideas y el arma de lucha para combatir, no sólo al capitalismo y al Estado contemporáneos, sino también a los capitalisms y Estados en embrión: la teoría marxista y sus diversas manifestaciones autoritarias, tanto en el terreno de la política electoral como en el campo sindical.

No se puede decir que no exponemos claramente lo que opinamos respecto al sindicalismo. ¿Que hay compañeros que no opinan así? Con razones y no con palos se ha de conquistar el mundo... Y esas razones es necesario exponerlas, para que nos entendamos, si es posible llegar al entendimiento sobre cuestiones que posiblemente nos coloquen a distancias imposibles de ser ganadas de un zancazo.

* * *

No pocos compañeros sostienen la necesidad de mantener las organizaciones obreras libres de toda influencia política o ideológica. Parten del supuesto -grave error que los hechos se encargan de rectificar constantemente- que el Sindicato representa por sí mismo un propósito revolucionario, capaz de contener los principios doctrinarios más opuestos y de establecer una línea general de conducta a los trabajadores, en la realización de sus conflictos económicos, eludiendo el antagonismo de las diversas tendencias que se manifiestan en el seno de los órganos de resistencia al capitalismo.

Si la cuestión social estuviera reducida a ese litigio económico, a esa puja de salarios y reducción de la jornada de trabajo y a ese choque de explotados y explotadores, el sindicalismo constituiría el mejor elemento de defensa para la clase trabajadora y el medio natural y permanente para su conservación como clase. Pero el problema económico, pese a su importancia actual, es correlativo al desarrollo del capitalismo e interpreta un sólo aspecto del problema humano. ¿Qué solución puede ofrecernos el sindicalismo, aun después de expropiada la actual casta parasitaria? Se considera el legítimo heredero del régimen que aspira a vencer y basa su futura resistencia en la continuación del sistema económico que le dió vida y le facilitó todas sus armas de lucha.

El proletariado, si bien puede ser considerado como una clase económicamente bien determinada, aparece en el escenario social como un conjunto heterogéneo de individualidades y de grupos pensantes, con ideas y aspiraciones divergentes. - Hablamos, naturalmente, del proletariado militante, porque la masa de esclavos que aceptan resignados el yugo capitalista y desempeña funciones pasivas en todos los órdenes de la actividad no juegan ningún papel histórico ni, mucho menos, contribuyen al aceleramiento del proceso de descomposición del régimen capitalista- ¿Cómo, pues, puede el sindicalismo constituir por sí mismo una doctrina revolucionaria, si, en realidad, sólo es el exponente de necesidades económicas e interpreta pura y exclusivamente intereses materiales de la clase obrera?

Para nosotros, la organización del proletariado es una necesidad resultante de sus condiciones económicas. Pero ese imperativo no interpreta todo el problema social ni puede tampoco solucionarlo radical y racionalmente. De ahí la necesidad de no eludir las orientaciones ideológicas de los Sindicatos obreros, para que representen de hecho funciones emancipadoras en el presente y sus componentes sean en el futuro la fuerza consciente que destruya el régimen de la explotación económica y de la servidumbre moral que pesa sobre el cuerpo y el espíritu de la humanidad envilecida y atormentada.

No se crea que esta aspiración está fuera de la realidad y de la naturaleza de las organizaciones proletarias. El alegato de los sindicalistas puros respecto a la independencia política e ideológica de los Sindicatos obreros no interpreta la verdadera situación del proletariado militante. Las organizaciones obreras no pueden eludir la influencia de las diversas teorías sociales que tienen su campo de acción en la masa explotada, porque, en realidad, se compenetran con esas teorías y están encadenadas al proceso evolutivo del mundo, que sólo se explica teniendo en cuenta el progreso moral e intelectual de los pueblos.

El temor a llevar el anarquismo a los gremios obreros fué siempre la causa de nuestra impotencia como minoría revolucionaria. Mientras los anarquistas renunciaban a la propaganda doctrinaria en los Sindicatos y deponían su intransigencia en holocausto a una ficticia unión de clase, los políticos marxistas se infiltraban en las organizaciones proletarias y modelaban según su ideología autoritaria la mentalidad del proletariado. Y sólo así se explica que el sindicalismo, a pesar de su aparente independencia y de sus declaraciones revolucionarias, haya desarrollado una acción puramente económica concordante con el reformismo de los políticos marxistas.

* * *

Los acontecimientos de estos últimos años -la guerra, que no evitaron los millones de obreros organizados en las centrales sindicales de Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, Estados Unidos; la revolución rusa, que la hizo el proletariado, pero de la que se aprovechó una minoría audaz- son hechos lo suficiente elocuentes para destruir esa creencia en el valor subversivo de las masas sometidas a una dirección única y a la disciplina de los jefes sindicales.

El prejuicio unitarista, ese temor de escindir organizaciones incapaces de moverse por impulsos espontáneos de energía revolucionaria, es, a nuestro juicio, el que impide a los anarquistas desarrollar su acción en el seno del proletariado. La crítica al reformismo, mantenida en los Sindicatos sometidos a la “disciplina sindical”, no logra destruir el poder dictatorial de la burocracia sindicalista. Al que se opone a las resoluciones de los jefes, al combate de los errores de táctica o pone en descubierto las maniobras de los ambiciosos, se le anula fácilmente: se le pone por delante el “código sindical”, los estatutos que legislan deberes para la masa y derechos para los directores, se le acusa de divisionista o de agente de la burguesía y la masa levanta la mano y sanciona la excomunión del descontento.

Llegamos, por lógica consecuencia, a esta conclusión: los anarquistas no pueden sustraerse a la lucha contra el capitalismo ni deben ser en los Sindicatos elementos pasivos que siguen a remolque de los acontecimientos. Necesitan crearse, en el movimiento obrero, su esfera de influencia para que los Sindicatos -al menos en aquella parte del proletariado que acepta nuestros principios libertarios y está en oposición a los partidos políticos- sea un movimiento revolucionario definitivamente anarquista.

Para llegar a esta necesaria y urgente conclusión es necesario que los anarquistas rechacen ese tradicional prejuicio unitario, que sólo favorece a los elementos

reformistas: a los aspirantes a diputados y a los profesionales del funcionalismo sindical. El Sindicato es un medio de acción y su finalidad revolucionaria debe ser el comunismo anárquico. Y nunca, ni aún en nombre de una ficticia unidad de clase, deben ser sacrificados los principios a los medios: la concepción revolucionaria al instrumento que empleamos para ejercitar al proletariado en la lucha contra las instituciones imperantes.

* * *

Al calor de las luchas obreras y amparándose en las palabras de orden del socialismo, una nueva burguesía cimenta su poder sobre el despojo de la vieja burguesía y un Estado pseudo obrero reclama la legitimidad del Gobierno, que usurparon hasta ahora las castas superiores... Si el panorama social es hoy casi el mismo de hace medio siglo, ¿cómo es posible que mantengamos la creencia de que la revolución puede venir por el empleo de métodos que consagró una época ya pasada?

He ahí la necesidad de una rectificación, no en las teorías anarquistas, en los sentimientos y en la ética del anarquismo, sino pura y exclusivamente en la norma de conducta de los militantes. Son los métodos de lucha los que debemos cambiar. Y ese no es un problema de revisión; es la obligada consecuencia de nuestras acciones como partícipes en la lucha de la libertad contra la tiranía.

Nosotros hemos abogado siempre, y principalmente en estos últimos años de confusión y de duda, por que los anarquistas dieran una interpretación adecuada al movimiento revolucionario. Sin desconocer el valor de la propaganda puramente teórica, cultural, definidora de ideas, creemos que debemos entregarnos con más decisión a la crítica de las tendencias adversas y oponer una corriente efectiva en el movimiento obrero a los políticos y politicantes que hacen de los Sindicatos el pedestal de fáciles conquistas. ¿Qué importancia puede tener la opinión anarquista si se empeña en ignorar el valor de la organización proletaria y se empecina en mantenerse al margen de las grandes agitaciones populares? ¿Acaso es posible orientar a las masas colocándonos fuera de su órbita de acción o por encima de ellas?

Se dirá que hoy, la mayoría de los anarquistas, acepta en principio su participación en el movimiento obrero. Pero muchos compañeros organizadores, además de aceptar circunstancialmente ese medio de lucha, bajan a los Sindicatos a hacer teoría. Pretenden officiar de maestros, pero sin compenetrarse de las características de sus discípulos. De ahí que reduzcan su acción a seguir las agitaciones y los impulsos de la masa obrera, sin oponer a las corrientes que predominan en los Sindicatos el cauce de una nueva idealidad.

No es posible ganar a los trabajadores para las ideas anarquistas empleando el método de la neutralidad ideológica y de la no beligerancia en las luchas internas del movimiento obrero. En el movimiento obrero se reflejan todas las tendencias políticas, religiosas y filosóficas. El asalariado busca en los Sindicatos el vínculo del interés común, pero, a la postre, se ve obligado a oponer a esa comunidad de intereses su particular interpretación de los móviles de todas sus luchas. Por eso los socialistas subordinan las organizaciones obreras a sus partidos, los católicos trasforman en anexos de la sacristía las corporaciones imbuídas de su espíritu y los anarquistas tienden a concentrar en una organización propia los núcleos obreros capacitados para la lucha contra las ficciones marxistas, las mentiras religiosas y las ilusiones dictatoriales.

El campo social es un campo de batalla. Se pelea con razones y con puños. Nos condenaríamos a la pasividad y a la impotencia si, por un falso sentimentalismo, nos negáramos a participar en la lucha que tiene por escenario al movimiento obrero, que es

la base más firme de los pregoneros de los nuevos y de los viejos despotismos jurídicos y económicos. Los anarquistas debemos, pues, establecer en los Sindicatos nuestro centro de influencia para la propaganda, rechazando las falsas creencias clasistas y oponiendo nuestra fuerza organizada a los partidos que van creando en el movimiento obrero el pedestal de la tiranía que toma el nombre del proletariado.

He ahí por qué nosotros propiciamos la lucha contra las tendencias marxistas dominantes en los Sindicatos y por qué oponemos al corporativismo clasista -a la unidad obrera- lo que se dió en llamar divisionismo.

* * *

Creemos que en el anarquismo no se volverá a renovar la vieja polémica entre organizadores y antiorganizadores. Pero la polémica actual gira y debe girar en torno a la forma de organización, a la naturaleza misma de la organización anarquista. Malatesta reconoce justamente que “el movimiento obrero es ahora un hecho imponente universal y combatirlo sería hacerse cómplice de los opresores, como ignorarlo sería ponerse fuera de la vida popular y condenarse a la impotencia perpetua”. Partiendo de esa apreciación, común a casi la totalidad de los anarquistas, viene la cuestión de saber cómo debemos comportarnos para poder decir nuestra palabra en ese hecho imponente universal y el problema está en decidirse por las organizaciones obreras anarquistas o por los grupos de propaganda cultural. Nosotros, que defendemos la primera forma, consideramos que no hay una división real entre problemas económicos y sociales, políticos, culturales, etc., y, por consiguiente, no hacemos del Sindicato un órgano puramente "económico", con lo cual advertimos hasta un cierto punto la superfluidad de los grupos de afinidad para la propaganda. Eso no quiere decir que neguemos derecho a la existencia a esos grupos, pero, contra su pretensión de monopolizar la representación del anarquismo, no podemos menos de protestar. La experiencia nos ha demostrado que el movimiento obrero es un guardián más fiel de nuestras ideas que los grupos de iniciados del credo anarquista y, además, el campo proletario es más fecundo que ningún otro para el pensamiento libertario. Si las críticas al movimiento sindicalista quieren aplicarse a todo el movimiento obrero, incluso al que es obra de los anarquistas y tiene el anarquismo como ideal y como guía para el presente, ofrecemos a la crítica la experiencia del país que tomamos como inspirador de nuestras ideas: la Argentina. Y cuando se nos demuestre que “nuestro” anarquismo difiere esencialmente del verdadero anarquismo o cuando se nos revelen de una manera convincente las desviaciones en que haya incurrido el movimiento de la Argentina en el curso de su larga historia, entonces dejaremos de prestigiar la fusión de los anarquistas con las organizaciones proletarias que respondan a su ideal. Pero lo cierto es que el apartamiento de los anarquistas del movimiento obrero obedece a una leyenda antisindical infundada, pues el hecho de oponerse a la doctrina y a los métodos sindicalistas no debe suponer el rechazo de todo el movimiento obrero.

Nosotros no experimentamos la menor coacción, como anarquistas, en el mundo del trabajo orientado hacia el anarquismo e inspirado por él. No hacemos la menor violencia a nuestro pensamiento por el hecho de reconocer un movimiento sindical afín, y cuando se nos intenta aplicar la crítica aplicada justamente al sindicalismo por parte de los anarquistas, nos vemos obligados a reaccionar en defensa de nuestro movimiento y en defensa de la anarquía, y el estudio de los hechos nos lleva a la convicción de que en la resistencia de los anarquistas europeos a la admisión del movimiento sindical hay ciertos dogmas y ciertas afirmaciones que no resisten el menor examen atento.

Despojémonos de viejos prejuicios y seamos, en último caso, lo suficiente tolerantes para estudiar desapasionadamente la labor de los países en que el anarquismo está ligado inseparablemente al movimiento obrero y de aquellos otros en donde el anarquismo constituye una escuela filosófica o política especial, divorciada del mundo del trabajo, aunque se esfuerce por trabar contacto con él. Que sea la experimentación y la práctica la que decida en última instancia. Pero el empeño de los adversarios o indiferentes frente al movimiento sindical de hacer pasar por imposible un movimiento obrero anarquista, queriendo monopolizar en los pequeños grupos de propaganda la verdadera representación del anarquismo, hace el juego a los politicantes del obrerismo.

APÉNDICE POLÉMICO

Menos anarquistas que Marx

El anarquismo no es una doctrina de cátedra ni un descubrimiento de laboratorio, sino un movimiento social de los oprimidos y los explotados contra la opresión y la explotación. Con filósofos o sin ellos, el anarquismo no desaparecerá como movimiento revolucionario llamado a cimentar la sociedad entera sobre nuevas bases económicas, morales y políticas, por la sencilla razón de que no ha nacido de las fórmulas mágicas de tal o cual pensador ni fué generado en ninguna biblioteca de viejos infolios. No negamos que los filósofos y los pensadores hayan acelerado el desenvolvimiento de las ideas anarquistas y estamos lejos de poner en tela de juicio su valiosa contribución al proceso de concreción y de solidificación del pensamiento revolucionario. Pero de eso a conceder el monopolio del anarquismo a los filósofos y filosofastros, hay un gran trecho. Los pensadores y los plagiarios de los pensadores pueden escribir grandes bibliotecas y leer millares y millares de volúmenes; pueden elevar monumentos literarios de mayor o menor valor a la libertad, a la igualdad, a la fraternidad, al esperanto y al sexualismo revolucionario, pero con esos monumentos no se crea un movimiento social en que toman parte preferentemente quienes apenas saben leer y quienes, por su situación material, no pueden permitirse el lujo de devorar bibliotecas o de divagar en el café. ¡Pobre anarquismo si, por su esencia, se fundara en la labor de los filósofos y filosofastros!

Felizmente, el anarquismo sigue su curso con una cierta independencia de nuestras discusiones y mientras debatimos si lo blanco es blanco o negro, puede muy bien ocurrir que hayamos perdido el contacto efectivo con el movimiento social libertario de los trabajadores. Porque es entre los trabajadores oprimidos y explotados donde se alimenta la tendencia revolucionaria a cuyo desenvolvimiento debemos contribuir con nuevas ideas e iniciativas y cuya difusión debemos facilitar por medio del periódico, del libro, de la tribuna, *pero no monopolizar como entretenimiento peripatético o como deporte de nuestras horas de "snobismo" intelectual.*

El lastre mental de las definiciones hechas y de los conceptos estereotipados en los círculos de la "intelligentzia" es terriblemente sofocador. Hemos creado caprichosamente palabras y hábitos mentales que luego nos esclavizan y nos unen a la noria de los automatismos. Las ideas de la lucha de clases, de la unidad de los trabajadores, del hombre económico y del hombre político, etc., son para nosotros otros tantos puntos sobre los cuales el peso de los hábitos adquiridos nos impide reflexionar. Cuando se procura reaccionar contra la dominación de uno de esos convencionalismos, se advierte la magnitud de su arraigo en las conciencias y de su poder sobre los hombres.

Ciertamente no vamos a sostener que sea imposible hacer una cierta separación ideal entre las actividades económicas y las actividades políticas, pero también podemos clasificar a los hombres en sanguíneos y biliosos, en partidarios de los tallarines y en partidarios del arroz a la valenciana, en altos y bajos; en..., la serie es interminable. Lo que nos parece arbitrario es eso de las separaciones absolutas, por ejemplo: en el sindicato eres un hombre económico y ¡cuidado con introducir allí el veneno corruptor de tus ideas particulares! Si quieres ser hombre político, preocuparte de cosas ideales y culturales, vete al grupo de afinidad de tu predilección o al partido de tus preferencias. Ese punto de vista de los sindicalistas franceses y de una minoría de soi-disent anarquistas que regentean el movimiento obrero de Barcelona, no lo hemos podido comprender nunca. Si Malatesta se siente inclinado a compartirlo, allá él; si Neno Vasco lo defendió en un libro de ciento cincuenta páginas, lo mismo nos da. ¿Somos anarquistas, o no lo somos? Si lo somos, hemos de serlo a todas horas y en todos los lugares; si no lo somos, mal haríamos en simular ciertos días de fiesta o entre ciertos contertulios, ideas y sentimientos que no abrigamos.

Se nos dice que el sindicato es para los obreros asalariados que quieren luchar contra el capitalismo. ¡Otra frase hecha! Ahí está el ejemplo ruso de la primera hora, para demostrar a los que no tienen voluntad de ser ciegos, que el *capitalismo es un adversario menos fundamental que el estatismo, que el principio de autoridad*. La revolución rusa destruyó las viejas formas capitalistas; llevó a la ruina el capital privado, pero dejó en pie una máquina estatal y el capitalismo arrojado por la ventana volvió dos años más tarde, por la puerta, acompañado de los honores y genuflexiones de sus pretendidos enemigos de ayer, recibido como el salvador del país. Ser enemigo del capitalismo no es bastante para ser revolucionario, después, sobre todo, de la experiencia rusa. Y los que se esfuerzan por sugerir a las masas obreras que su enemigo principal es el capitalismo se esfuerzan simultáneamente por desviar el proletariado de su guerra instintiva al Estado. Por lo demás, las luchas de cada día no nos ponen frente al capitalismo una sola vez, que no tengamos que contar con la huésped -la intervención del Estado en forma de gendarme, de soldado, de juez, etc.- Los intereses del Estado, aun en los países que se pretenden regidos por gobiernos "obreros" se identifican con los del capitalismo. Lo ve todo el mundo. Y hacía falta que vinieran unos señores sofistas en nombre del sindicalismo a separar las dos cosas y a agrupar a los trabajadores para la lucha contra el capitalismo, dejando intacto el Estado, sus instituciones y las ideas que lo fundamentan, en loor a una pretendida unidad de clase que se quebrantaría cuando los anarquistas, enemigos del principio de autoridad, atacáramos el Estado y el estatismo. Comparad esas generalidades con la valentía de nuestros precursores, los hombres de la primera Internacional en España e Italia, que decían: "En economía somos federalistas, en religión ateos, en política anarquistas". Aquellos hombres no tenían miedo a las palabras ni retrocedían ante ideas que hubieran parecido demasiado radicales para su tiempo; pero sus continuadores quieren evitar que se hable de Dios en el Sindicato, porque entonces los religiosos escapan y no volverán a pagar sus cuotas para mantener secretarios; no quieren que se hable de política, porque los partidarios del Estado harían lo mismo que los religiosos si prevaleciese el punto de vista de los anarquistas; a lo sumo, ¡gracias a Dios!, nos dejan hablar de economía, y, felizmente, no se prohíbe atacar el capitalismo... siempre que no se vaya muy lejos, pues de ir hasta el fondo de la cuestión, los timoratos se retirarían de la agrupación de los asalariados y sus cuotas se perderían.

Terminemos con estas majaderías. El sindicato, como decía Borgui, es un continente cuyo contenido puede ser diverso. Supongamos tres botellas, una de vino, otra de petróleo y otra de ácido sulfúrico: ¿es que hemos de confundir el contenido el ácido

sulfúrico con el vino, por el hecho de que ambos líquidos están contenidos en botellas? El sindicato, con esa base común de organismo de asalariados, puede ser fascista, católico, comunista, anarquista... Lo único que no puede ser el sindicato es... sindicalista, según el tipo imaginado por Pierre Besnard en Francia.

Algunos pontífices sindicalistas, anarquistas de días de fiesta, nos acusan del crimen de querer plantar la bandera del anarquismo en el movimiento obrero. ¡Horror! En el movimiento obrero no hay que plantar esa bandera; esa bandera pertenece a las tertulias del café o a los grupos de afinidad; esa bandera tienen que monopolizarla los filósofos; para los trabajadores es demasiado abstracta; los trabajadores deben permanecer unidos en tanto que son explotados.

Confesamos el crimen, y confesamos, además, que no lloraríamos la muerte de organizaciones obreras que no tuvieran más preocupaciones que la obtención de mejores salarios y de menos horas de trabajo; digámoslo todo: *no lloraríamos la muerte de organizaciones en donde no pudiera flamear la bandera del anarquismo.*

Ese crimen afecta a los nervios de Fabio; felizmente, no dispone de verdugos ni de guardia civil; no ocupa todavía el puesto de mandarín del futuro reinado sindicalista y el crimen no nos llevará por esta vez a la guillotina. Pero tenemos en cuenta las amenazas ocultas en una dictadura de dirigentes de organizaciones obreras. Lo que será ese régimen nos lo advierte ya su pensamiento: las masas organizadas no son nada, lo son todo los que las dirigen; en otras palabras ha sido dicho, pero el significado es ese. El sindicato soy yo, dirán nuestros futuros gobernantes, y nos harán callar, como nos hacen callar Trotzky y los diferentes Mussolinis europeos.

Dejemos los problemas del mañana para el mañana, y mientras nos sea posible hoy, luchemos por que el movimiento obrero se encamine a la anarquía y reconozca como suya nuestra bandera. Y en torno a esa bandera agrupemos a los explotados y los oprimidos para la lucha por un mundo mejor, hoy para una huelga por un poco más de pan, mañana para una defensa solidaria del hermano caído en la garras de la ley; otro día para lo que se presente, y diariamente para educar en la libertad a los materiales humanos que deberán construir el mundo libre.

No queremos fundar grandes organizaciones obreras sobre la mentira y la simulación de nuestras ideas; no nos conformamos tampoco con influenciar con nuestras ideas las organizaciones proletarias; queremos despertar en esas organizaciones las ideas y tendencias naturales del movimiento obrero, y a esas tendencias se les da el nombre de anarquismo, porque el movimiento obrero, libre de las influencias extrañas que lo desvían de sus cauces espontáneos, tiende a la destrucción del Estado y a organizar la vida social sobre las bases libres que nosotros deseamos.

La finalidad anarquista del movimiento obrero no es ningún descubrimiento nuestro. La frase de Bovio: anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la historia, la defendió también Carlos Marx; recordemos una vez más este pasaje del famoso libelo contra Bakunin: "Todos los socialistas comprenden por anarquía esto: una vez alcanzado el objetivo del movimiento proletario, el poder de Estado desaparece y las funciones de gobierno se transforman en simples funciones administrativas."

Aquí tenemos a Heinrich Cunow, el compinche de Karl Kautski en *Die Neue Zeit*, que acusa a Marx y a Engels de haberse dejado influir por corrientes ideológicas anarco-liberales de su tiempo (véase el libro *Die Marxsche Geschichte-, Geschafts-und Staatstheorie. Grunzüge der Marxchen Soziologie*). Y no hace falta más que tomar en la mano libros de los socialistas más conocidos, por ejemplo Vandervelde, por ejemplo Lenin, para comprobar que aceptaban y reconocían como un proceso natural el de la finalidad anarquista del movimiento obrero social y revolucionario. ¡No seamos menos anarquistas que Marx, pues, y no llevemos nuestra cobardía hasta el punto de abdicar de

nuestras ideas en los sindicatos y de cesar en nuestros esfuerzos por plantar sobre el movimiento obrero total o al menos sobre la parte que nos responda, la bandera de la anarquía, el objetivo de nuestras luchas y de nuestros pasos!

No se es traicionado más que por los propios, dice el refrán; sería doloroso que la defensa de la finalidad anarquista del movimiento revolucionario tuviéramos que hacerla contra los anarquistas mismos, recurriendo a la autoridad de nuestro querido amigo Carlos Marx. Las maniobras de algunos dirigentes de la Confederación Nacional del Trabajo de España, que se dicen anarquistas, para borrar de ese organismo la finalidad anárquica históricamente reconocida por el proletariado revolucionario organizado de ese país es un mal síntoma. Esperamos que la enfermedad no prosperará.

D. A. de Santillán

(Del Suplemento semanal de *La Protesta*, Buenos Aires, 10 de agosto de 1925.)

Sindicalismo y anarquismo

Traducido de "Pensiero e Volontá", de Roma, se publicó en estas mismas columnas un artículo del compañero Malatesta que trata de la relación que, en la teoría y en los hechos, pueda existir entre el anarquismo y el sindicalismo. El referido camarada plantea una cuestión de contrasentido entre esos dos términos, explica a su modo la función del movimiento obrero y la actividad de los anarquistas fuera y dentro de los sindicatos y, en una nota final, sutiliza sobre palabras que dice haber recogido de *La Protesta*.

El artículo de Malatesta generaliza sobre un problema aun no suficientemente discutido y aclarado. Expone su punto de vista, que nos merece el mayor de los respetos a pesar de no compartirlo, ofreciéndonos algunas sugerencias que nos apresuramos a recoger con la intención única de esbozar a la vez nuestra tesis sobre el mismo asunto. Pero la nota que agregé al final de su artículo el compañero Malatesta, nos obliga a aclarar el valor de algunas palabras que posiblemente tengan distinto sentido en Italia y en la Argentina, ya que ciertos términos muy en boga ahora se prestan a frecuentes y lamentables confusiones.

Cuando nosotros nos referimos a la labor culturalista del *anarquismo político*, no queremos decir que las organizaciones anarquistas específicas (como la italiana y la francesa, por ejemplo) se limiten a realizar propaganda por medio del libro, el folleto y el periódico, o a conquistar prosélitos dando conferencias en los centros de estudios sociales, ateneos, etc. Tampoco incurrimos en el error de atribuir a esos militantes la intención de esperar capacitar antes a todos los obreros para que la revolución social sea posible. Señalamos, sí, la existencia de un movimiento cultural diluído en el ambiente, impreciso en sus formas de actividad, con tendencia a abarcar a todo el conjunto humano con los ideales redentores. Y como no creemos en la eficacia de ese medio, que por su misma imprecisión pasa desapercibido para los mismos trabajadores, oponemos la propaganda sistemática en los sindicatos y el objetivo anarquista en las organizaciones económicas, que Malatesta y otros compañeros consideran como campo neutral en la lucha de tendencias que dividen al proletariado.

De esta interpretación del movimiento obrero, particularmente sostenida por nosotros en este país, deduce Malatesta que nuestra oposición al *anarquismo político* -de partido o de centro cultural- se inspira en el punto de vista anarcosindicalista. Y he ahí precisamente su error.

El anarcosindicalismo, aun aceptado como una conjunción de las tendencias anarquistas y sindicalistas, es un producto híbrido de este período confuso. Disfraza ese compuesto gramatical, la vieja tendencia reformista aplicada al movimiento obrero, y es, en cierto modo, el fruto de la prédica de los defensores de la neutralidad ideológica en los sindicatos. Y, sin que esto sea una ofensa para el viejo maestro, declaramos que Malatesta, como Fabbri -el teórico de la unidad de clases y de la prescindencia doctrinaria en el movimiento obrero- está más cerca que nosotros del anarcosindicalismo.

Las palabras no tienen el mismo valor de expresión en todas partes, máxime cuando se trata de rótulos agregados como una novedad a viejas teorías. En Alemania, por ejemplo, el anarcosindicalismo constituye una forma de expresión nueva: es, según Rocker, el sustantivo de la tendencia revolucionaria, lindante con el anarquismo, difundida después de la guerra en los medios obreros para oponer nuevas tácticas de lucha y nuevas conclusiones teóricas a la social-democracia y buscar, en consecuencia, el medio de provocar la quiebra de las organizaciones centrales del proletariado alemán. Pero en los países latinos, de tradición libertaria y federalista, donde la palabra anarquía no causa espanto a nadie, ¿qué necesidad hay de emplear esa etiqueta ambigua? Definidos teóricamente el anarquismo y el sindicalismo, su unión no es posible ni en las palabras. De ahí que únicamente interese a los partidarios de la neutralidad doctrinaria, a los sindicalistas llamados apolíticos y a los que desenvuelven sus actividades en dos planos distintos: en los sindicatos, como asalariados, y en los partidos, como adeptos de una determinada creencia social o apolítica.

Nosotros, como ya hemos dicho, estamos muy lejos de esa tendencia que ahora rotulan anarco-sindicalista. Hemos definido nuestra propia situación en el movimiento obrero, no porque eso nos imponga nuestra condición de trabajadores -por el vínculo económico que señala Fabbri como imprescindible para asegurar el éxito de las organizaciones proletarias y evitar el quebrantamiento de la unidad de clase-, sino porque en los sindicatos hemos visto un medio eficaz de propaganda y la práctica de las luchas diarias nos demuestra que no es posible capacitar al proletariado desde un plano situado al margen o por encima del mismo proletariado. El anarco-sindicalismo pretende ser una teoría revolucionaria situada entre el reformismo sindical y el anarquismo doctrinaria. Toma del primero los medios de acción, directos o indirectos según los casos, se apropia de sus prácticas corporativistas, de sus fórmulas económicas, conformándose con adornarse con las palabras del segundo, tanto más sugestivas cuanto más empíricas sean. Y el "Compuesto" resulta una verdadera ensalada rusa: algo que tiene apariencias apetitosas, pero que a la postre resulta difícil de digerir...

* * *

Podrá alegar Malatesta, y con él todos los defensores del *anarquismo político* -de las organizaciones específicas, al margen del movimiento obrero y en oposición a los partidos electorales-, que la aceptación del *rótulo* anarquista en los sindicatos supone el embanderamiento en una tendencia exclusivista y que por ser tal rechaza a los que previamente no acaten su programa. Pero esa *imposición*, que por otra parte se manifiesta en todos los órdenes de la actividad humana, a pesar de nuestras prédicas libertarias, no ejerce en el movimiento obrero funciones violentas. Nosotros no forzamos a los obreros de un oficio o de una industria, por el hecho de tener idénticos intereses como asalariados, a plegarse a nuestras organizaciones. Preferimos prescindir del *vínculo de clase* para unir a los trabajadores de acuerdo con sus ideas. De ahí que propiciemos la división de las corporaciones improvisadas sobre bases económicas y

sometidas a una rígida disciplina, organizando en su lugar tantos *movimientos obreros* como tendencias dividen al proletariado.

No hay nada más absurdo que la unidad de clase, propiciada por los partidos políticos para consolidar su propio poder sobre los trabajadores. Sin participar de esos propósitos, por una falsa interpretación del movimiento obrero -según nuestro modo de ver- Malatesta y Fabbri propician también esa unidad, y, para dar el ejemplo, comienzan por renunciar a toda propaganda que responda a fines escisionistas.

Al obrar así, Malatesta y Fabbri se reconcilian con su propio pensamiento. No podían seguir sosteniéndose en la posición contradictoria, de una falsedad evidente, que mantuvieron en los últimos años. Si propiciaban la neutralidad doctrinaria en los sindicatos y la unidad de clase como medio para hacer posible toda acción de conjunto contra la burguesía, no era lógico que al mismo tiempo apoyaran a la Unión Sindical Italiana, producto de la escisión, como entidad proletaria opuesta a la C.G.T., que además de contar en su seno con la mayoría de los trabajadores organizados representa el papel de campo neutral abierto a todas las tendencias... a condición de que las no oficiales acepten el programa de la camarilla dirigente.

En realidad, es el *anarquismo político* el que propicia la conjunción de esos dos términos antitéticos "anarco sindicalismo", que nada expresan como doctrina, pese a los esfuerzos de ciertos teorizadores de la ambigüedad. ¿Acaso necesitamos nosotros unir esas dos palabras para calificar nuestra conducta de militantes y exponer la orientación del movimiento que impulsamos dentro del conjunto proletario? No sostenemos el equivoco de los que son anarquistas en el partido o en el grupo y sindicalistas en el sindicato. De la misma manera que rechazamos las subdivisiones que especifican una especialidad de la propaganda: la de los antimilitaristas, de los racionalistas, de los anti-alcoholistas, de los vegetarianos, de los esperantistas, etc., etc., y creemos que el anarquismo es uno solo en toda la infinita variedad de actividades revolucionarias, así combatimos la caprichosa división de los anarquistas en el campo económico y en el terreno político. Y no damos valor al alegato de los que, para justificar su *especialidad* declaran que las demás *especialidades* son erróneas o peligrosos semilleros de corrupción.

Se nos dice que el sindicato es por su naturaleza reformista. Pero es necesario explicar el alcance de esa palabra. La conquista de mejoras económicas, la diaria lucha contra el capitalismo, la resistencia a los abusos del poder, ¿es labor de reformistas? ¿Supone el deseo de conquistar algo que quede definitivamente consagrado por las leyes, en oposición a futuras conquistas? En la esfera del salario, toda conquista es transitoria, perecedera, puesto que está sujeta a contingencias económicas que no puede regular el mismo capitalista. En consecuencia, no hay reforma legal, sino modificación constante en el valor de los medios de cambio y en la equivalencia del trabajo que el obrero realiza, cuyo trabajo mide la burguesía con su cartabón económico.

Esa misma acción defensiva la realizan los partidos políticos en la esfera parlamentaria, dando a la reforma su verdadera expresión. Y el *anarquismo político*, aun cuando prescinda del parlamento y repudie la acción reformista de los grupos electorales, no hace otra cosa que propiciar esos cambios en las condiciones económicas del pueblo cuando interviene en protestas contra la carestía de la vida o inicia una agitación popular tendiente a poner freno a la explotación del capitalismo.

He ahí la relación que existe, en el terreno económico, entre la acción sindical y la propaganda anarquista que se inspira en mejoramientos transitorios. Todo depende, pues, de la forma en que esa lucha sea llevada a cabo. Los anarquistas que militan en los sindicatos, si saben obrar como tales y ejercen una influencia efectiva sobre sus camaradas de trabajo (¿también será perniciosa esa *dictadura moral*?) pueden impedir

que muchas huelgas se solucionen en las oficinas gubernamentales y en las antecámaras de los ministerios. Y esa sola labor, con ser de relativa importancia, contribuye a combatir la fe en la legalidad y el culto a la política, que son los verdaderos fundamentos del reformismo.

Toda la propaganda revolucionaria hecha en un período no revolucionario, se inspira en propósitos inmediatos, que bien se pueden incluir en cualquier programa de reformas sociales. Pero lo que nos interesa a nosotros no es el objeto que persigue el proletariado con sus protestas y con sus acciones, pacíficas o violentas, sino la forma en que expresa su descontento contra las injusticias y los crímenes del capitalismo y el Estado y los medios de que se vale para asegurar sus propias conquistas. ¿No es absurdo pretender establecer una equivalencia de actuaciones entre el político que aspira a la reforma del régimen social mediante leyes protectoras, y el anarquista que propicia una huelga para conquistar una mejora que contradice la legislación más avanzada y está en oposición a los planes del reformismo parlamentario?

Mientras la revolución social no sea un hecho los trabajadores se verán obligados a defenderse del capitalismo mediante sus armas específicas de lucha: la huelga, el sabotaje, el boicót, etcétera. Será esa una labor reformista, fácilmente aprovechable para los partidos políticos avanzados, pero la cuestión reside en impedir que los sindicatos legislen sobre el trabajo, legalizando esa reforma, que no otra cosa es lo que persiguen los defensores de la fórmula: "todo el poder a los sindicatos" y los marxistas disfrazados con la etiqueta "anarco-sindicalista".

Lo que interesa es discutir si los sindicatos, como arma de defensa del proletariado, pueden ofrecer un amplio campo de acción a los anarquistas. Nosotros sostenemos que sí, y al afirmar esto nos atenemos a la experiencia de nuestro movimiento, Dentro de los cuadros de la F.O.R.A. la propaganda del anarquismo se desarrolla sin ningún impedimento. Y esa es una conquista más importante que todas las que se puedan realizar fuera de la esfera proletaria, en ambientes poco propicios a la difusión de ideas redentoras.

Si el anarquismo no tiene en el movimiento obrero una de sus formas más lógicas de expresión -la base principal de su actividad revolucionaria- ¿sobre qué base podemos propiciar el triunfo de la revolución y de la anarquía? Malatesta considera que los sindicatos pueden ejercer una función reformista, pero que no sirven como elementos de capacitación ideológica del proletariado. Sostiene también la necesidad del sindicalismo para hacer frente a la burguesía, recomendando a los anarquistas que aporten sus energías a esa acción defensiva de la clase trabajadora. Nosotros en cambio, sin atribuir a los sindicatos funciones post-revolucionarias, ni empeñarnos en improvisar organizaciones económicas que suplan a los órganos capitalistas después de la liquidación del régimen presente, entendemos que el sindicato ofrece a los anarquistas un excelente medio para propagar sus ideas y oponerlas a las tendencias autoritarias que prevalecen en el movimiento obrero de la mayoría de los países.

El tema se presta a muchas otras consideraciones.. Pero las dejaremos para mejor ocasión puesto que este artículo, se hace ya demasiado extenso.

Emilio López Arango

(Del suplemento semanal de *La Protesta*. 13 de julio de 1925.)

PALABRAS FINALES

El lector de la prensa obrera y anarquista de los diversos países habrá notado en estos últimos años una especie de conspiración contra ciertos puntos de vista sobre el anarquismo y el movimiento obrero sostenidos por nosotros. Muy pocas veces se ha polemizado objetivamente, demostrando la inconsistencia de nuestras opiniones; por lo general, se nos ha colmado de insultos y las discusiones han adquirido un tono personal odioso. En el mejor de los casos se consideraron nuestras ideas como característica particular del movimiento revolucionario de América del Sur, sin aplicación posible a otros ambientes. Sin embargo, un examen del movimiento obrero y anarquista internacional nos consolidó más en nuestras afirmaciones, que no son meras divagaciones teóricas, sino fruto viviente de un movimiento real que encarna la práctica cotidiana de la virtualidad del anarquismo.

Nos reconocemos continuadores de la primera Internacional, tal como fué entendida en España e Italia y en los países suramericanos; creemos que ella ha marcado el buen camino al proletariado revolucionario y que el sindicalismo posterior no ha sido más que una desviación mezquina del espíritu y la práctica de la gran Asociación obrera. ¿Y qué ha sido la primera Internacional en los países latinos más que un instrumento de propaganda y de acción del anarquismo revolucionario? El anarquismo fué combatido a muerte por los gobiernos y por los socialistas autoritarios; no hay calumnia que no haya sido lanzada contra él, y lo peor no es eso, sino que esas calumnias tuvieron la virtud de sembrar el miedo a la palabra y, por consiguiente, a la idea, en aquellos mismos que habrían estado dispuestos a abrazar las doctrinas de la libertad integral. Desde hace muchos años falta en los anarquistas el orgullo de sus convicciones; dan la impresión de que se sintieran avergonzados de proclamar sus ideas a la luz del día y de luchar por ellas en todos los terrenos y en todas las circunstancias. La sensación más dolorosa la hemos recibido en el estudio del movimiento obrero y en la actitud de gran número de anarquistas que quisieran, parece, eludir la propaganda en ese medio a fin de no quebrantar la ilusión de la unidad de clase. ¿Para qué ha de servir el anarquismo si no puede convertirse en el inspirador del ideal y de las aspiraciones de los oprimidos y de los explotados? ¿Es que nuestras ideas son un traje de día de fiesta, bueno para exhibir sólo en ciertas solemnidades? ¿No debemos ajustar a ellas cada uno de nuestros pasos en la vida práctica?

Se nos ha respondido que el movimiento obrero debe permanecer unido para la lucha y la defensa contra el capitalismo explotador. Nosotros hemos respondido que el capitalismo, como algo sustantivo e independiente, no existe; que el capitalismo es una de las tantas fases de la actual sociedad del privilegio y de la dominación, que el mal había que atacarlo en sus raíces, en el *estatismo*, es decir: en el principio de autoridad, y sostuvimos que el movimiento obrero que no es inspirado por el conocimiento de la raíz de nuestros males no es un movimiento revolucionario. Se puede ser enemigos del capitalismo y trabajar constantemente en favor de la reacción; se podrían suprimir las formas actuales de la producción capitalista, sin que por eso desapareciera la explotación y la dominación del hombre por el hombre. Y, después de la experiencia rusa, el mantenimiento de la simple hostilidad ante el capitalismo en las filas obreras, con la neutralidad ante el Estado, ante todas las formas del Estado, es intolerable. Nosotros hemos percibido esa tendencia en muchos camaradas y hemos reaccionado, con apasionamiento, es verdad, pero con los mejores propósitos por guía. Por lo demás, fueron los anarquistas en los países latinos y en toda América los creadores del moderno

movimiento obrero. ¿Deberán arriar su bandera en holocausto a un falso neutralismo ideológico en terreno sindical?

Otros camaradas han reconocido el valor del movimiento obrero y lo recomiendan como un campo propicio a nuestra siembra de ideas, pero se oponen a que los anarquistas formen organizaciones sindicales, a que acepten puestos de responsabilidad en los organismos obreros, contentándose con la simple labor crítica dentro de los sindicatos en general. ¡Piadoso deseo! Contra esa actitud hemos prestigiado la creación de un movimiento obrero inspirado por el anarquismo, autónomo, Sin que eso quiera decir insolidaridad con las otras tendencias obreras organizadas o desorganizadas en lucha contra abusos del capitalismo y del Estado. Cualquiera que conozca un organismo obrero sabe que no hay ningún terreno neutral en el sindicato ni puede haberlo. Una organización obrera, si se propone algo más que mantener una burocracia administrativa, debe tener un ideal por norte de sus aspiraciones, y en torno a ese ideal se agrupan los que piensan de acuerdo con él; si eso es un factor de desunión, es también un testimonio de fuerza interior y de fe revolucionaria.

Anselmo Lorenzo decía sobre la vieja Internacional: "En buena hora que se entrase a formar parte de aquella Asociación sin distinción de color ni nacionalidad, ¿pero sin distinción de creencia? Pues si las creencias determinan las aspiraciones y éstas los actos, ¿cómo podía presumirse que con creencias distintas y aun opuestas se llegaría a conseguir la unidad de acción necesaria para transformar radicalmente el mundo?" ("El proletariado militante", tomo 1, págs. 12 y 13).

Los internacionalistas españoles de la primera hora pensaban que no puede haber organización obrera revolucionaria donde no existe afinidad de ideas y actuaron en ese sentido; por eso y por su ardor proselitista llegaron a hacer del movimiento obrero español la corriente proletaria más fuerte y combativa del mundo. Ved cómo razonaban en una polémica con Fernando Garrido en "La Solidaridad", de Madrid: "Por lo que hace al temor que manifestáis de que surja entre nosotros una división que neutralice nuestros esfuerzos, estad tranquilo. Vos sabéis perfectamente que donde no hay unidad de ideas toda unión es puramente ficticia: por eso, entre los que piensan como vos y los que como nosotros piensan, no puede haber unión verdadera: lo que vos llamáis desunión sería, en este caso, una purificación, y ésta, no sólo no la tememos, sino que la deseamos". (V. "El proletariado militante", tomo 1, pág. 136).

En resumen, nuestros puntos de vista, que, por desgracia, debemos defender como nuevos, pero que eran moneda corriente, mucho antes de nacer nosotros mismos, entre los revolucionarios de la vieja Internacional, son bien comprensibles para los que no se dejaron atiborrar la cabeza con la metafísica sindicalista. Los hemos expuesto y defendido diariamente contra los influenciados por el bolchevismo ruso en el cotidiano "La Protesta", de Buenos Aires y en su "Suplemento semanal"; los hemos llevado a la discusión en los Congresos internacionales y no hemos rehuído ninguna polémica al respecto. Robando horas a nuestra labor diaria hemos concentrado en estas páginas, sin orden y sin plan preconcebido, algunas de nuestras ideas con el propósito de ofrecer a nuestros adversarios del propio campo materia de discusión y de controversia saludable.

He aquí lo que queremos:

Una organización obrera anarquista, como la que existió casi siempre en España, como la que existió en Italia en los comienzos del socialismo moderno, como la que existió en el Jura suizo, como la que existe en la Argentina, en México, en Uruguay y, en general, en casi todos los países de la América latina, y como la que se vislumbra en el Japón...

La anarquía, como inspiradora y organizadora de la minoría revolucionaria del proletariado, y no simplemente como opositora o crítica de la labor reformista y autoritaria.

La depuración del anarquismo de todos los vestigios marxistas que han persistido en él desde sus orígenes o que han sido introducidos por el sindicalismo.

La abolición de todos los dogmas económicos que significan una especie de legislación previa del porvenir.

La concepción de la anarquía como doctrina de origen proletario y no como descubrimiento de laboratorio y monopolio de filósofos.

Nada extraordinario pedimos. Nuestra polémica del último lustro sólo ha sido inspirada por este objetivo: *hacer que los anarquistas no constituyan un obstáculo y un peligro a la difusión y a la realización de la anarquía.*

Eso no es una simple paradoja, Numéricamente somos una fuerza respetable, y la historia nos pone en la mano tantos argumentos y tantas demostraciones del fracaso del estatismo y de las corrientes de autoridad, que si no somos ya un factor social decisivo, la culpa es más bien nuestra que de las fuerzas de la reacción que nos persiguen, nos encarcelan y nos matan.

¡Que la anarquía sea, para los pueblos oprimidos un símbolo de liberación y de bienestar humanos, pero comencemos por no avergonzarnos de nuestras convicciones y demostremos con hechos a las grandes masas que nuestras ideas no son tan sólo un lejano ideal de futuro, sino un instrumento insustituible para la lucha contra la injusticia y la mentira! ¡Hagamos ver que somos los únicos que tenemos la comprensión de las necesidades de la hora y que abrigamos la firme decisión de buscar un remedio a los males cotidianos sin perder de vista el objetivo de una humanidad libre y dichosa!

La barbarie gubernamental celebra orgías en todos los países; los llamados partidos socialistas han cooperado con una eficacia de todos reconocida en el restablecimiento del estatismo un tanto quebrantado en el período subversivo de la post-guerra, el comunismo moscovita alienta uno de los principales focos de reacción; domina en esta hora una intolerable cobardía humana; todas las fuerzas sociales procuran ajustarse y acomodarse a los imperativos de los que tienen en sus manos el privilegio político o la riqueza económica; no queda más que un principio de resistencia, indomable, pero pasivo en estos momentos: la anarquía.

De nosotros depende el que nuestra palabra suene bien alto en esta hora luctuosa y sea escuchada por las grandes masas productoras, sin las cuales una revolución social es imposible.

¡El anarquismo, para eso, no debe ser una secta, debe ser un movimiento social de los oprimidos y de los explotados!

E. LÓPEZ ARANGO
D. A. DE SANTILLÁN

Junio de 1925